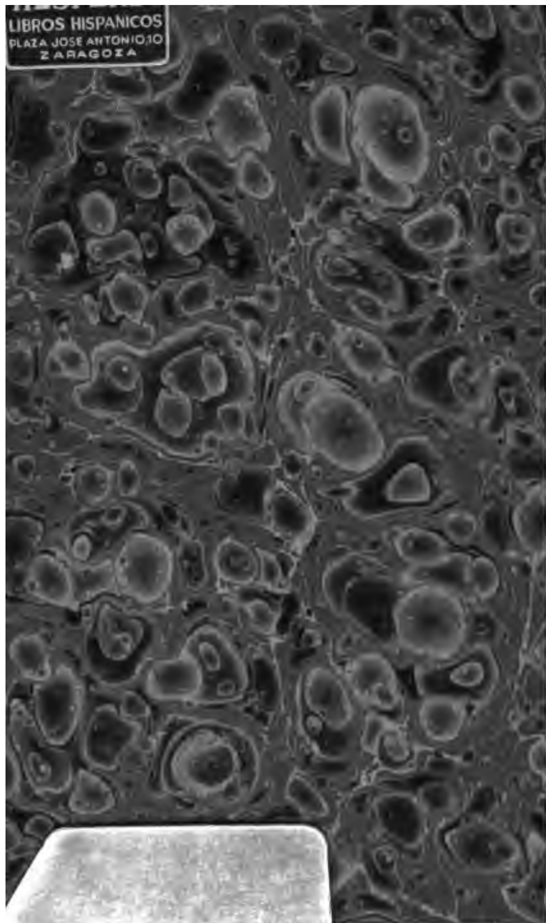
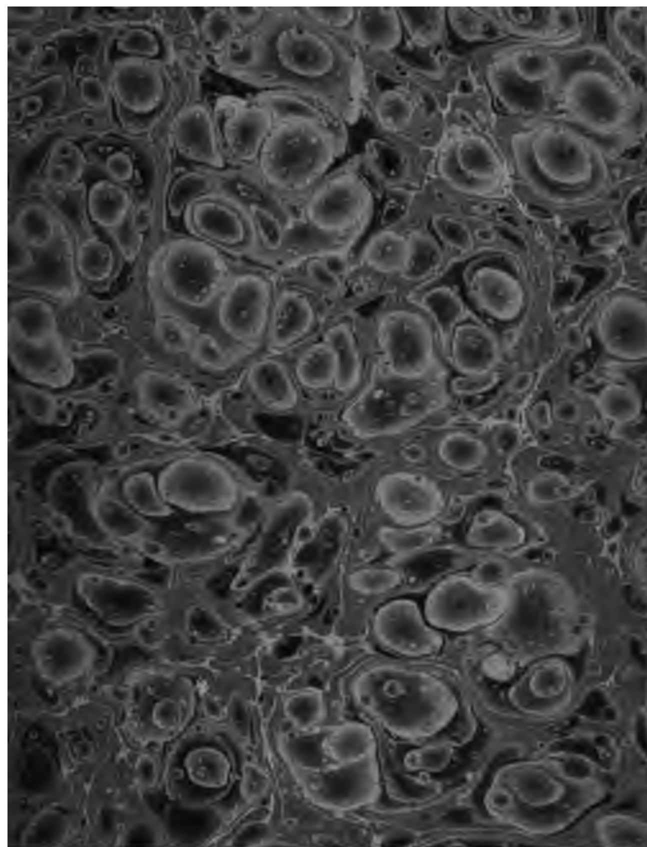



LIBROS HISPANICOS
PLAZA JOSE ANTONIO,10
ZARAGOZA




600101536M



DEL GRAN SIERVO DE DIOS

EL V. P. PEDRO CLAVER,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

LLAMADO EL APOSTOL DE LOS NEGROS,

SACADA

de los Procesos auténticos formados para su Canonizacion por el P. **LONGARO ODI**, *de la dicha Compañía, y traducida del idioma italiano al español por un Sacerdote de la misma.*



MADRID.

IMPRENTA Y FUNDICION DE D. EUSEBIO AGUADO.

1851.

LICENCIA DEL ORDINARIO.



NOS EL LICENCIADO DON NARCISO DOYAGÜE,
PRESBITERO, ABOGADO DE LOS TRIBUNALES NACIONALES, CAPELLAN DE HONOR Y PREDICADOR DE S. M., INDIVIDUO DE VARIAS ACADEMIAS DE ESTA CORTE, Y VICARIO ECLESIASTICO DE LA MISMA Y SU PARTIDO, ETC.

Por la presente y por lo que á nos toca, concedemos licencia para que pueda imprimirse y publicarse la *Vida del Padre Pedro Claver*, de la Compañía de Jesus, cuya beatificacion está ya decretada por Su Santidad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene segun la censura cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid 26 de noviembre de 1850.

Doyagüe.

POR MANDADO DE S. S.ª

Pedro Vicente Ovejero.

VIDA DEL VENERABLE P. PEDRO CLAVER,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.



LIBRO PRIMERO.

Desde su nacimiento hasta ordenarse de Sacerdote.



CAPÍTULO I.

Su nacimiento, educacion y método de vida hasta su entrada en la Compañía de Jesus.

1. El Venerable siervo de Dios y gran misionero apostólico P. Pedro Claver, concedido en estos últimos tiempos á la Iglesia para la salvacion de tantos miles de almas, fue español de nacion; y si bien se ignora el año, mes y dia preciso en que vino al mundo, no cabe duda que fue bá-

cia el de 1581 en Verdú, pueblo de la diócesis de Vich en el principado de Cataluña. Tuvo por padres á Pedro Claver y Ana Sabocana, ambos de ilustre linage, y lo que mas hace al caso parecidos ambos en su amor al catolicismo, en la pureza de sus costumbres, y en su piedad acendrada. Y porque la nobleza de la sangre, como quiera que no sea necesaria para llegar á ser santo, da sin embargo á la santidad un cierto barniz que le sirve de lustre haciéndola mas vistosa y amable, no debe pasarse en silencio lo que el Licenciado Gerónimo Suarez de Somoza publicó el año de 1657, cuando escribió la vida del Venerable, y que confirmaron despues de él otros distinguidos escritores en merecido elogio de la familia Claver; á saber, que se hallaba entroncada con los Condes de Benavente, Pimentél y Requesens, Grandes de España, y con otras casas de la primera nobleza.

2. No tardó mucho el bendito niño en dar muestras de una índole dócil y bien inclinada á la devocion, pues instruido en los misterios de nuestra santa fe, se impuso en ellos con la facilidad pro-

pia de un alma en quien por inclinacion echaba raices la virtud, aún no bien conocida en edad demasiado tierna. Al paso que su razon se iba despejando, se descubria la estraordinaria suavidad de sus costumbres. Un candor de alma que espresaba muy al vivo su semblante; una gran viveza de caracter templada con un pudor virginal; una total y amorosa dependencia del querer de sus padres; ingénuo en el trato, afable en sus modales, y de un esterior compuesto; un alma, en suma, tan bien formada y en un todo segun el corazon de Dios, que no fue dificil preveer desde entonces sus grandes progresos en la santidad, y lo mucho que habia de trabajar por la divina gloria.

3. Adquirida con los años la capacidad de consagrarse al estudio, le envió su padre á Barcelona, capital de Cataluña, en donde florecian las ciencias, no sin disposicion especial de la Providencia Divina, que ofrecia allí á Pedro la oportunidad de conocer y amar el instituto de la Compañía de Jesus, que habia él de abrazar algunos años despues, si bien á la sazon

lo ignoraba. Empezar el curso de la gramática en nuestras escuelas y el de la perfeccion cristiana en el templo, fue todo una misma cosa. Dedicaba al trato con Dios en la oracion todo el tiempo que no le robaba el estudio; y puestos los ojos en uno de aquellos Padres para que le sirviese de director ordinario, entabló con su consejo un método de vida estable y arreglado, en que ni el estudio entibiase la devocion, ni esta entorpeciese el estudio. Lejos de toda amistad sospechosa, amante del retiro, aficionado á la oracion, puntual en la frecuencia de Sacramentos, devotísimo sobre todo de la Santísima Virgen, que habia elegido por su amadísima Madre y maestra, á medida que iba creciendo en la perfeccion se sentia inflamar mas y mas en el deseo de ser perfecto. Y nada inferior fue el adelantamiento en los estudios de la gramática, humanidades y retórica, hasta obtener con los primeros premios la reputacion de uno de los mas aventajados talentos que florecian por entonces en aquellas aulas; por cuya fama y la de sus costumbres irreprensibles quiso espontáneamente el Obispo de su

diócesis incorporarle en su Clero, confiriéndole él mismo la primera Tonsura.

4. El honor del nuevo grado, como por una parte colocára al inocente jovencito en un estado de por sí mas perfecto, así le estimuló por otra á procurar con mayor empeño el logro de la perfeccion á que ya aspiraba; y mientras consultaba con su Dios acerca de los medios mas á propósito para conseguirla, sintió inflamarse repentinamente su corazon en vivísimos deseos de vestir el modesto ropage de la Compañía de Jesus. Bien es verdad, que si le arrebataba en gran manera la sublimidad y perfeccion de un instituto que solo tiene por blanco la mayor gloria de Dios y la salvacion de las almas, no le retraia menos su imaginada insuficiencia para abrazarle: humildad que le hizo mas digno de alcanzar lo que deseaba.

5. Colocado pues el negocio en manos de la Santísima Virgen, y al cabo de no pocas semanas empleadas en especiales súplicas y penitencias que añadió á las de costumbre con este objeto, escribió con la bendicion de su Director á los superiores de la Compañía, solicitando con vivas ins-

tancias la deseada gracia. Prévios los favorables informes de sus raros talentos y religiosas costumbres no le fue dificil obtenerla, quedándole solo por conquistar el ánimo de unos padres amantísimos de su hijo, en quien tenian cifradas las esperanzas de la familia. Supo sin embargo el fervoroso joven representarles con tal viveza la gracia singularísima que ellos mismos habian de merecer á Dios en su persona, que sin mas esfuerzos le otorgaron la suspirada licencia.

6. Con esta, y con el mandato de sus superiores, no tardó Pedro un momento en ponerse en camino para Tarragona, donde hizo su entrada en nuestro Noviciado el dia 7 de agosto de 1602, dia de la Octava del Santo Fundador, con gran júbilo, á lo que creo, del mismo santísimo Patriarca, que comprendió lo que valia su adquisicion, y descubrió por entero en el nuevo candidato la fisonomía de un apóstol, que habia de formarse tal segun las vastas ideas de su gran celo.

CAPÍTULO II.

Su noviciado en Tarragona. Repasa las humanidades en Gerona. Pasa á estudiar la filosofía al colegio de Mallorca.

1. Habiendo entrado bajo auspicios tan felices en la Casa de Probacion, no es fácil esplicar el inmenso júbilo de Pedro al verse dentro de aquel sagrado recinto. No bien se quedó solo en su aposento, cuando imprimiendo en sus paredes mil ósculos de ternura, "¿y será verdad, le oyeron esclamar en voz alta, que yo haya llegado al colmo de mis deseos? ¿Con que es esta, á no dudarlo, la antesala del cielo? ¡O casa santa de Dios! ¡Casa mas apreciable que la corte mas espléndida! ¡O bondad insigne de mi Dios! ¿Y cómo no me desharé yo todo en amor, en recompensa de tan señalado beneficio? Vos, ó gran Virgen y amada madre mia María, dad por mí las debidas gracias á vuestro amabilísimo Hijo Jesus; haced vos, Señora, que como él es ya todo mio, así tambien sea yo todo suyo."

2. En efecto, desde aquel mismo punto empezó á manifestarse tan exacto en la regular observancia, que presentándose á todos como dechado de perfeccion y arrebatando justamente su admiracion, parecia que habia venido mas bien á enseñarla que á aprenderla. Lleno de aquel espíritu con que el Santo Legislador escribió las reglas, se dedicó de tal manera á hacer de ellas una acabada copia en sí mismo y en sus acciones las mas menudas, que llegó como á transformarse en ellas, en términos que fue opinion comun de cuantos le conocieron no solo novicio sino antiguo tambien y anciano, que no infringió jamás regla alguna del instituto en todos los años de su vida religiosa; y asi lo declara con juramento en los procesos el H. Nicolás Gonzalez, tocante á los veintidos que vivió á su lado en Cartagena sirviéndole de compañero. Cosa á la verdad imposible sin una perfeccion consumada, no menos por el número y minuciosidad de las reglas, que por la multitud y variedad de empleos á que se dedicó durante el curso de sus dias.

3. Su noviciado de dos años, puede

decirse con verdad que fue un contínuo ejercicio de oracion, de obediencia y de servidumbre, digámoslo así, en obsequio de sus hermanos, procurando con sumo empeño dar gusto á Dios en todas las cosas, sin buscar en ellas mas que su divino agrado y el perfecto cumplimiento de su santísimo beneplácito. Toda la vigilancia y autoridad de los superiores hubo de emplearse, ora en arrancar á su alma del ejercicio demasiado prolijo de la oracion, ora en moderar los escesivos rigores con que maltrataba su cuerpo, y ora tambien en poner límite á su humildad, jamás satisfecha de humillaciones. Sus pláticas eran siempre de Dios, pero sazonadas con una cierta modesta jovialidad que le era propia, y que le hacia el embeleso de todos. Entonces especialmente empezó la caridad del prójimo á ser, despues de la de Dios, su mas agradable pasto, tomando sobre sí, á no impedírselo la obediencia, las cargas y fatigas de sus hermanos; y desde aquel tiempo fue esta entre las demás virtudes su predilecta.

4. Su peregrinacion á la milagrosa imagen de Monserrat (prueba de que la

Compañía hace uso con sus novicios, no sabré decir si con el objeto de esplorar su índole y medir sus fuerzas, ó mas bien de avezarlos desde luego á los trabajos y fatigas) le sirvió como de un apostolado en pequeño, durante el cual instruyó á niños, enfervorizó á adultos, y dejó impresas por do quier bellísimas huellas de modestia, de devocion y de celo. Su humildad no nos ha dejado noticia de cuáles fueron sus afectos hácia la Santísima Virgen, y de los favores que esta le hizo en aquel santuario; solo sí sabemos que jamás solia hacer mencion de esta visita, aun en sus últimos años, sin acompañar con lágrimas de ternura la protesta de que á ella era deudor de cuanto tenia de bueno.

5. Ni causará estrañeza un tenor de vida tan perfecto en un joven principiante á quien llegue á tener noticia de la alta idea que él se habia formado de un verdadero novicio, y del árduo compromiso, por decirlo asi, en que ella le habia puesto. Pláceme espresarla aquí con las palabras consignadas por él mismo en un manuscrito. «El caracter, dice, de un buen *novicio de la* Compañía consiste en prac-

ticar cuatro cosas. La primera, buscar siempre y en todo á Dios, sirviéndose de las criaturas solo como de escala para subir al Criador. La segunda, hacer todo el posible esfuerzo para adquirir una perfecta obediencia, sujetando la voluntad y juicio propio al del superior como á Dios. La tercera, dirigir todo pensamiento, todo afecto y toda accion, por mínima que sea, á la mayor gloria del Señor. La cuarta, finalmente, no buscar en este mundo otra cosa que la salvacion de las almas, á imitacion de Jesucristo, hasta morir en la cruz por ellas.» Cuatro cosas que reunidas son, como cualquiera echa de ver, la quinta esencia de la perfeccion, á que apenas llegan pocos en la edad mas avanzada.

6. El bienio del noviciado de Pedro se acercaba ya á su término; y aunque todo él habia sido un contínuo disponerse al gran sacrificio que iba á hacer, para hacerle sin embargo con mayor mérito, y para que fuese del todo pura la víctima, quiso prepararse de un modo mas particular con los ejercicios espirituales, en cuyo sagrado recojimiento, al penetra

traordinarias, de elevadísima contemplacion, y de una perfeccion consumada en todo género de virtudes, ilustrado por lo mismo de Dios con dones y gracias sobrenaturales de éstasis, de profecías y de milagros, y favorecido con frecuentes apariciones de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los santos Angeles, segun se refiere en la historia de su vida, y en los procesos auténticos que para proceder á su beatificacion se formaron.

2. Para no perder pues una ocasion tan propicia, el primer pensamiento de Pedro, y su mayor empeño en Mallorca, fueron el hacerse con una facultad general del Superior de comunicar con aquel santo varon las cosas de su alma; sin que la humildad de Alfonso, aunque profundísima, pudiera resistir á este santo proyecto, pues le habia manifestado el Señor interiormente que era esta su voluntad. Acojióle sin embargo, no ya como á discípulo necesitado de instrucciones, sino como á un íntimo y entrañable amigo con quien poder dividir los inmensos tesoros que la liberal mano de Dios derramaba en su seno; y para inflamarse así mas y mas

uno y otro en el amor santo á manera de dos encendidas brasas. En esta escuela de perfeccion, y bajo tal maestro, hizo Pedro estraordinarios progresos con solo imitar los santísimos ejemplos que veia, y seguir sus no menos acertados consejos. No sabia separarse de su lado, mirándole con el mismo amor y reverencia con que pudiera hacerlo un buen hijo con su padre. "¡Ay, Alfonso mio! le preguntaba á menudo. ¿Cómo podré yo llegar á amar de veras á mi Señor Jesucristo? Enseñádmelo vos. ¿Qué es lo que debo hacer para agradarle? Él me da unos deseos vehementísimos de ser suyo sin reserva, mas yo no sé cómo hacerlo." Al eco de estas voces, enternecido el santo anciano le estrechaba amorosamente en su seno, y le descubria todos los tesoros de su alma, para que con ellos se enriqueciese. Y si bien cada palabra de Rodriguez era una saeta de fuego, que entrando por los oidos al corazon de Pedro encendia en él llamas de amor divino, sin embargo, con el fin de mantener siempre viva tan preciosa llama, ó de avivarla si tal vez llegase el caso de amortiguarse, corria el fervoroso joven á trasladarlas to-

das en un cuaderno, que mientras vivió tuvo siempre consigo.

3. Ni contribuyeron menos para perfeccionarse en las virtudes nuestro Pedro las oraciones del siervo del Señor, el cual, al observar el copioso fruto que producian en aquella alma los divinos dones, pidió su acrecentamiento al cielo con súplicas fervorosas. No dejó el Señor de consolarle en esta parte con una vision hermosa, porque arrebatado un dia Alfonso en espíritu, en uno de sus éstasis de costumbre fue conducido por su Angel de guarda á ver un horizonte vastísimo bañado de brillantísima luz, sobre el cual estaban colocados en admirable orden los tronos de gloria que describe S. Juan en el Apocalipsis. Llenábalos cada uno un Real personaje; uno solo quedaba vacío, y era este el mas espléndido y magestuoso de todos. Deseoso Rodriguez de penetrar el misterio, oyó por respuesta que aquella era la gloria preparada en el cielo á su amado discípulo Pedro Claver, en premio de sus muchas virtudes, y de las innumerables almas que á su tiempo convertiria en las Indias con sus trabajos y sudores; y dicho

esto desapareció la vision, la cual, si bien por justas razones no manifestó él á Claver entonces, la participó despues á su confesor, por quien ha llegado hasta nuestros dias.

4. Y si bien es verdad que en lo esterior siguió Rodriguez tratando siempre á su amadísimo Pedro con la familiaridad acostumbrada, sin embargo, desde aquel momento empezó á mirarle con otros ojos, y casi á profesarle una veneracion religiosa. Las conferencias que tenian eran mas largas, los coloquios de Dios mas ardientes, y no se entablaba jamás razonamiento espiritual en que Rodriguez, para secundar las miras del Cielo, no fuese á parar á las Indias, y á lo muy necesitados que se hallaban aquellos paises de operarios evangélicos, exajerando lo muy indigno é insufrible que era para quien amase á Dios aunque poco, el que no fuese conocido en tan notable parte del mundo, y esto solo por falta de quien allí anunciase su Nombre. "¡Cuántos que están ociosos en Europa podrian ser apóstoles en la América! Y llorando amargamente, ¡gran cosa! esclamaba, ¡gran cosa! ¡Que la cari-

dad de Dios no haya de surcar aquellos mares que ha sabido hendir la humana avaricia! Pues qué ¿no valen tambien aquellas almas la vida de un Dios? ¿Por ventura no ha muerto él tambien por ellas? ¡Ah, Pedro, hijo mio amadísimo! ¿Y por qué no vas tú tambien á recojer la sangre de Jesucristo? No sabe amar quien no sabe padecer. El allá te espera, y ¡oh si supieses el gran tesoro que te tiene preparado!»

5. No fue menester mas para abrasar de un santo celo el corazon de Pedro, ya por sí dispuestísimo á encenderse y á acometer cualquiera empresa por la divina gloria. Resuelto pues á marchar á las Indias en fuerza de tantas razones corroboradas por la autoridad de quien se las inculcaba, escribió á los superiores pidiéndoles con vivísimas instancias aquellas misiones; pero no alcanzó por entonces otra cosa que buenas esperanzas, exhortándole á que concluyese los estudios comenzados, á cuyo término, pasando á Barcelona, se tomarian de comun acuerdo aquellas resoluciones que pareciesen mas *conducentes* al divino servicio. En efecto,

concluida la filosofía, y defendida públicamente por él con una modestia igual á su ingenio, recibió orden de trasladarse á Barcelona. No es dificil conjeturar el sentimiento que esperimentaria en la dura necesidad de separarse del Padre de su alma, de aquel santo y amabilísimo anciano Rodriguez, y con qué ardor de caridad por la última vez se abrazarian.

6. Pero si se separaron con el cuerpo, jamás lo hicieron con el corazon aquellas dos grandes almas; y por lo que hace á Claver, tuvo siempre en tanta veneracion á aquel varon santo que no acertaba á hablar de otra cosa, y solo el oir su nombre era bastante para que, abstrayéndose de los sentidos, llegara á quedarse como estático. Conservó toda la vida, y llevó siempre consigo cual tesoro el mas amado, un librito en que se contenia la suma de la perfeccion, que regalado por Rodriguez y escrito de su propio puño, tuvo hasta la muerte por consejero en sus dudas, consuelo en sus trabajos, alivio en sus fatigas, y estoy por decir que hasta por ministro de sus milagros. En los últimos años de su vida, y cuando ya paralítico se

iba acercando al término de sus dias, al recibir la nueva de que se habia publicado la vida y el retrato de Rodriguez, rebosando en gozo, «sea Dios bendito, dijo, que por fin veo ya cumplido lo que tanto tiempo tuve en mi deseo. Ahora sí que muero satisfecho.» Quiso que se la leyesen una y muchas veces ya casi moribundo; y porque uno de los que le asistian, movido á compasion de su estado, se lo quitó sin que lo advirtiese, él, aunque tan agravado, se levantó de la cama con gran trabajo, y vistiéndose como pudo, salió medio arrastrando de su habitacion para reclamarla, y no verse privado por mas tiempo de aquel espiritual remedio cuando mas lo necesitaba.

7. Estaban ya para darse á la vela nuestro Pedro y diez condiscípulos mas con su maestro, cuando ocurrió una cosa digna de particular recuerdo. Pagado el flete de la nave que habia de conducirlos la vieron tan mal pertrechada, que los otros once, atemorizados, se resistieron á entrar en ella. Solo Claver, el mas animoso ó el mas obediente de todos, puso el pie en ella lleno de confianza en aquella Providencia

á quien solamente obedecen mares y vientos. ¿Y qué sucedió? Que, ó fuese mérito de su obediencia ó premio de su gran confianza, él solo al cabo de una breve y feliz navegacion arribó á Barcelona, mientras que á los once compañeros, embarcados en otra nave mejor montada y provista, asaltaron en el camino los corsarios y los condenaron á mísera esclavitud.

CAPÍTULO IV.

Estudia Teología en Barcelona. A los dos años se hace á la vela para las Indias, donde recibe el Sacerdocio.

1. Al poner el pie en Barcelona, que fue hácia el año de 1608, creia Claver llegado ya el momento de ver satisfechas sus ansias por las tan suspiradas misiones de Indias. Pero fuese por probar una vocacion que no se creia todavía madura, ó mas bien porque á los superiores no les pareciese conveniente privar á la España de un joven de tan ventajosas esperanzas, lo cierto es que se resolvieron á dilatarlo

y dar tiempo al tiempo, animándolo á estudiar entretanto la Teología, y hacerse hábil de este modo para conseguir sus deseos. Acallados estos con la ley de la obediencia, que para él fue siempre ley de Dios, se consagró de lleno al estudio de aquella sagrada ciencia, sin perder por esto jamás de vista á sus Indias, y reiterando á menudo de palabra ó por escrito sus instancias.

2. Bien presto se granjeó tambien Pedro en aquellas escuelas el concepto y veneracion de todos por lo mucho que se hicieron notar su modestia, su humildad, su dulzura y devocion, á pesar de sus esfuerzos por ocultarlas. Así que, acrecentándose cada dia á medida de sus luces su amor á Dios, y con él las demás virtudes, se esparció en breve su fragancia por de fuera, estendiéndose prodigiosamente por toda la ciudad. Fue tal su tenor de vida durante los dos años que permaneció allí dedicado al estudio, que llegó á decir el Padre á quien estuvo confiada su alma todo aquel tiempo, que no habia notado en Pedro cosa alguna que no fuese propia de un religioso perfecto.

3. No quiero dejar de referir aquí lo que le sucedió un dia hallándose fuera de casa con un condiscípulo. Habian llegado juntos á aquella parte de la ciudad en que S. Ignacio habia sido apaleado cruelmente por unos mozalbetes, á quienes el Santo habia reprendido la desfachatez y el escándalo con que intentaban inquietar un monasterio de sagradas vírgenes: el compañero se lo hizo advertir, y le trajo á la memoria aquel hecho con todas sus circunstancias. Al solo oirlo quedó Pedro inmoble y como estático, los ojos clavados en el cielo como quien contempla alguna gran cosa, sin poder articular palabra ni pasar adelante por largo rato. Qué viese en aquel acto ó qué le sucediese, jamás se ha llegado á saber á punto fijo; solo sabemos por persona que mereció toda su confianza, y á quien lo indicó Pedro como en enigma al cabo de muchos años de su residencia en las Indias, que le bastaba traer á la memoria aquel hecho para quedar como arrebatado, y prorumpir en un llanto contínuo y copiosísimo. De donde puede colegirse con verdad que le elevó el Señor en aquella ocasion á contemplar la

gloria del Santo Patriarca, obtenida e premio de su heróica caridad y de su invencible paciencia.

4. Mas plugo finalmente á la bonda Divina colmar los santos deseos de su fie Siervo, y en enero del 1610, á la mita de sus estudios de Teología, y cuando n era todavía sacerdote, recibió el aviso d sus superiores para que se dispusiese a viaje de América. Dió ocasion á que se l anticipase la deseada gracia, el que habiendo penetrado poco antes la Compañí en el nuevo reino de Granada y paises limítrofes, se necesitaban operarios evangélicos que cultivasen aquella nueva parte d la viña mística. Con el fin de acudir á l urgencia del modo mas conveniente y memos gravoso, quiso el P. General Claudi Aquaviva que cada provincia de Españ contribuyese de algun modo, y mandas por su parte un sugeto. El elejido pue por la de Aragon fue cabalmente Claver, que aunque solo, valia á la vez por muchos. En toda su vida no tuvo dia ma alegre: dió mil ósculos á aquella carta, y derramando lágrimas de alegría fue si demora á postrarse ante el Santísimo Sa-

cramento para darle gracias por el honor que le dispensaba, y renovar el ofrecimiento de sí mismo con los propósitos generosos de sacrificarse hasta la muerte por su gloria, y por la conversion de los infieles. De allí voló á dar á todos la noticia, exigiéndoles la enhorabuena, y suplicándoles que le ayudasen á dar las debidas gracias por tan señalado beneficio.

5. Libre en poco tiempo de toda otra atencion, emprendió su viaje en abril del mismo año con tal generosidad de alma al abandonar la Europa, que á imitacion de Javier se privó hasta del gusto de ver y abrazar por última vez á sus padres, que distaban poco mas de una legua del camino que llevaba. En aquel tan largo viaje puede decirse con verdad que él era el angel tutelar de la nave. Por humildes y trabajosos que fuesen, quiso siempre echar mano á todos los oficios, y servir á todos como el criado mas despreciable: pero donde campeó sobre todo su caridad fue en el cuidado de los enfermos, que tomó por su cuenta hasta darles por su mano el alimento, curarlos, asearlos, asistirles de dia y de noche, no separándose

de uno sino para acudir á algun otro mas necesitado. Obligado por el Capitan á sentarse á su mesa, se levantaba de ella poco menos que sin probar bocado, pero con un buen repuesto para regalo de los enfermos. Si alguno de estos corria peligro, le disponia con toda suavidad á recibir los últimos Sacramentos, proporcionándole él mismo quien le administrase el de la penitencia. Haciéndose así todo para todos, llegó á cautivarse de tal manera el ánimo y la voluntad de todos, que los tenia siempre prontos á sus insinuaciones. A una hora fija asistian todos á la plática ó á la esplicacion del catecismo; á otra, todos se reunian para rezar en comun las alabanzas de la Santísima Virgen y su santo Rosario. Si alguna vez se deslizaba alguno en juramentos, blasfemias ó conversaciones deshonestas, su celo no podia contenerse; y era esto ya tan sabido, que bastó mas de una vez la amenaza de dar parte al P. Claver, para que hasta los mas osados y procaces se atemorizasen y enmudeciesen.

6. Al cabo de un viaje de varios meses, santificado por él con el contínuo

ejercicio de todas las virtudes, llegó finalmente á América, y tomó puerto en Cartagena, del nuevo reino de Granada. No bien puso pie en tierra, cuando arrasados sus ojos en dulces lágrimas de gozo se postró, y besó con la mayor ternura aquella tierra por la que tanto tiempo habia suspirado, y que regó despues con los copiosos sudores de mas de cuarenta años de apostolado. Las demostraciones de religiosa caridad y de tiernísimo amor con que los nuestros le recibieron en aquella ciudad, le estrecharon mas y mas con la Compañía, y le hicieron mas amable su vocacion, conociendo por esperiencia cuál era el espíritu de un instituto que, en lugares tan distantes y en tan diversos paises y naciones, á todos los unia como á hermanos, hasta hacerlos de un solo corazon y de un alma sola. Pero no bien hubo recobrado un poco las fuerzas, cuando recibió orden de ponerse otra vez en camino para Santa Fe, capital de aquel reino, para terminar allí cuanto antes el curso de Teología. Este segundo viaje de mas de doscientas leguas, trabajosísimo de suyo no menos por la calidad de los caminos, en

gran parte desconocidos en aquel tiempo, que por la poca práctica de los rios que hay que navegar á largos trechos, fue para nuestro Pedro muy semejante al primero, es decir, digno de un varon apostólico.

7. En Santa Fe no encontró las cosas como quizá se las habia imaginado. Nuestra casa estaba desmantelada, y todavía sin escuelas: y no viendo esperanza de prontas disposiciones, conoció que no le era posible seguir por entonces sus estudios. Con deseo pues de ayudar á la Casa, escasísima de sugetos, y juntamente de dar algun desahogo á su humildad, se encargó él solo de todos los oficios propios de nuestros hermanos Coadjutores, haciendo de portero, de sacristan, de cocinero, y de cuanto habia que hacer, para que los nuestros ya Sacerdotes se empleasen libremente en el ministerio apostólico para la salvacion de las almas. Pero hubo peligro esta vez de que su humildad perjudicase á muchos, pues con el concepto tan bajo que de sí mismo tenia, y que fue siempre *en aumento* con el ejercicio contínuo de *dichos empleos*, concibió en su corazon un

deseo ardentísimo de quedarse en el grado de Coadjutor temporal: ni desistió de hacer reiteradas instancias á los superiores casi por dos años enteros, hasta que, abiertas las escuelas, se le mandó que sin hablar mas palabra emprendiese de nuevo y con el mismo empeño que antes sus estudios.

8. Obedeció Claver prontamente, aunque sin dejar por eso alguno de los muchos oficios que habia tomado á su cargo. Afanadísima fue su vida durante aquellos dos años de estudio, porque trabajaba él solo dentro y fuera de casa lo que muchos á la vez no hubieran jamás podido, y con la sobrecarga de orar gran parte de la noche despues de los trabajos de todo el dia, y de las asperísimas penitencias con que, por decirlo así, pagaba á su cuerpo el buen servicio que le habia prestado en sus fatigas. Desde Santa Fe, concluida la Teología, pasó á Tunja, adonde le enviaron con el fin de que mientras se iba preparando en aquel Noviciado con la tercera probacion para la profesion solemne, avivase con el ejemplo y santa conversacion el fervor de aquellos novicios. Así lo hizo

en efecto, y con tanto aprovechamiento d aquella casa, que hasta el dia de hoy s conserva fresca su memoria.

9. Concluida por fin su carrera, y co ella el tercer año de probacion, volvió Cartagena, donde encontró nuestra cas en peor situacion que la habia dejado á s partida, si bien mas conforme á su pc breza; tan estrecha, que por pocos qu fuesen se veian precisados á habitar ma de uno en cada aposento; y sin mas ren tas que las limosnas cotidianas, y esta tan escasas, que carecian á menudo de lc artículos de primera necesidad. Bien e verdad que la Bondad Divina suplia siem pre con tal abundancia de interiores cor suelos, que se les hacia dulce todo pade cimiento, y toda cruz llevadera. En est casa entró Claver para pasar allí el rest de su vida, ocupado en el ejercicio conti nuo de santificar las almas, y de obra para la gloria de Dios cosas grandes. E 19 de marzo del 1616, despues de un larga preparacion de oraciones y peniten cias, no sin grandísima repugnancia de s *humildad*, recibió el sacerdocio de man *del Obispo* de aquella diócesis Don Fr. P

dro de la Vega, del orden de Predicadores, y celebró su primera Misa en el altar de la Santísima Virgen, á quien siempre en adelante se mostró obligadísimo por haberle prestado, segun decia, su capilla para la funcion mas sagrada que podia celebrar en toda su vida. No parecia que cupiese aumento ni mejora en la santidad del tenor de vida de nuestro Claver hasta aquel punto, y sin embargo le mejoró tanto siendo ya Sacerdote, que aquel no fue sino un preludio de este, y como la bella aurora, por decirlo así, de un mas hermoso mediodía, como podrá colegirse por lo que diremos en los libros siguientes.



LIBRO SEGUNDO.

Ministerios apostólicos del Siervo de Dios en Cartagena y sus inmediaciones.



CAPÍTULO I.

Breve noticia de Cartagena, y de los negros que entran en aquel puerto.

---

1. La ciudad de Cartagena es una de las mas considerables de la América meridional, debiendo esta importancia á su puerto, no menos cómodo que seguro, como que por lo mismo sirve de escala á casi todos los comerciantes de las Indias occidentales. Da el nombre á una provincia entera, ó como la llaman otros prefectura, y está situada en aquella costa que mira al Septentrion, entre el golfo de Darién y el gran rio de la Magdalena, á 11° *de latitud* septentrional y 57° de longitud *occidental* segun los geógrafos modernos.

2. Reinan en ella calores mas escesivos que en todas las demás ciudades de la India; y aunque desde diciembre hasta marzo se mitigan un poco á causa del viento fresco que sopla del Norte, esto mismo, que sirve de refrigerio á los estrangeros nacidos y aclimatados bajo un cielo mas benigno, perjudica no poco á los indígenas del pais, que por hallarse con todos los poros abiertos reciben de aquel viento una insoportable molestia. En los ocho meses que restan de año es tal el ardor del sol, que hasta las casas mas bien dispuestas, ó mejor defendidas de sus dardos, casi se hacen inhabitables. Se relajan de tal manera los cuerpos, que perdido enteramente el apetito caen en mortales desfallecimientos; sin que para templar ardor tan intenso sean suficientes las aguas, que son bastante frecuentes y copiosas en aquellos mismos meses, antes por el contrario sirven mas bien para avivarle.

3. Las horrorosas y espantosísimas tormentas, que especialmente de noche presentan una viva imagen del juicio final, y las numerosas, diversas y á cual mas

malignas enfermedades que con frecuencia se esperimentan son efecto de este calor desmedido, y de la escesiva humedad que por todas partes reina. Ni ocasiona menor molestia una contínua infestacion de muchas y diferentes clases de moscas y de mosquitos, de la cual, como de las plagas allá en Egipto, nadie se ve libre en aquella tierra.

4. El suelo es por lo general cenagoso, y sumamente estéril de lo mas necesario para la vida; y si bien puede suplir á todo la navegacion y el comercio, como que esto depende de la instabilidad de aquellos borrascosos mares, sucede no pocas veces que nadando en la abundancia de plata y oro se deja sentir la carestía de todo lo indispensable. Tal es en suma el pais, y tantas las incomodidades que en él se sufren, que el mismo P. Claver no dudaba afirmar, que ellas solas eran de por sí prueba suficiente de un espíritu esforzado. Y sin embargo lo ha sido tanto el de la humana avaricia, que atraidos por el oro y la plata de que, como digimos, abunda, concurren allí traficantes de todas las naciones; y Cartagena es la escala de todo

el comercio de Méjico, del Perú, del Potosí, de Quito, y en general de todas aquellas vastas regiones.

5. Uno de los artículos de comercio, en que hacen allí los mercaderes ganancias muy considerables, es el de los esclavos, que entran á millares todos los años en aquel puerto, y que por el color oscuro que los distingue se llaman vulgarmente *negros*. Así los llamaremos siempre en adelante, para diferenciarlos de los moros, por cuyo nombre se entienden mas propiamente los de la Mauritania, que habitan las costas occidentales del Africa; si bien algunos autores bajo la denominacion general de *moros* comprenden á todos estos pueblos, sin distincion de negros, moros, turcos y mahometanos. Van los mercaderes á comprarlos á las costas de Guinea, de Angola y de otras tierras, donde aquellos infelices se venden públicamente por sus dueños, de quienes quedaron esclavos en las guerras que sin intermision se hacen unos á otros. Su número es tan crecido, que un año con otro no bajan de doce las naves que aportan á Cartagena, cada una con la carga de ochocientos ó

obligados á tolerar en toda aquella dolorosa navegacion los hacen de peor condicion que las mismas bestias. Hacinados unos sobre otros en el fondo de la nave, desnudos de todo punto, mal comidos, y envueltos en sus inmundicias, despiden un hedor intolerable. Y si empieza á desarrollarse en la embarcacion la viruela, mal muy cómun entre ellos, y muy contagioso, perecen á centenares todos los dias, quedando los demás sepultados en la podredumbre y corrupcion que filtra por todas partes, y que sirve de un tormento tan insufrible, que no pocos de aquellos desgraciados, por acabar de una vez con tantos trabajos, se obstinan en no tomar alimento, y prefieren una muerte pronta á tan afanada y penosa vida.

9. Ni lo pasan mejor en cuanto al alma aunque sean esclavos de mercaderes cristianos, porque arrastrados estos solamente por el vil interés, apenas se cuidan de sacarlos de la ignorancia en que se encuentran del verdadero Dios y reducirlos á nuestra santa fe, contentándose á lo mas con decirles en tono imperioso y desabrido *que se bauticen*. Obligados ellos por el

temor obedecen sin réplica al mandato de sus amos, y se bautizan; pero como son de tan escasas luces, lo hacen sin comprender poco ni mucho el Sacramento que reciben, ni la fe que abrazan, ni cosa alguna, ó de los misterios que han de creer, ó de los mandamientos que han de guardar.

10. Facilmente puede colegirse cuántos y cuán graves inconvenientes deberán seguirse por necesidad, con gran desdoro de la fe, del abandono en que yacen aquellos infelices, que por su naturaleza son poco menos que estúpidos. Apenas desembarcados en Cartagena, y vendidos á otros señores, se esparcen luego por toda la India, sin que de la mayor parte de ellos se sepa otra cosa mas que si están ó no bautizados. Son cristianos en la apariencia, y por algunas poquísimas ceremonias esteriores, pero tenacísimos al mismo tiempo en retener y profesar no pocas de sus falsas supersticiones. Entre estas debe contarse la de hacerse bautizar de nuevo, como puedan lograrlo, cuantas veces ven que se confiere el bautismo á otros nuevos candidatos de la fe: error del que cuesta muchísimo trabajo sacarlos, por la supina

ignorancia en que viven y los dejan vivir. Este fue, pues, el campo cuya cultura emprendió el P. Claver por orden espresa de la obediencia, y en que correspondió tan de lleno á la gracia de su vocacion, que en mas de cuarenta años contínuos en que lo regó con sus sudores, redujo á la fe cristiana y bautizó por su propia mano mas de trescientos mil negros, es decir, cuantos bastarian para tarea de muchos apóstoles juntos.

CAPÍTULO II.

Origen de la mision de los negros en Cartagena. Cómo fue destinado á ella el P. Claver. Con cuánto amor acojia á los esclavos á su arribo á aquella ciudad.

---

1. Introducida la Compañía de Jesus en Cartagena poco despues del año 1600, para que con los ministerios propios de su instituto promoviese los intereses de la fe en aquel emporio de tantas naciones y en sus vastos contornos, uno de los ope-

rarios evangélicos, enviados desde el Perú á cultivar aquella nueva viña del Señor, fue el P. Alfonso de Sandoval, natural de Toledo, en España, hombre de celo verdaderamente apostólico, y eminente en todo género de virtudes, á quien, desahuciado ya de los médicos, restituyó S. Ignacio la salud milagrosamente, con la condicion de que la emplease en beneficio espiritual de los negros, como lo verificó en efecto con tan singular ardor y fruto tan abundante, que en los pocos años que la obediencia le tuvo en aquel empleo reengendró á la Iglesia como unos treinta mil con las aguas del santo bautismo.

2. Entró en Cartagena á principios del 1605, y no tardó un solo instante en intimar la guerra al infierno con la poderosa arma de las misiones, recorriendo no pocas de las ciudades y provincias vecinas. Y si bien su caridad tuvo bastante con que consolarse por la abundante cosecha que recojió, tuvo igualmente sobrado motivo para aflijirse por causa de los negros, que encontró en muy crecido número, y diseminados por todas partes. Sumidos en la ignorancia de todo lo concerniente á la

fe, no sabian siquiera si estaban ó no bautizados. Muchos de ellos, á pesar de ser cristianos, estaban llenos de gentílicas supersticiones, y permanecian en buena armonía con el demonio, entregados á lo mas abominable de toda clase de vicios, que suele engendrarse en terrenos poco buenos de suyo y nada cultivados del arte. No pocas veces por esta causa se le partia el corazon de dolor al celoso misionero; mas no era cosa tan facil poner un pronto y oportuno remedio. Cada uno de aquellos desdichados tenia necesidad de largas y repetidas instrucciones; y para mies tan vasta eran muy pocos los operarios, y estos abrumados de fatigas. Penetrado de todo Sandoval tuvo por indispensable que alguno de nuestros misioneros, desentendiéndose de todo otro cuidado, tomase á su cargo la cultura de los negros, y precisamente en la misma Cartagena, desde el momento de su desembarco y antes que se diseminasen por la India; porque de este modo podria uno solo instruirlos á todos á la par con mas desahogo, para lo cual no faltarian intérpretes de todas las naciones *en una ciudad*, compuesta en su mayor

parte de estranjeros, y con la ventaja de que los mismos patrones de los barcos podrian, durante su permanencia en aquel puerto, dar noticias mas exactas acerca del bautismo, que con tanto fundamento se dudaba si muchos de ellos habian ó no recibido.

3. Con esta resolucion volvió el P. Alfonso á Cartagena, y dió principio á la grande obra, tan benemérita de la fe y de la salvacion de las almas, que hasta el dia de hoy dura, en la que, como indiqué poco há, en solos ocho años que ejerció este ministerio no bajaron de treinta mil las que regeneró con el agua del bautismo. Divulgada en Europa la fama de esta empresa y su resultado, llegó á noticia del P. Mucio Vitelleschi, General á la sazon de toda la Compañía; y temiendo que, si llegaba á faltar de allí Sandoval, decayese aquella grande obra, espidió órdenes terminantes para que se le señalase por compañero y coadjutor alguno de los misioneros mas jóvenes, á fin de que bajo la disciplina de tan inteligente maestro se hiciese habil para sucederle un dia en el ministerio. Cupo tan bella suerte á nues-

tro Pedro, que no era aún sacerdote; y *en* menos de un año hizo tales progresos en aquella escuela de caridad y de celo, que recibido el Sacerdocio, y llamado de nuevo al Perú Sandoval por otros negocios de gran valía, le destinaron los superiores á sostener él solo todo el peso de aquel trabajosísimo ministerio.

4. Y por cierto que se consagró á él tan sin reserva, que desde aquel momento no pareció sino que su corazon se habia revestido de toda la caridad de Dios para la salvacion de aquellas almas confiadas á su cuidado, y por quienes vertió tambien su sangre preciosa nuestro Salvador Jesucristo. No hay amor de madre hácia sus propios hijuelos que pueda igualar á las finezas que usaba el varon Santo con aquellos infelices. Al acercarse la hora de su arribo se le veia recorrer la ciudad, mendigando de puerta en puerta con que prepararles un espléndido recibimiento; y cuando ya asomaban las embarcaciones á la vista del puerto, el Gobernador y demás personas distinguidas le buscaban á porfía para darle el primer aviso, no tanto por ganarse las albri-

cias (1), cuanto por proporcionarle un júbilo que sabian era el mayor que pudieran darle. Y á la verdad, era tal la alegría de su corazon al recibir semejante nueva, que mientras los inmensos trabajos y rigorosísimas penitencias le tenian lo restante del año pálido, consumido y desfigurado, se le veia ahora rejuvenecer como por encanto, descubriendo pintado en el semblante todo su interior regocijo.

5. Despues de haber dado las mas afectuosas gracias á la Bondad Divina, volaba al momento con hábiles intérpretes á buscarlos á bordo de las naves, llevando consigo una barca cargada de diversas viandas y bebidas, como conservas, frutas, limones, aguas frescas y aromáticas, tabaco, aguardiente, y cuanto sabia ser del gusto de aquella gente, á quien decia que era preciso hablar antes con la mano que con la lengua, y que aquellos

---

(1) El Santo varon habia ofrecido aplicar nueve Misas al primero que le diera la noticia de la aproximacion de cualquier embarcacion cargada de negros. ¡Tan ardiente era la sed que le devoraba por la salvacion de aquellas almas desgraciadas!

regalillos eran el anzuelo mas poderoso para apresarlos. Su primer saludo era abrazarlos uno por uno, y estrecharlos tiernamente en su seno, cual padre á sus queridos hijos, exhortándolos á que no temiesen, porque no se trataba de despojarles de la vida corporal, sino de darles la salud espiritual, que es aquella vida que nunca acaba. Les decia, señalando á los intérpretes, que viesen su desengaño en aquellos mismos con quienes hablaban, pues siendo de la misma nacion y de la misma sangre que ellos, vivian aún bien tratados y contentos, no ya esclavos del demonio sino hijos de Dios; que él estaba decidido á ser su protector, su abogado, su maestro y su padre: y al decir esto les regalaba á placer de cada uno, y en aquel regalo entregaba á todos y cada uno su corazon.

6. Pero su mas esmerada solicitud se dirijió siempre á formar, luego que arribaban al puerto, una lista de los niños nacidos durante la navegacion, y de los enfermos de peligro, visitándolos en la nave misma uno por uno, con la mira de administrarles cuanto antes el bautismo,

dado caso que no lo hubiesen recibido, y fortalecerlos á tiempo con los últimos Sacramentos; en cuya práctica se observó como cosa milagrosa, que muchos, no menos niños que adultos, oprimidos de las molestias del viaje morian poco despues de haber aportado á Cartagena, como si el Señor les hubiese conservado la vida hasta aquella hora, para dar pábulo al celo de su fiel siervo, y á fin de que, asistidos por él, terminasen sus dias en los brazos de su caridad.

7. Las mismas finezas de amor renovaba con *todos* el dia del desembarco. Convenido el dia en que debia verificarse, se hallaba puntual en el puesto con el mismo aparato de caridad y con igual tren de abundantes regalos, que repartia entre aquellos desventurados. Apenas le columbraba aquella pobre gente, enternecia el verla subirse á lo mas alto de las naves, y palmotear desde la cima de las antenas y árboles para saludarle. Al saltar en tierra él era el primero en alargarles la mano, en acojerlos entre sus brazos, y hasta en darles el ósculo de paz. Tenia de antemano *dispuestos* muchos carros para conducir

despacio y con comodidad á los enfermos y ya todos en tierra, los acompañaba é mismo como en triunfo á los albergues qu les estaban preparados. Conquistados y por mitad con tan amorosa acojida lo ánimos de aquellos infelices, no acostum brados á recibir jamás hasta entonces un tan cortés tratamiento, se despedia de ello con la firme esperanza de ganarlos del to do en breve para la fe y para Dios.

CAPÍTULO III.

Método del P. Claver en catequizar á los negro y administrarles el santo bautismo.

---

1. No deberá parecer estraño al lec tor que yo trate de describir aquí cir cunstanciadamente el método que obser vaba este varon apostólico en instruir á lo negros y administrarles el sagrado bautis mo. Jamás se muestra en mi concepto, mas heróica ó mas invencible la caridad que cuando descendiendo á ciertas menu dencias, no de gran esplendor mas sí d

un trabajo inmenso, lleva todo el peso del apostolado sin percibir sus honores.

2. Y para que se comprenda bien lo árduo y difícil de tal ministerio, y lo mucho que costó siempre su ejercicio á este siervo de Dios por los padecimientos poco menos que insufribles que le acompañaban, me es preciso hacer una breve reseña de la pésima condicion de aquellos albergues, que sirviendo, no sabré decir si de asilo ó de prision á los negros durante su permanencia en Cartagena, eran el ordinario teatro en que triunfaba su celo. Son estos unos grandes almacenes, capaces cada uno de ellos de dar cabida á muchos centenares de personas, húmedos por lo comun y oscuros, sin mas utensilios que las cuatro paredes de que se forman, y que por muy anchurosos y capaces que sean, son siempre demasiado estrechos y reducidos para el gran número de esclavos que allí se encierran. De aquí es que, tirados por los suelos aquellos infelices, tienen que estar poco ménos que amontonados unos sobre otros; de donde se sigue que, contaminado en breve el aire con el calor de tantos hálitos y

el hedor que exhalan á la par tantos cuerpos, se hace intolerable la permanencia, siquiera de poco tiempo, en aquel encierro; y quien no goza de complexion mas que robusta, con solo asomarse al umbral tiene lo bastante para que se le revuelva el estómago y sienta que le falta la respiracion. Y si á mas de esto se aumenta el número de los enfermos, que siempre es crecido, y entra á hacer estragos entre ellos la viruela ó algun otro mal epidémico, que sucede con frecuencia, como dijimos, aun en el viaje y en las mismas embarcaciones, es tan escesivo el hedor que priva enteramente de los sentidos y postra á los mismos esclavos, encallecidos en los trabajos. Pues nada menos que estos albergues, tan horribles y hediondos y para cualquier otro tan intolerables, fueron el delicioso jardin de este operario evangélico, en los cuales, venciendo con la fuerza de la gracia la debilidad de la naturaleza, puede decirse que tuvo fija su habitacion por espacio casi de cuarenta años no interrumpidos, y donde con su *invencible* celo recojió una mies de almas *tan abundante.*

3. Despues de largas y fervorosas oraciones, que hacia por espacio de muchos dias y noches en la presencia de Jesus Sacramentado, y conquistada, por decirlo así, con asperísimas penitencias su infinita misericordia para con aquellos pobrecitos, asistido de hábiles intérpretes daba principio á sus tareas en el dia señalado. Una raida sotanilla, un devoto Crucifijo al pecho, una varita larga en la mano y dos grandes alforjas al hombro, eran todo su equipage, y el tren con que emprendia aquella su mision amadísima. En una de las alforjas llevaba roquete, estola, ritual, óleo santo, rosarios, medallas, con todo lo demás necesario para disponer un pobre altar, pero decente. La otra iba llena de cortos regalillos de comestibles y licores para reparar las fuerzas, sobre todo de los enfermos, que fueron siempre su primero y principal cuidado.

4. Comenzaba por estos su visita consolando detenidamente á cada uno, informándose minuciosamente de su estado, y á medida de su necesidad administrándoles los santos Sacramentos. Y porque de ordinario, mas que la enfermedad mis-

[redacted]

ma se les hacia insoportable respirar aquel aire corrompido é inficionado, que llegaba á privarles del uso de los sentidos, á fuerza de vino, vinagre y aguardiente los confortaba, y luego perfumaba todo el ambiente con fumigaciones aromáticas, no sin envidia de los sanos, que admirados de tanta cordialidad con gente estranjera y desconocida, preferian la esclavitud en Cartagena á la libertad en sus paises. Concluidos estos piadosos oficios de caridad con los cuerpos, pasaba al cuidado de las almas, dando principio á la doctrina.

5. Erigia ante todas cosas enfrente al lugar donde se hallaban encerrados un altar, y en él esponia á la vista de todos un gran cuadro. Representaba éste con muy vivos colores la imagen de nuestro Señor crucificado, de cuyas cinco llagas salian cinco como raudales de sangre, que se reunian en una gran concha. Junto á esta se veia un sacerdote revestido de ornamentos sagrados, que tomando de aquella divina sangre, bautizaba con ella un negro postrado á sus pies humildemente. En el aire formaban una especie de coro-*na al Redentor* varios retratos de pontífi-

ces, emperadores y reyes, en actitud de ensalzar la divina misericordia, tan liberal con el hombre. A un lado del cuadro hácia la parte inferior, algunos negros, graciosamente vestidos, figuraban los ya bautizados; del otro lado, otros negros monstruosos, deformes, y rodeados de horribles demonios, eran la imagen de aquellos que se obstinaban en no recibir el bautismo. Representacion prodigiosa, industria santa de que se valia el infatigable Claver para inspirar veneracion á aquella sagrada ceremonia, é imprimir en las almas una altísima estimacion del bautismo, y de sus admirables efectos. Y esta puede decirse que era la primera y mas eficaz leccion que daba de los misterios de nuestra fe á aquella gente tosca, que entendiendo poco mas de lo que ve, ha menester de quien se lo represente á la vista, para que llegue con mas facilidad á su corazon, y lo rinda.

6. Repartidos luego los esclavos por clases, y separados los hombres de las mugeres, se sentaban sobre esteras, bancos y tablas, conducidos á aquel sitio con ayuda de otros por el infatigable misione-

ro; y despues de una breve oracion al pie del altar, su primer cuidado fue siempre preguntar á cada uno si habia recibido el bautismo: pregunta en verdad muy molesta, por tener que hacerla secretamente y á cada uno en particular para que no la oyese el que estaba cerca, habiéndole enseñado la esperiencia que entre esta clase de gentes, á manera de estúpidas ovejas, responden todos lo que oyen contestar al primero, sin reparar en si es verdadera ó falsa la respuesta. A los ya bautizados colgaba al cuello una medalla con las efigies de Jesus y de María; á aquellos de cuyo bautismo quedaba en duda despues de todas las posibles preguntas, ponia otra medalla distinta por contraseña; y finalmente, con los no bautizados usaba un tercer distintivo, porque cada una de estas clases necesitaba instruccion diferente.

7. Despues de una diligencia no menos indispensable que trabajosa, y en estremo pesada, daba principio á la primera instruccion, por la cual, siendo la mas facil y breve de todas, podrá formarse idea de lo que le costaban las otras, mas largas

y mas difíciles. Consistia esta en enseñarles á persignarse; y su primera advertencia era que todos hiciesen y dijesen lo que le viesen decir y hacer á él primero. Luego, con el alma abrasada en amor divino, que centelleaba en su rostro, llevándose la mano derecha á la frente, pronunciaba en alta y devota voz las primeras palabras de la fórmula acostumbrada, repitiéndolas dos y tres veces con la debida pausa para adiestrarles la lengua á proferirlas y la memoria á retenerlas, y otras tantas las repetian ellos; y haciendo asi con las demás palabras sucesivamente, conseguia el que fijasen en él su vista, y le prestasen toda la atencion posible para imitarle.

8. Pero cabalmente, cuando parecia que se acababa la instruccion, puede decirse que se empezaba, porque dando entonces con los intérpretes una vuelta en derredor de todo aquel gran teatro, hacia repetir la leccion solo y de por sí á cada negro. Cuando daba con alguno mas despejado y capaz, que la hubiese aprendido bien á la primera vez, le alababa y acariciaba, y solia aun regalarle para promover en los otros la emulacion. Pero como se

equivocaban la mayor parte, unos en la
palabras y otros en la postura de la ma
no, se paraba de propósito con cada unc
y mirándole dulcemente con una sonris
amistosa y un golpecito como de chanz
con la varita, le hacia advertir su yerr
sin separarse de él para pasar á otr
hasta que, á fuerza de tanto repetirlc
aprendiese á hacerlo bien y con presteza
Continuando en ejercicio tan penoso pc
muchas horas, llegaba el varon santo
perder en un todo el vigor y las fuerzas.

9. Crecia despues inmensamente
trabajo en las otras infinitas instruccione
mas largas y difíciles, sobre las oracione
necesarias, misterios del símbolo, sacra
mentos, mandamientos de Dios y de l
Iglesia, hasta que los aprendian de memc
ria y penetraban el sentido. Insistia sobr
todo muchísimo en el ejercicio de las vi
tudes teologales; y es por cierto digno d
referirse el modo con que sobre ellas lc
instruia. Además de esplicarles su esenci
y sus motivos con palabras y semejanza
acomodadas á su capacidad, les hacia eje
citar al mismo tiempo sus actos, porqu
solia decir que importaba poco saber

que se ha de creer, esperar y amar, si luego, olvidándose de la práctica, no se cree jamás, no se espera y no se ama lo que se debe; y tanto mas, cuanto que tales actos son en ciertos tiempos de estricta obligacion en comun sentir de los teólogos.

10. No contento con esto, pasaba á ejercitarlos en actos de abominacion y detestacion de sus antiguas supersticiones y costumbres, despertando al mismo tiempo en su corazon un ardiente deseo del bautismo. «Hemos de hacer, les decia, lo que la serpiente, que se despoja de la piel vieja para aparecer mas bella y vistosa con la nueva.» Al decir esto, para hacerles entender con un acto sensible la semejanza, se arañaba el cutis como si quisiera destrozarle y despellejarse; y era cosa muy graciosa y digna de verse cómo los negros, en señal de haberle entendido, se arañaban tambien á su vez con santo enojo, protestando con aquel acto que querian deponer todo error y supersticion antigua, y renovarse en el bautismo.

11. Por último, siempre acababa la doctrina con un acto fervoroso de contri-

cion. Tomando en la mano el Crucifijo que siempre llevaba colgado al pecho, l levantaba á la vista de todos, y «hé aquí decia, cómo han tratado á este divino Señor y amabilísimo Padre nuestros pecados Ved á qué estremo le ha conducido e grande amor que nos tiene. Por nosotros sí, por nosotros ha muerto sobre esta Cruz sumergido en un piélago de afrentas y d dolores.» Entretanto lloraba amargamente, y hacian eco á su llanto aquellos buenos esclavos con el suyo, prorumpiend en clamores altísimos y hasta en ahullidos capaces de mover á piedad á cualquier que los oia. Con tan santas disposicione les enseñaba á decir: «Jesucristo, hijo d Dios, vos sois mi padre, mi madre y tod mi bien. Yo os amo mucho, y siento u profundo dolor de haberos ofendido. Señor yo os amo mucho, mucho, mucho.» Practicando varias veces al dia estas y otra amorosísimas industrias, y repitiéndolas ora con todos en comun ora en particula con cada uno, á costa de un trabajo ímprobo, cuando ya los veia suficientement instruidos, se preparaba á administrarle *el santo bautismo.*

12. Los primeros que se regeneraban eran siempre los niños, en seguida los adultos, y por último las mugeres, haciendo de padrinos otros negros cristianos mas antiguos. A cada diez imponia el mismo nombre para que mas facilmente les quedase impreso, y se le recordasen unos á otros. Al acercarse el nuevo prosélito á la sagrada fuente, «mira, le decia, esta es el agua del santo bautismo, que en virtud de la sangre de Jesucristo lava el alma de toda culpa, la hace hija adoptiva del Dios verdadero y heredera del cielo. Para que obre en ti estos admirables efectos es menester que tú detestes con todo tu corazon tus pecados, que renuncies totalmente al demonio, y que pidas el Saeramento. ¿No te pesa, hijo mio, de haber ofendido á tu buen Padre y á tu Dios? ¿No renuncias tú para siempre al demonio? ¿No quieres tú ser bautizado?» Y respondiendo que sí, inmediatamente les bautizaba.

13. Bautizados tambien los otros del mismo modo, parecia que no cabia en sí de gozo por verlos regenerados á la gracia, y ya hijos de Dios y herederos de la *gloria*. Con el alma en los labios y bañado

en dulces lágrimas de ternura, los estrechaba amorosamente en su seno, y se congratulaba con cada uno de la buena suerte que le habia cabido, asegurándoles que como se mostrasen agradecidos á la Bondad Divina por tan inestimable beneficio, no cesaria ella jamás de distinguirlos con nuevos favores.

14. Ni menos afectuosos eran los sentimientos de tiernísima gratitud y piedad de aquellos nuevos fieles hácia su amado Padre, que con tanto cariño y tan á su costa los habia reengendrado á la gracia, y franqueado, por decirlo así, la puerta del cielo. No hubieran querido separarse jamás de él, ni que él se separase de su lado. En él solo tenian colocada toda su confianza y á él recurrian en todas sus necesidades, consultándole unos en sus dudas, y demandándole otros su socorro. Sola su vista los llenaba de regocijo, ahuyentaba de sus almas toda melancolía, y endulzaba sus amarguras. Cuando le encontraban ó aparecia entre ellos corrian de tropel á saludarle, con aquellas postraciones que ellos usan de todo el cuerpo *hasta tocar al* suelo, y le besaban unos

las manos, otros los vestidos, y hasta las rodillas y los pies, llamándole á boca llena su maestro, su padre, su protector, y en suma, todo su bien.

15. Mas á la verdad, todo lo referido hasta aquí no era en mi juicio, ni lo mas trabajoso de este ministerio, ni lo mas heróico de la virtud del siervo de Dios. Lo que llegará á poner colmo á la admiracion y llenará al lector de asombro, es que toda esta carga tan penosa de ocupaciones, de cuidados y de fatigas, tantas en número y tan aglomeradas unas sobre otras, no era empleo de pocos dias ó de años intercalados, de modo que le quedase despues tiempo para descansar y recobrar sus fuerzas, sino una tarea contínua de todos los años, y de gran parte de cada uno. A cada remesa de negros que desembarcaba en Cartagena estaba siempre pronto el Padre Claver á repetir desde el principio las mismas instrucciones, á hacer las mismas preguntas, á inculcar las mismas menudencias, siempre en el mismo actual ejercicio de desbastar gente ruda, idiota, incapaz y medio estólida, sin aquel triste consuelo siquiera que suele llevar consigo

la variedad de toda larga série de ocupaciones. Y porque suele suceder que tales remesas aportan una tras otra, y no pocas veces se juntan dos ó mas, ocurria con frecuencia que no bien habia terminado la instruccion de una cuando tenia que emprender la de otras, viéndose precisado á menudo á dividirse en cierto modo á sí mismo, para atender en un mismo dia á muchas juntas.

16. A tantas y tan repetidas instrucciones hechas en público á los negros en diferentes secciones pertenecientes á diversos dueños, deben añadirse otras muchas que dispensaba el P. Claver, privadamente y en secreto, á una multitud tambien de negros que se hallaba diseminada por toda la ciudad. Eran estos tambien esclavos comprados por los pilotos y marineros, que por la codicia del dinero, y con el fin de ahorrarse la gabela impuesta de Real orden por cada negro que allí arriba, los desembarcan fuera del puerto, é introduciéndolos secretamente en la ciudad los guardan bien cerrados en lo mas oculto de las casas, y allí los tienen hasta que se les presenta cómoda ocasion de

venderlos con ventajas. Y como que esperan mayor ganancia si llegan á pasar por cristianos, ciegos por el interés hacen que se les tenga por tales aunque jamás hayan sido instruidos ni bautizados, siguiéndose de aquí las funestísimas consecuencias de enorme abuso de Sacramentos, y pérdida incalculable de almas.

17. Pero mas sa[illegible] y diligente era el celo del P. Claver [illegible] descubrirlos, que astuta toda su avaricia en ocultarlos. Al menor indicio que tuviese despachaba en busca de ellos á sus emisarios, que eran los intérpretes mas diestros y perspicaces, sugiriéndoles él mismo las mas finas artes y las estratajemas que habian de usar para dar con ellos. Y en efecto, eran tales y tan bien calculadas sus industrias, que introduciéndose como esploradores nada sospechosos en las casas, lograban, sin dar á conocer su intento, que los mismos domésticos les comunicasen en confianza el secreto. Hecho este primer descubrimiento, y admitido alguno de los intérpretes, á título de amistad, ó de parentesco, ó de paisanage, á conversar familiarmente con *los que se* hallaban ocultos, se insinuaba

con maña, diciéndoles grandes cosas de nuestra santa fe, de los inmensos bienes que proporciona al alma el bautismo de los cristianos, del tierno amor de un cierto Padre Claver para con las gentes de su nacion, de las grandes caricias y regalos que les hacia; hasta tanto que ellos mismos deseaban conocerle, y pedian por favor poder avistarse con él y hablarle. Ni era menester mas para que avisado el siervo de Dios corriese al punto á buscarlos: y aunque hallaba siempre dificultades gravísimas de parte de los señores, temerosos de ser descubiertos, era sin embargo tal la amabilidad de su trato y la eficacia de sus razones, que asegurados sus intereses bajo la fe del secreto, le permitian verlos, y se los entregaban para que los instruyese y bautizase. Y era esta, como bien se echa de ver, no una simple escuela, sino una escuela por decirlo así dividida en tantas cuantas eran las diversas casas en que los tenian escondidos; y escuela tanto mas trabajosa, cuanto que á mas de la tarea ordinaria de instruirlos, le obligaba á un contínuo y violentísimo movimiento, para ir, cansado y bañado de su-

dor, de una parte á otra, y contentarlos á todos.

18. No quiero concluir esta materia sin recordar á mis lectores lo que ya queda dicho en cuanto al número de negros que entraban cada año en Cartagena. Nunca bajaban de doce mil, y era cargo del P. Claver instruirlos á todos en las cosas de la fe y lavarlos con las aguas del bautismo; de modo que si se reparten por igual y con proporcion entre todos los meses del año, resultará que no bajaban de mil los que el siervo de Dios instruia cada mes. Y no era esta, si bien se mira, mas que una sola de sus muchas ocupaciones, capaz por sí de dar en tierra con la complexion mas robusta á fuerza de su enorme peso y trabajo.



CAPÍTULO IV.

Industrias de su caridad en cultivar á los negros bautizados. Su profesion solemne, y voto de emplearse toda la vida en servicio de aquella pobre gente. Providencia dada para aquella mision sobre intérpretes estables.

---

1. No basta [illegible]ejorar una planta hacer en ella un es[illegible]e ingerto, si el jardinero no emplea despues toda su arte en impedir que vuelva á ser cual antes bastarda y silvestre. Persuadido de esta verdad el P. Claver no quedaba satisfecho de haber reengendrado á la Iglesia con el santo bautismo á aquellos sus nuevos hijuelos, sino que entonces precisamente redoblaba en su favor todas las industrias de su caridad y de su celo. Todo el tiempo que se detenian en Cartagena, hasta que partian para la India y otros reinos, no sabia este hombre, verdaderamente de Dios, separarse de sus amadísimos negros, siempre ocupado en mejorarlos en la fe y en las costumbres. Los repetia casi diariamente alguna de las pasadas instrucciones

sobre la verdad de los misterios divinos y observancia de los preceptos. Ponderaba la fealdad del pecado, la severidad de los divinos castigos, la necesidad de la penitencia despues de la culpa, y otras verdades semejantes. Y no contento con dar estas lecciones públicamente á todos juntos, observaba á los mas rudos, y llamándolos aparte, con una pac[illegible] casi prodigiosa volvia á pregunta[illegible] uno en particular, haciéndoles [illegible] las cosas necesarias para salvarse, [illegible]sta que daban muestras de tenerlas bien aprendidas.

2. En dias señalados rezaba con ellos en voz alta muchas oraciones vocales propias de todo cristiano, terminándolas siempre con un fervoroso Acto de contricion. No siendo suficientes muchas horas del dia para oir sus confesiones, empleaba en ellas parte tambien de la noche. Los dias festivos andaba él mismo recojiéndolos por las calles y plazas para que asistiesen al incruento Sacrificio. Con cuya ocasion tuvo que sufrir no poco por la demasiada delicadeza de algunas señoras españolas y damas de alto rango, que ofendidas del hedor de tantos esclavos juntos se queja-

ban del P. Claver, como si quisiera ahuyentarlas de la iglesia á la fuerza. Pero el santo varon, sereno y con respetuosa libertad respondia, que siendo tambien ellos cristianos debian cumplir con el precepto de oir Misa, y participar de los divinos misterios.

3. Para ganar mejor sus almas es increible el cui[illegible]e se tomaba de sus cuerpos, reme[illegible] miserias, socorriendo su pob[illegible]roveyéndolos en todas sus necesidad[illegible]uando enfermaban los asistia dias y [illegible]es enteras, y les proporcionaba, no solo los necesarios medicamentos sino hasta los mas esquisitos manjares.

4. Cuando ya estaban para partir de Cartagena eran mas frecuentes sus visitas y mas activo su celo. A todos daba propios y especiales recuerdos, proporcionados á su necesidad y cortados á medida de cada uno. Encargaba á los mas adelantados en las cosas de la fe que siguiesen instruyendo á los mas idiotas durante el viaje. Insistia sobre todo con el mayor empeño en que se impusiesen muy bien *en el Acto* de contricion, se lo recordasen

unos á otros, y se lo hiciesen familiar repitiéndolo todos los dias; y esto por dos razones principalmente, por la gande escasez de confesores en aquellas vastas regiones, y por los frecuentes peligros de la vida en aquellos borrascosísimos mares.

5. Pero cuando se les intimaba ya la partida y la separacion de su amado Padre y maestro, era [illegible]al el dolor, la tristeza y el llant[illegible] brazos estendidos y levantad[illegible] le cercaban y estrechaban cua[illegible]podian para moverle á compasion; y [illegible]rnecido con tan amorosas violencias, consolando á todos y á todos abrazando, les prometia tenerlos siempre en el corazon, y encomendarlos á Dios contínuamente. Decíales que confiasen en Dios y en su amable providencia; que los paises á que iban destinados abundaban de todo; que sus futuros señores eran discretos; y que otros muchos de su misma nacion y ya antiguos cristianos vivian alegres y contentos en su servicio. Al entrar en la mar los recomendaba á los mercaderes para que los tratasen con caridad, bendecia sus embarcaciones, y cuando ya veia que se daban á la vela se volvia él

tambien á casa, é iba á implorarles un feliz viaje por medio del divino sacrificio.

6. Corria el año de 1622 cuando, entre tantas fatigas, llegó la orden de sus superiores para que hiciese la profesion solemne; y aunque por su humildad se le resistia, persuadido de que no tenia el caudal de virtud que se necesita para tal grado, le fue forzoso obedecer, y la hizo, despues de una preparacion fervorosa, aquel mismo año el 3 de abril, añadiendo el voto de emplear toda su vida en servicio de los negros, como se ve en la copia de dicha profesion escrita toda de su mano con esta firma: *Petrus Claver, Æthiopum semper servus.*

7. Y á la verdad, tantos vínculos juntos no solo le ligaron mas estrechamente con Dios, sino que tambien le hicieron mas ardoroso en promover su gloria y en procurar la salvacion de las almas. A fin de facilitar su logro juzgó necesario el proveer á aquella mision de intérpretes permanentes. Porque si bien al cabo de algunos años habia aprendido un poco de la lengua de Angola, siendo todavía tantos y tan distintos los idiomas de aquellas

gentes divididas en tantas naciones, ni estas le entendian bien, ni él llegaba á comprenderlas. Verdad es que hasta entonces se habia valido de diversos intérpretes, pero mendigados de todas partes con grave molestia propia, y no sin notable daño de la mision, porque siendo estos esclavos de otros Señores de quienes dependian, era casi imposible tenerlos siempre á mano y prontos cuando se necesitaban; de donde resultaba que no podian ser instruidos todos cual convenia, y que llegaban á morir no pocos sin algun género de asistencia.

8. Traspasándole el corazon esta falta, propuso á los superiores que se comprasen para el servicio de nuestra casa algunos esclavos de los mas capaces y á propósito para servir de intérpretes en la mision, lo cual redundaria en gran provecho de la misma, porque educándose entre nosotros con mayor y mas contínuo esfuerzo, se formarian tales que podrian aun por sí solos ayudar á los demás, y estarian siempre á nuestra disposicion sin que dependiesen de nadie. Los superiores le concedieron gustosos cuanto pedia, y no tardó

el Señor en manifestar cuánto le agradaba este proyecto con un suceso á todas luces portentoso.

9. Recibió el Santo misionero de limosna cierta suma, y se la entregó á un mercader muy amigo que se embarcaba para Guinea, con el fin de que le comprase allí tres negros que le sirviesen de intérpretes; "y tomad, le dijo al entregársela: tomad este oro como prenda segura de una feliz navegacion, pues se hace con vos á la vela la esperanza de un sinnúmero de almas." Partió el mercader, y á la vista ya de las costas de Guinea se levantó de repente tal borrasca, que por no perder la vida arrojaron al mar las mercancías y alijeraron los galeones: y para que á impulso de las olas no chocasen los unos con los otros, los procuraban conservar á cierta distancia, y así no podian mutuamente socorrerse. No bastando todo esto para evitar el inminente naufragio, y viéndose ya en las fauces de la muerte, atándose el mercader á la cintura el oro recibido del P. Claver se arrojó con él al mar á merced de las ondas, ó por mejor decir de la Divina Providencia. ¡Casi

raro! Aquel Señor que preparó al Profeta Jonás un pez grande para que no pereciese, presentó la salvacion al mercader en una gran concha de tortuga marina que le sirviera de esquife. Asiéndola fuertemente se metió en ella, y con el favor Divino, despues de haber sido por muchas horas el juguete de la furia de los vientos, fue arrojado en tierra, consiguiendo de este modo la salvacion. [illegible] no quedó sin premio la fidelidad que guardó con el Padre Claver, porque comprados los tres esclavos, que despues salieron tres famosísimos intérpretes, y sirvieron muchos años al P. Pedro con grandísimo provecho de la mision, le hizo Dios tan feliz desde aquel punto, que en poco tiempo volvió á ser mas rico que antes.

10. No es fácil esplicar cuánto ayudasen al celoso misionero en su apostólico ministerio los tres nuevos intérpretes, á los cuales se agregaron poco despues otros varios, versados unos en dos y otros en tres diferentes idiomas. No perdonó fatiga para instruirlos, ni le retrajo de su empresa el ejercicio de paciencia que llevaba consigo el adoctrinarlos bien en aquel

empleo, y formarlos de modo que pudiesen en caso de necesidad, servir tambien de maestros. Todos los dias sin falta á hora fija, queria que estuviesen desocupados para que oyesen sus particulares instrucciones; y con la mira de que huyesen del ocio, fuente perenne de todos los vicios consiguió que á cada uno se le diese algun empleo doméstico en que ocuparse, ó que se ejercitase en algun arte ú oficio, con cuyas ganancias, ó acudia á las necesidades de los enfermos, ó compraba á su tiempo otros esclavos, para no hacerlo todo á fuerza de limosnas, que por lo comun, si son fijas y de por siempre, llegan á ser gravosas á los mismos que las dan y á tenerse por contribuciones mas bien que por limosnas.

11. Cuidadoso de que nada les faltase preguntábales de vez en cuando si estaban contentos, bien tratados y provistos de todo. Al enfermar alguno se afligia notablemente; y tomando á su cargo el servirles en todo, hasta de cocinero, de enfermero, de cirujano y de médico, les disponia por su mano el alimento, les mullia las camas, y preparaba las medicinas; y

sin cuidar de sí mismo, enfermo tambien y achacoso, se mostraba diligentísimo con ellos y santamente importuno. Si las enfermedadcs eran largas y se requeria una asistencia mas esmerada y contínua, él mismo los conducia en brazos á su aposento y los colocaba en su propia cama, pasando entre tanto las noches, parte arrodillado en larga comunicacion con su Dios, cuando el cuidado del enfermo se lo permitia, y parte recostado en el desnudo suelo para tomar á ratos un ligero reposo. Así pasó una vez, entre otras, cuatro meses enteros, sin que fuese capaz de retraerle el abominable hedor que echaba de sí el enfermo por una inveterada fístula, ya medio podrida y gangrenosa. Viéronle muchas veces llorar inconsolable en la muerte de alguno de ellos, cual afligido padre que pierde alguno de sus mas queridos hijos; y tuvo siempre la piadosa costumbre de mandar esponer en la iglesia los cadáveres, y hacerles un funeral solemne con cera en abundancia, música, muchas Misas y gran concurso del pueblo.

12. Y no se crea por esto que se portasen siempre de tal manera con él que se

hiciesen acreedores en vida y en muerte á tantas finezas de caridad. Muchos de ellos eran hasta el estremo atrevidos é insolentes, abusando con frecuencia de su amabilidad, humildad y mansedumbre; y no faltó alguno tan osado que, haciendo de tirano con este mártir de paciencia, le dio harto que sufrir, ejerciendo en él los actos de la mas refinada barbarie; por cuyos tratamientos estuvo tan lejos de quejarse el siervo de Dios, ó de pretender deshacerse de aquel ingrato, que antes bien, mirándole como enviado espresamente por Dios para acrisolar su virtud, daba muestras de hacer de él el mas singular aprecio. Con él se aconsejaba en los negocios de mas importancia, á él confiaba los mas honrosos cargos, y siempre, en suma, le amó con preferencia á los demás, con toda la ternura de su bondadoso corazon. Práctica constante de la verdadera caridad, que cuantos menos atractivos descubre en alguno capaces de hacerle amable, mayor seguridad tiene de que ama en él á Dios en lo cual se cifra toda su perfeccion sobrehumana.

CAPÍTULO V.

Del cuidado y afanes con que cultivaba el espíritu de los negros, que estaban de asiento en Cartagena y su distrito.

---

1. Además de los negros de primer desembarque que en tan gran número se juntan cada año en Cartagena, pero de paso y para repartirse, como se ha dicho, por toda la India, hay otros muchísimos que en clase de esclavos están allí de asiento, ocupados por sus dueños, unos en el servicio de sus casas en la ciudad, otros fuera de ella en el penoso ejercicio de cultivar los campos, y donde por sí solos forman diversas aldeas y poblaciones. Solícito, pues, el siervo de Dios de que todos estos, ya cristianos, no desmintiesen la santidad de la fe con la perversidad de sus costumbres, y en vez de dar ejemplo á los demás les sirviesen de piedra de escándalo, era siempre, por decirlo así, todo ojos y manos para velar sobre su proceder, y prevenir ó reparar sus desórdenes.

2. Su principal cuidado era evitar los escándalos. Jamás permitia que ningun esclavo se parase en las plazas públicas ó en las calles á conversar con las esclavas; y al que daba por escusa el ser parientes, solia decir que no á todos constaba el parentesco, pero que todos veian el escándalo. Así es que para todos era un gran freno el solo encontrarse con él, porque, amándole tiernamente, temian mucho disgustarle; y es fama constante que mas de una vez, para tenerlos á raya, se dejó ver milagrosamente enmedio de la calle aunque á la sazon estuviese en otra parte. Así le sucedió á un negro junto á la puerta que llaman de la Media-Luna. Saliendo de cierto paraje una joven negra, se dirijia hácia él con mil halagos y lisonjas para seducirle. Trémulo y avergonzado el negro, "vete, vete presto, le decia; ¿no ves al P. Claver que viene hácia nosotros, y ya le tenemos encima? Estaba allí el Padre Fr. Luis de la Encarnacion, religioso de la orden de San Juan de Dios, el cual, oyendo que venia el Santo varon, volvió la vista atrás para saludarle; pero por mas *que miró por* todas partes no le fue posi-

ble verle. Vióle, sí, la muger, que espantada de su vista se dió en el mismo instante á la fuga.

3. Gustan los negros sobre manera de danzas y de bailes que arman entre sí á bandadas al son alegre de flautas, címbalos y castañuelas; y como es propio de la verdadera caridad el ser con los demás condescendiente y discreta, les permitia de buena gana el siervo de Dios aquel juvenil desahogo, toda vez que se contuviese dentro de los límites de la cristiana modestia. Pero ¡ay de ellos si alguna vez se introducia en sus danzas la licencia, el libertinage ó la desvergüenza! ¡Oh! Entonces sí que, deponiendo toda su natural mansedumbre, con el Crucifijo en una mano y en la otra la disciplina se metia enmedio de aquellos corros para romperlos, deshacerlos y disiparlos; y esto con tanto mayor celo, cuanto que mas de una vez vió con luz superior entrometerse en tales círculos legiones enteras de demonios á pegar fuego, atizarlo y aplaudir su desenfreno.

4. No perdonó molestia alguna ni hubo industria de que no se valiese para ha-

cer desaparecer ciertas reuniones nocturnas, introducidas furtivamente con el fin de llorar allí con gentílicas supersticiones á sus mayores difuntos; ceremonia que terminaba siempre en crápulas, embriagueces, riñas y liviandades. Y porque toda la actividad de su celo no bastaba á poner un dique á la furiosa inundacion de tantos vicios juntos, imploró muchas veces el auxilio de la potestad eclesiástica y civil contra aquellas reuniones, á fin de que las deshiciese, ó cuando no, reprimiese con el temor de la pena aquellos criminales desórdenes, y fuesen en lo sucesivo mas comedidos.

5. Si les oia perjurar ó prorumpir en alguna blasfemia les hacia arrastrar la lengua por el suelo, y poniendo su pie sobre el cuello del delincuente, "¿y quién eres tú, le decia, quién eres tú, que tienes la osadía de poner la boca en el cielo é insultar á la Magestad Divina?" Con los jóvenes de vida disoluta y enredados en torpes amores, su mas eficaz remedio, cuando no bastaban los avisos, era procurar que se casasen, por cuyo motivo tuvo que *sufrir no poco* de la indocilidad de ciertos

amos, que se obstinaban en negar su consentimiento, sin alegar otra causa que la ninguna esperanza de que por casarse hubieran de ser mejores, y la seguridad de quedar ellos peor servidos. Escusa que deshacia el siervo de Dios con esta gran réplica: «Que si sus esclavos seguian en sus desórdenes despues de casados, toda la culpa delante de Dios sería suya propia, mientras que si hubiesen vivido mal por no haberles permitido tomar estado, correria la mayor parte de sus culpas por cuenta de sus señores.»

6. Exijia además de los negros una profunda veneracion á los templos y una exacta observancia de las fiestas, prescribiéndoles el modo de santificarlas con la asistencia á los divinos oficios y á las pláticas, con la frecuencia de los Sacramentos, y otras varias prácticas religiosas y ejercicios devotos. Jamás consentia que trabajasen por motivo alguno en tales dias, ni aun á título de haber de ganarse con sus manos la vida; en cuyos casos, haciéndoles copiosas limosnas, «no temais, les decia, no temais que haya de faltaros el pan por haber sido fieles á Dios.»

7. En ciertos tiempos mas santos del año, como los de Adviento y Cuaresma, queria que se abstuviesen de cualquier diversion, aunque lícita, á imitacion de los antiguos cristianos, para que con mas fervor se ocupasen, segun la intencion de la Iglesia, en tributar un especial culto á la Magestad Divina, en aplacarla ofendida, y en manifestar una cordial gratitud por sus innumerables beneficios.

8. A ninguno de ellos encontraba que no le diese algun buen documento, acomodado á su edad, condicion y necesidad. A los mas jóvenes: «Mira bien lo que haces, decia, no te fies de la juventud, porque el grano se seca muy á menudo en yerba, y no siempre la flor llega á cuajar en fruto.» A los de edad mas avanzada: «Cuidado, que la casa va siendo vieja, y se hundirá cuando menos lo pienses; confiésate ahora que tienes comodidad y tiempo.» A los mas libertinos: «Hijo mio, Dios cuenta los pecados, y el primero será para ti quizás el último.» Y muchas veces eran estos documentos, no unos simples avisos sino profecías, siendo infinito el número de almas que convirtió á la penitencia, y atra-

jo al camino recto de salvacion con estas santas industrias.

9. Pero no era bastante á su gran celo el que no fuesen malos los negros, ó fuesen buenos á medias. Siempre tuvo miras mas altas, cultivando su espíritu hasta conducirlos, si podia, á la perfeccion mas sublime, haciéndoles que apreciasen la pobreza evangélica, el celibato, las cruces y las tribulaciones, el mérito de la paciencia cristiana, y todas las demás virtudes. La escuela de este magisterio espiritual, abierta diariamente á todos, era el confesonario. De entre los muchos miles de negros que habia en Cartagena iban tantos á confesarse con él, que aun en los dias de trabajo se veia precisado á bajar á la iglesia al romper el alba, y estarse allí todas las mañanas las cuatro y las cinco horas escuchándolos, instruyéndolos y exhortándolos segun su capacidad. En cuanto á los dias festivos, no habia mas limitacion de tiempo que la que prescribia la necesidad y el número de penitentes.

10. Para que en las grandes solemnidades hubiera mayor concurso, recorria las calles y tiendas de la ciudad dos ó tres

dias antes exhortando á la confesion á cuantos encontraba. Tal dia, decia, es tal fiesta, conviene lavar los vestidos y limpiar la casa para disponer el alojamiento al Divino huesped." Y en semejantes festividades entraba en el confesonario dos ó á lo mas tres horas despues de media noche, y permanecia en él hasta que cerca del mediodía le llamaban á celebrar la última Misa.

11. En este ministerio se consagraba él tan esclusivamente á los negros, que á nadie daba lugar sin haberlos despachado; y á los caballeros y señoras que le suplicaban los confesase, «no, no, respondia, que yo soy el confesor de los pobres negros, y á personas de vuestra clase nunca falta con quien poderse confesar." Y si admitió alguno que otro por penitente fue siempre bajo la condicion de confesar antes á sus negros; y asombraba el ver á no pocos personajes de la primera nobleza que daban la preferencia á sus mismos esclavos y aguardaban en el templo horas enteras, por no perder el fruto que sacaban de tener al Padre por director de sus almas.

12. A todo esto debe añadirse su in-

cansable aplicacion á buscar siempre nuevas industrias para enfervorizarlos en la piedad, repartiendo al efecto cada año en el confesonario miles de rosarios, de medallas, estampas, libritos devotos, cilicios y disciplinas trabajadas por su mano en tiempo de la recreacion de comunidad, aconsejando segun la necesidad y disposicion de cada uno, á este una mas tierna devocion hácia la gran Madre de Dios, á aquel una aplicacion mayor á la oracion, á uno la lectura de algun libro espiritual, á otro un odio santo de sí mismo y mas aficion á la penitencia, á quién, en suma, una virtud y á quién otra, y siempre y á todos un sumo horror al pecado.

CAPÍTULO VI.

Sus fatigas estraordinarias durante la Cuaresma.

---

1. Por contínua y trabajosa que fuese, como hemos dicho hasta aquí, la cultura que durante el año recibian del siervo de Dios los esclavos, lo era mucho mas en la Cuaresma, como lo exigia la mayor santi-

que se avivaba todavía mas su celo. Su mayor afan era entonces que los negros asistieran con puntualidad y devocion á las procesiones de penitencia que son allí muy frecuentes, y él mismo iba en persona á recibirlos á la puerta de la iglesia con roquete y estola y con la modestia de un angel. El Jueves Santo ponia en público un cuadro que representaba á nuestro Divino Redentor en el acto de lavar los pies á sus Apóstoles, y de allí tomaba ocasion de exhortar á los esclavos á que se humillasen á sus señores, y les pidiesen perdon de las faltas cometidas en su servicio; con cuyo acto de sumision cristiana se conmovian, y lloraban de compuncion y ternura.

4. Mas para formar una idea cabal de lo penoso de este trabajo hay que tener en cuenta tambien las circunstancias que lo acompañan. Y en cuanto al lugar, la iglesia era sumamente húmeda por lo muy próxima al mar, y en estremo caliente á causa de los escesivos ardores del sol, que cayendo de lleno en su confesonario le hubieran hecho insoportable á otro *cualquiera*. Añádase á esto el hálito con-

densado y pestilencial de los negros que en gran número le rodeaban siempre; las contínuas y molestísimas picaduras de un enjambre de mosquitos, avispas y tábanos; su complexion enfermiza, sobre todo en los últimos años; el gran peso de cilicios que le cubrian de pies á cabeza; el estar en ayunas diariamente por tantas horas, en un clima en que perdiéndose contínuamente por el gran calor los espíritus vitales, son casi insufribles los desfallecimientos de estómago; el quebrantamiento en suma de su cuerpo, atenuado con tan contínuos y penosos ejercicios, maltratado por largas y frecuentes disciplinas de sangre, por el poquísimo sueño que le concedia, y este sobre la desnuda tierra, y por el alimento escaso é insustancial, tomado sin orden ni concierto. Y sin embargo, jamás aplicó otro remedio á tantas y tan graves incomodidades juntas, que humedecerse de vez en cuando ligeramente con un pañito mojado en vino las narices y sienes.

5. Todo su cuidado y afan era que los demás no padeciesen; y así para procurarles el posible alivio, desde el principio de

Cuaresma mandaba cubrir todo el pavimento de la iglesia de tablas para defensa de la muchísima humedad, y cuidaba de que levantadas y sacadas de allí cada tercer dia se limpiasen y lavasen con esmero; en cuyo trabajo era él mismo siempre uno de los jornaleros y operarios, y el mas pronto á cargar sobre sus hombros aquellas pesadísimas tablas. Enviaba sillas de manos á los negros que, ó por vejez ú otra indisposicion, no podian ir por su pie á la iglesia; y despues de oidas sus confesiones, él mismo los acompañaba al comulgatorio, los sostenia mientras comulgaban, y en seguida les daba algun corto refrigerio.

6. A tal cúmulo de fatigas y padecimientos, sostenidos por el varon santo mas con las fuerzas del espíritu que con las del cuerpo, no pudo menos de sucumbir á menudo la naturaleza, de modo que faltándole el aliento llegó no pocas veces á desmayarse, en términos que tenian que sacarle del confesonario ó del púlpito como muerto, llevarle á la cama, desnudarle, y quitándole todos los cilicios hacerle volver en sí poco á poco á fuerza de fomen-

tos. Pero él, no bien reparadas sus fuerzas, volvia de nuevo á su faena con los mismos brios que antes.

7. Verdad es que para endulzarle la amargura de tantas penalidades acudia luego Dios mismo, inundando su alma de celestiales consuelos, y dándole á gustar en la oracion todas las delicias del cielo. Confortaba tambien no poco su corazon la esperiencia del aprovechamiento de aquellos sus queridos hijos. Y si bien en sola la Cuaresma pasaban sus penitentes cada año de cinco mil, y estos tan materiales, ignorantes y toscos que habia menester con ellos una paciencia invencible, le causaba sin embargo tanto placer el verlos tan bien dispuestos y compungidos, que las horas se le figuraban momentos.

8. Pero cuanto mas se complacia el Santo varon de los palpables frutos de sus tareas, tanto mayor era la rabia del demonio, y su esfuerzo por impedirlos. Tentó en primer lugar el ánimo de los amos, instigándoles á que no consintiesen que sus esclavos se confesasen con el siervo de Dios, bajo el pretesto de que las muchas *devociones* en que los ocupaba los impo-

sibilitaban para servirles como debian. Pero muy presto se desconcertó la trama, y conocieron los ciudadanos á gran costa propia cuán cierta era la máxima que les habia insinuado el P. Claver, que nunca sirve con fidelidad á otros hombres quien no sabe ser fiel á Dios.

9. Frustrada esta primera tentativa, inventó otra el espíritu maligno. Entre los muchos ejercicios devotos introducidos por el siervo de Dios en beneficio espiritual de los negros en tiempo de Cuaresma, uno era el de la penitencia, que se hacia tres dias á la semana en la iglesia. Al anochecer subia al púlpito uno de los PP. de casa, y proponia al auditorio alguna máxima eterna, ó algun ejemplo funesto de los divinos castigos, para disponerlos así á dolerse sinceramente de sus culpas, y aplacar con el azote en la mano á la Magestad de Dios ofendida. Al mismo tiempo se ponia el P. Claver á la puerta de la iglesia para repartir disciplinas, y cuidar de que todo se hiciese con orden. Una noche pues durante la plática se levantó de repente un torbellino tan amenazador y terrible, que moviendo un espantoso ruido

parecia que se venia abajo la iglesia. Aterrorizado el auditorio huyó precipitado, y el predicador mismo, cortando la palabra, sobrecojido tambien de espanto se bajó del púlpito. En medio de esta gran confusion una oleada de negros, con ahullidos y altísima gritería, tomando la puerta de la sacristía y luego la del coro, en que principiaba una escalera, se precipitó toda rodando entre aquella oscuridad, y vino á caer impetuosamente sobre el siervo de Dios, que al pie de ella oraba de rodillas y en profundo silencio. De tan mortal caida se levantaron todos sin lesion, menos el P. Claver, que era cabalmente el único á quien el demonio tenia entre ojos, y contra quien habia levantado aquel huracán tremendo. Buscáronle al momento; y sin saber cómo, mas ciertamente por milagro, se le encontró en la capilla de la Santísima Virgen, vivo sí pero magullado todo el cuerpo y bañado en sangre el rostro, malamente herido en varias partes. Pero él, en vez de dejarse curar las heridas como le suplicaban, sin pensar en sí mismo, y porque el demonio no se saliese con la suya, cuidó al instante de reunir

el auditorio disperso, le descubrió el ardid del enemigo, y despues de animarle á deponer todo miedo, hizo que prosiguiesen el ejercicio como si tal cosa hubiera pasado.

CAPÍTULO VII.

Su aplicacion á cultivar los negros de la campiña y alrededores de Cartagena.

---

1. Pero es ya tiempo de que salgamos de la ciudad y veamos al siervo de Dios en la campiña, aplicado con igual celo á la cultura espiritual de otros negros, tanto mas necesitados de socorro cuanto mas abandonados. Habitan estos en las villas de aquel vasto territorio, ocupados por sus amos en las labores de sus grandes posesiones, bajo la inspeccion y á las órdenes de otros tantos capataces españoles. Terminadas pues con tanto trabajo propio y provecho de los demás las gravísimas tareas de la Cuaresma, cuando todo parecia aconsejarle que diese un poco de descanso á su cuerpo, salia á sus amadas misio-

nes, ó en barca por los rios, ó por tierra á pie, descalzo, acompañado de un solo negro á quien obedecia como á su superior, sin mas provisiones que un pequeño hatillo á la espalda con el recado para celebrar, y algunos pocos premios para escitar la emulacion en la doctrina y demás entre aquellas gentes. Cuando en semejantes ocasiones le exhortaban á que tuviese piedad de sí mismo, y no viajase tan desprovisto por caminos asperísimos y sembrados de espinas, respondia riéndose: «No es bueno para pescador quien tiene miedo de mojarse los pies.» Queriendo decir, que no sirve para ganar almas á Dios quien teme mucho los trabajos.

2. Luego que entraba en alguna de aquellas aldeas se iba en derechura á la capilla, ó en falta de esta á la cruz, que con anticipacion habia él mismo mandado levantar en algun sitio eminente, y despues de haber adorado en ella á la Magestad de Dios, se informaba si habia enfermos ó moribundos, para ir al punto á consolarlos y ayudarlos en alma y cuerpo. Volvian entre tanto los negros de sus labores al oscurecer, y despues de saludar-

mismo P. Claver llorar amargamente y lamentarse de su inutilidad, y de no saber hacer cosa de algun valor por su Dios, al mismo tiempo que hacia y padecia tanto por la gloria divina y salvacion de las almas. Y una mañana que, desmayado en el confesonario de puro cansancio, le obligó su compañero á tomar alguna cosa, prorumpiendo en un llanto deshecho, "¡Qué gran poltron soy yo, dijo, y cuánta verdad es que robo el pan de que me sustento!"

6. Si el fruto que cada año recojia en estas correrías apostólicas era ó no abundantísimo, puede inferirse de la súbita cesacion de las blasfemias, los latrocinios, las impurezas y los escándalos. No emprendia escursion alguna de que no volviese cargado de preciosos frutos. Matrimonios revalidados, enemistades estinguidas, paces consolidadas, conciencias tranquilizadas al cabo de muchos años de confesiones sacrílegas, bautismos administrados á quienes sin serlo se creian cristianos; y la piedad, en suma, la devocion y el fervor restituidos por su medio á todos aquellos sitios de donde habian sido estrañados por culpa *de otros.*

7. Y no dejó el Señor de dar algu
señal sensible de cuán acepto le era este s
siervo por lo mucho que se ocupaba en d
latar su gloria. Amenazó el P. Claver á u
negro obstinado con el inminente casti
que le aguardaba si no se enmendaba pre
to. No se dió por entendido el infeliz, y
allí á pocos dias pereció devorado por u
fiero caimán, que es una especie de coc
drilo. Muy diversa suerte tuvo en su mi
ma desgracia otro negro. Llevaba éste
la mano un haz de maiz cuando se enco
tró con el P. Claver, que le advirtió qu
estuviese muy sobre aviso, pues no llegar
á comer de aquel pan. En efecto, pocas h
ras despues enfermó, y aunque le deci
que no temiese porque la enfermedad
era grave y él todavía joven, "no import
decia, yo bien sé cómo me ha hablado aqu
santo varon el P. Claver;" y fué su fort
na el haberse preparado con tiempo, po
que precipitándose la enfermedad murió
pocas horas.

8. Descubrióse en medio de una
aquellas aldeas una profunda sima, que d
latándose cada dia mas y vomitando fue
la amenazaba con el último esterminio.

encontraron aquellos miserables mejor recurso que acudir al P. Claver. Ordenó el siervo de Dios, para consolarlos, que dispusiesen una procesion solemne, y revestido de ornamentos sacerdotales fué á bendecir la sima, y plantar en aquel sitio una cruz: siendo esto suficiente para que desde aquel punto no se volviese jamás á ver salir fuego.

9. En otra aldea le suplicaron los vecinos que les alcanzase agua del cielo, porque si no morian de sed; y sin titubear les dijo: «Antes de que se ponga hoy el sol tendreis agua.» Y la tuvieron en efecto, y continuó por tres dias enteros una lluvia copiosísima.

10. Preguntándole su compañero en uno de aquellos viajes por qué se habia desviado del camino con tanta esposicion y molestia, «porque así convenia, respondió, para la salvacion de tres almas.» Y eran tres viejísimos negros, que encerrados en unas covachas y desprovistos de todo humano recurso, parecia no esperaban mas que el auxilio del Padre para morir en paz. Pero de semejantes casos prodigiosos tendremos acasion mas oportuna de hablar en *otra parte.*

CAPÍTULO VIII.

Su amorosa asistencia á los negros enfermos.

---

1. Industriosa y constante sobremanera se mostraba la caridad del santo P. Claver con sus queridos negros mientras estaban sanos, pero cuando llegaban á enfermar se escedia á sí mismo. Además de tenerlos todos apuntados en un librito de memoria, donde se espresaba el estado mas ó menos peligroso de cada uno, solícito de que ni uno solo se escapase á su amor sin socorro, prevenia de antemano á los dueños para que al caer enfermo alguno de sus esclavos le diesen al punto aviso. Y como si Dios mismo quisiera dar por el gusto á su fiel siervo, le ilustró frecuentemente con luz superior para que descubriese, ya los enfermos mas distantes, y ya las mas ocultas enfermedades.

2. Y verdaderamente causaba admiracion y ternura el ver en un mismo dia rendidos, y poco menos que desmayados, á dos ó tres compañeros por la enorme fatiga de

seguirle, y al mismo tiempo ver al Santo varon, siempre fuerte, vigoroso y agil, proseguir solo en la penosa tarea de acudir á todas partes, sin que le arredrasen la distancia de los lugares, ni la escabrosidad de los caminos, ni la intemperie de las estaciones, ni cualquiera otra enfadosa molestia.

3. El número considerable de enfermos, y la duracion de sus males, no servian sino para hacer mas activa y ferviente su caridad. Muchísimos fueron los que su vigilancia amorosa no perdió jamás de vista, y á quienes su caridad ardiente mantuvo á sus espensas por espacio de dos, de tres y de cinco años de enfermedad. Diez años enteros asistió á una esclava enferma abandonada de todos, cuidando de proveerla cada dia del necesario sustento; y mucho mas largo servicio prestó á un esclavo viejo, que postrado por sus achaques en una cama, vivia bajo una mal forjada choza junto á los muros de la ciudad. Por espacio de catorce años que duró el mal no se pasó semana sin que él fuese á confesarle, consolarle en sus dolores, llevarle la provision, hacerle la cama, arreglarle su pobre

choza, y hasta recomendarle de puerta en puerta á todos los vecinos, y regalarles para que ejercitasen con él los mismos piadosos oficios de caridad cristiana.

4. Tantos le deseaban, le llamaban y gozaban de su amable presencia, que no parecia que fuese un solo P. Claver, sino muchos; y tanto se aprovechaban todos, que una sola visita suya endulzaba la amargura de todas sus penas. Con solo acercarse el siervo de Dios al lecho de los enfermos sentian alivio en sus dolencias, y recobraban nuevas fuerzas: tales eran y tan tiernos los agasajos que les prodigaba, llamando por su propio nombre á cada uno, preguntándoles cómo estaban, y estrechándolos amorosamente en su seno, como si quisiera introducirlos en su corazon. De aquí era consiguiente el descubrirle cada uno toda su alma, sin ocultarle la mas mínima parte de su interior afliccion y miseria; y el implorar con toda confianza su ayuda y asistencia, sin que jamás quedasen defraudadas sus esperanzas.

5. No contento con la sinceridad de afectos y de palabras que empleaba en consolar sus almas, ni con la solícita actividad

que desplegaba para alivio de sus cuerpos, sin dispensarse de ejercitar los mas viles y asquerosos oficios, les enviaba vestidos, sábanas, mantas, viandas, y cuanto podian haber menester; y uno de sus mayores cuidados era hacer cada año acopio de conservas, electuarios, esencias, aguas medicinales, y sobre todo de tamarindos, especie de dátiles del pais de muy conocida virtud, que él mismo confitaba con miel y azucar. Y porque cuanto es mayor la caridad tanto es mas industriosa en favor del prójimo, estudió de propósito los principios de la medicina, y el arte de hacer y preparar varios remedios; de modo que su aposento podia llamarse la botica comun de los esclavos, capaz de ocupar todo un hombre ella sola.

6. Y no solo se valia de estas sus propias industrias y de los socorros que mendigaba de los demás, sino que hacia tambien uso en beneficio de los negros enfermos de los mismos dones que recibia de Dios, de las revelaciones, milagros y profecías. Una cierta Angela Rodriguez habia recojido en su casa, á instancias del siervo de Dios, á una negra llamada Ursula de Abiler, baldada de todo punto y cubierta de llagas, si

bien corria por cuenta del Padre el mantenerla. A los cuatro años de molestísima enfermedad, acometida la enferma de un mortal accidente, fué llamado á toda prisa el Santo varon; «mas no, dijo, no es todavía »tiempo, quedan á Ursula cuatro dias de »vida;" y así fué. Al principio del dia cuarto fué á visitarla, asistióla con su acostumbrada caridad hasta la muerte, asegurándola que despues de tres horas solas de Purgatorio volaria al cielo.

7. La misma amorosa asistencia habia prestado á otra negra, disponiéndola con destreza á la muerte, que no tenia muy lejos; y pareció profecía, pues acometida por un inesperado accidente apoplético murió de repente. Afligidos los amos de la difunta, y mas aún el Padre por la noticia, corrió á postrarse de rodillas delante del cadaver; mas no bien habia comenzado su oracion cuando volviéndose á los circunstantes: «No es esta muerte, dijo, digna de lágrimas sino de envidia. Ya aquella alma está en camino del cielo, donde entrará despues de veinticuatro horas de Purgatorio. A nosotros toca abreviarle el camino con nuestros sufragios."

8. Esta misma luz con que llegó á conocer muchas veces el estado oculto y lejano de los muertos, le sirvió de guia segura para penetrar el peligroso de los moribundos, y así estar pronto á su remedio en el último trance. Volvia una noche al colegio despues de haber visitado muchos enfermos, y dando un profundo suspiro, "vamos presto, dijo al compañero, á tal casa." Apenas hubo puesto el pie en ella cuando, saliéndole su dueño al encuentro con los brazos abiertos, esclamó: "¿Qué buen angel os ha traido por acá?" Y el siervo de Dios: "¿Dónde está la enferma?" Era esta una negra que estaba ya en agonía. Conducido á su habitacion la consoló, la escitó al dolor y la confesó, sin apartarse de su lado hasta que exhaló el postrer aliento.

9. Muy semejante al caso que acabamos de referir es el siguiente. Habia el Santo varon salido de casa y de la ciudad un cierto dia, y á pesar de que el tiempo estaba muy lluvioso, y los caminos encharcados y hechos un lodazal, apretaba el paso y casi corria por parajes desconocidos y estraviados. Reparándolo el compañero le preguntó sonriéndose, si esperaba aquel dia

alguna buena pesca: «Muy buena,» replicó el Padre; y no dijo mas. La pesca fué un negro viejo de unos cien años cargado de miserias, y que ya moribundo no parecia aguardar otra cosa que su llegada para dejar de vivir. En efecto, apenas le confesó murió en sus amorosos brazos.

10. Y este era precisamente el ordinario galardon de todas sus obras, sobre todo cuando recibia semejantes ilustraciones, el ganar alguna alma para el cielo. Así convirtió á la fe á un indiano en casa del capitan Simon de Lezgrave; así á un negro en casa del capitan Diego Fernandez; así á una negra en casa de Duarte Bravo; así finalmente á un esclavo de Don Ventura Portillano, que se suponia cristiano sin haber recibido el bautismo: sucesos todos acompañados de circunstancias milagrosas.

11. Avisado por un cirujano que en cierta casa se moria una negra, fué allá á toda prisa, y la encontró mas muerta que viva, perdidos los sentidos, torcidos los ojos, sin pulsos, frio é inflexible todo el cuerpo, y sin señal ó movimiento alguno que la distinguiese de un cadaver. Cinco horas enteras se

ocupó el Santo varon en hacerla volver en sí con varias clases de fomentos; pero al ver que todo era en vano se retiró á un rincon á orar de rodillas, cuando he aquí que de repente empieza la muger á sentir y dar señales de vida, hasta volver en sí del todo. Acercándose entonces á ella el P. Claver la habló con tanta eficacia de los intereses de su alma, que la convirtió á la fe y á Dios en el mismo instante.

12. Si esto fué ó no milagro, yo no sabré decidirlo, pero lo cierto es que convirtió muchas almas á Dios por caminos en un todo portentosos. Agonizaba un niño á la vista de su madre, con el cuerpo lleno de fístulas y manando podredumbre por todas partes. Tomóle en brazos el Santo varon y le envolvió en su manteo, bastando esto para que el enfermo se viese libre de todo mal y sano perfectamente, con tal maravilla de los negros de aquel albergue, que penetrados de la evidencia del milagro todos se convirtieron.

13. Mientras catequizaba á una compañía de negros dió con uno privado de los sentidos, y ya muy cercano á la muerte. Afligido sobremanera al saber que no ha-

bia recibido aún el bautismo, echó mano ante todo de varios remedios, y no habiendo producido buen resultado, se retiró á suplicar al Señor por la salud de aquella alma. ¡Cosa por cierto admirable! No bien se habia puesto á orar cuando el enfermo volvió en sí, y sus primeras palabras fueron pedir el sagrado bautismo; administróselo el Padre, y con la salud del alma recibió tambien la del cuerpo.

14. Al pasar cierto dia por casa de Francisco Ortiz, vecino de Cartagena, le vió llorar amargamente; é informándose de la causa supo que una esclava de muchísima habilidad, y que llevaba el gobierno de toda la casa, por no poder dar á luz estaba á pique de perder la vida. Sonrióse con tal noticia el P. Claver, y "¿á qué vienen, dijo, esas lágrimas? Rogar es menester y no llorar. Vaya, vaya, encomiéndala al Señor, y no dudes que bien pronto saldrá del paso." Dicho esto siguió su camino, y á poco se oyeron voces de alegría, que desde las ventanas de la casa anunciaban á su dueño que la esclava habia dado á luz felizmente y estaba fuera de todo peligro. *Pero* sería demasiado prolijo si quisiera re-

ferir aquí todas las curas prodigiosas que hizo el siervo de Dios en el discurso de tantos años, que por ser tantas, ó no causan maravilla ó en gran parte la disminuyen.

15. Fué tambien fama constante, que con la eficacia de su oracion alcanzó del Señor, que queria alimentar su caridad á fuerza de prodigios, la resurreccion de tres muertos. Yo los referiré aquí como los hallo dados ya á la luz pública por medio de la imprenta, remitiéndome enteramente al supremo juicio que á su tiempo, y prévio maduro examen, dará de ellos la Silla Apostólica. El primero acaeció en casa de D. Vicente Villalobos, capitan de justicia en Cartagena, que lo depuso con juramento en los procesos. Enfermó de muerte una negra de Angola, llamada Agustina, y fué el mal tan violento, que por pronto que avisaron al P. Claver no pudo llegar á tiempo, y halló que, muerta poco antes, la amortajaban ya los de casa para conducirla al sepulcro. Con todo empezó el siervo de Dios á llamarla á voces, y no respondiendo *la difunta* hizo oracion inmoble de rodillas *por espacio* de una hora, al cabo de la cual

empezó á moverse aquel cuerpo y á arrojar por la boca gran copia de sangre, y luego dando un profundo suspiro: "¡Ay Jesus, dijo, qué cansada estoy!—¿Y por qué estás cansada? replicó el Padre. ¿De dónde vienes?—He hecho un largo viaje por un camino, ¡oh qué ameno y delicioso! Pero ya cerca de su término un joven de no menor belleza que garbo, atrás, me dijo, atrás, que no te es permitido pasar mas adelante." Adivinando la causa de tales palabras aquel esperimentado maestro de espíritu mandó salir de la alcoba á todos los circunstantes, y se puso á examinar toda la vida de Agustina, haciéndole varias preguntas. De este modo descubrió por fin, que sin haber recibido el bautismo pasaba veinte años habia por cristiana, y vivia en concepto de gran virtud. La bautizó, y como si nada le quedase que desear volvió á morir contenta.

16. Pero si con tanta inocencia habia muerto Agustina sin saber que le faltaba el bautismo, con no menor pertinacia habia muerto sin él otro negro por no querer recibirle. El caso sucedió de este modo. *Estando* un dia catequizando á los negros

en un albergue, tuvo noticia del peligroso estado de dos, que con un pie ya en la sepultura, perseveraban obstinados en su secta. Interrumpiendo al punto la esplicacion no supo contenerse su celo, y acudió á aplicar á tan grave necesidad el oportuno remedio. Pero en vano, pues por mas que se fatigó muchas horas no logró fruto alguno. Cansado ya de tanto hablar salió del albergue, no tanto para descansar y tomar aliento, cuanto para tratar con Dios aquel negocio, de tan infeliz éxito hasta entonces con los hombres. Mientras estaba orando por aquellos desventurados, y ofreciéndo cual víctima de propiciacion por sus culp á la Divina justicia, le llegó la triste nu va de que uno de ellos habia fallecido su infidelidad, y que ya llevaban al cán el cadaver para sepultarle como á las b tias. «¡Oh, eso no! dijo el Santo varon vado de un ímpetu de caridad; ¡oh, no!» Y mandándole colocar de nuevo aquella misma cama donde habia espi se estuvo á solas con él largo rato asombro de todos: asombro que creció do al entrar de nuevo hallaron al *do al entrar* de nuevo hallaron al P. Claver y *vivo, hablando* con el P. Claver y

dole con grande instancia el bautismo. El hecho no pudo ser mas ruidoso ni auténtico, habiendo sucedido á la vista de todos, y divulgádose su fama por aquellas vastas regiones.

17. De un modo no muy diferente resucitó al tercero. Era éste un negro jovencito de catorce años, ético confirmado ya de muchos meses, y que se encontró muerto de repente cuando iban á darle de comer en casa de Duarte Bravo. Llegado el P. Claver cuando se disponian á conducirle al cementerio, "¿á qué tanta prisa, dijo, sin darnos tiempo á lo menos para encomendarle al Señor?" Dicho esto lo roció con agua bendita, le acercó á los lábios el Crucifijo, y despues de una breve oracion, con voz imperiosa le llamó dos y tres veces. A la tercera, como si despertase el joven de un dulcísimo sueño: "Gran Dios esclamó, ¡qué grandes cosas he visto!" Todos se aturdieron con la novedad del suceso, menos el P. Claver, que oyó su confesion muy despacio, despues de la cual y de los últimos Sacramentos volvió á espirar lleno de consuelo en los brazos de su amadísimo Padre; el cual, aunque es bien seguro que

oiria de su boca las cosas que habia visto *en* aquel tiempo, por mas instancias que se le hicieron no quiso jamás publicarlas.

18. No parece que despues de tantos y tan ruidosos portentos, quedase cosa alguna que hacer al siervo de Dios para alivio y salud de los negros enfermos: pero el número crecido de estos, y la mala calidad de sus dolencias, dieron ocasion á su caridad de practicar en su curacion actos tan heróicos que bien pueden llamarse milagros de virtud y fervor, como se echará de ver en lo que referiremos en el siguiente

CAPÍTULO IX.

Se refieren algunos actos mas heróicos de caridad practicados por el P. Claver con los negros enfermos.

---

1. Al entrar en la narracion de algunos hechos en que la heróica caridad del P. Claver resplandeció singularmente con los *negros enfermos*, debo prevenir al lector y

pedirle que me dispense, si con el objeto de no hacer agravio á la virtud del siervo de Dios callando los rasgos mas heróicos de su vida, me veo obligado á ponérsele ante los ojos en el contínuo y desagradable empleo de manejar enfermos asquerosísimos, aplicando la boca á llagas verminosas, estrayendo de ellas y chupando las mas repugnantes materias, limpiándolas con su lengua la podre, comiendo al propio tiempo con ellos en un mismo plato, abrazándolos tiernamente, acariciándolos y besándolos: cosas que, como cada cual echa de ver, son capaces de ofender la delicadeza de un estómago poco robusto, y de revolverle enteramente. Pero como quiera que sea, no podrá menos de inferir de aquí el lector á qué sublime grado de heroismo se elevó la virtud de este siervo de Dios, pues que á fuerza de una contínua victoria de sí mismo llegaron á hacer sus delicias por tantos años las cosas mas opuestas y repugnantes á la naturaleza, y que, practicadas por otros, apenas tiene nuestro amor propio suficiente valor para leerlas ó escucharlas sin estremecerse.

2. Hecha, pues, esta respetuosa protes-

ta, conviene saber, que si bien los negros son asquerosísimos de suyo y muy hediondos aun estando sanos, sin embargo, cuando á mas de las ordinarias y comunes dolencias, que consisten en fiebres, disenterías y llagas, son atacados por una enfermedad que les es es propia y peculiar, llamada *loanda*, que empieza por llagarles la boca y las encías, hasta que creciendo poco á poco viene á parar en un cancer asqueroso, quedan horrorosos á la vista é intolerables al olfato. Las aguas fuertes y desecantes con que los curan los hacen arrojar por la boca tanta sangre y materia que causan horror; y de las fístulas de que están plagados sale un vapor denso á manera de humo, que impregnado de una cualidad tan maligna inficiona á quien se les acerca.

3. Además la viruela y el sarampion, que son entre ellos tanto mas atroces cuanto mas frecuentes, los desuellan de pies á cabeza de tal suerte, que despojándolos de todo el cútis los revisten de un humor corrompido y negro, el cual helándoseles sobre las carnes los presenta como chamuscados, ó mas bien fritos con resina y goma. A todo esto se agrega lo miserable de sus viviendas

en que, ó hacinados ó cada uno de por sí, pasan sus dias, ya en algun desván quemado y abrasado del sol, ya en el estrecho hueco de una escalera, donde consumen lentamente la vida, muriendo al cabo, unos podridos por la humedad, y otros sofocados por el calor y la hediondez.

4. Ahora bien, de nada podrá inferirse mejor la fortaleza de espíritu que se necesitaba para entrar en aquellas cloacas y acercarse á aquellos vivos cadáveres, que de lo que acaecia por lo comun á los párrocos y otros sacerdotes llamados á que les administrasen los últimos Sacramentos, porque apenas aplicaban á dos ó tres la Estrema-Uncion, no pudiendo soportar el tufo, la náusea y el hedor, tenian que salir de allí á toda prisa; y hubo algunos que asaltados por mortales deliquios cayeron en peligrosos desmayos. Hallábase en Cartagena de paso para Roma un sacerdote de la Compañía de Jesus, procurador de provincia, y por cerciorarse de si eran como se referian las grandes cosas que habia oido de las estremas miserias de los negros, especialmente enfermos, y de la ardiente caridad del P. Claver para con los mismos,

se le ofreció un dia por compañero para aquella visita; pero bien cara le costó su curiosidad, por otra parte loable, porque al poner el pie en uno de aquellos encierros, perdida del todo la respiracion desfalleció de manera que fue preciso sacarle en brazos agenos.

5. Lo mismo sucedió á un joven que habia llegado á aquella ciudad para recibir los sagrados órdenes. Con solo asomarse á una de aquellas enfermerías públicas sintió tal indisposicion de estómago, y le acometió tan fuerte vahido, que á no haberse retirado á tiempo hubiera caido sin remedio en tierra como muerto. Y D. Agustin Ugarte, Inquisidor general de la ciudad y despues Obispo de Quito, por haber visto solo de paso al siervo de Dios mientras limpiaba á uno de aquellos infelices cubierto todo de llagas, y le raia con la lengua la podredumbre, y le besaba, sintió tal opresion de corazon, que por muchas horas no pudo articular palabra.

6. Pues en estos sepulcros de animados cadáveres pasaba el siervo de Dios la mayor *y mejor* parte de los dias como en jardin *de delicias*. Y no hay que decir que tuviese

sentidos obtusos, embotados é impene-
oles á la fuerza de tal martirio; porque
staba ya acostumbrado, era solo á fuerza
vencerse continuamente. Referiré dos so-
casos, notables por sus circunstancias.
riquísimo mercader de Lima, dueño de
chos centenares de negros, acudió al sier-
de Dios pidiéndole fuese á confesar á
) de ellos, enfermo, y tan asqueroso que
ya insufrible á sus mismos compañeros.
difirió un momento el P. Claver la vi-
; mas al solo verle tan hediondo y horri-
se le alteró de tal manera la máquina,
estuvo á punto de desmayarse. A aquel
vimiento de la naturaleza se apoderó de
ın ódio santo contra sí mismo, que le
o esclamar: "¿Y así rehusas dar ayuda
u prójimo? Pues qué ¿acaso no han sido
ıbien estos rescatados con la sangre de
ucristo? Oh, esta vez sí que me las has
pagar." Y sin mas tardanza, desnudán-
e las espaldas descargó sobre ellas una
ıpestad de tan fieros golpes, que al oir-
se horrorizó el mercader; pero lo que
nó su asombro y le hizo derramar lágri-
s de devocion fue ver al Padre, que ves-
) ya y arrodillado delante del enfermo,

metia los labios dentro de aquellas llagas gusanientas, é imprimia en cada una amorosísimos ósculos.

7. Un caso muy parecido testifica con juramento un religioso de la sagrada orden de San Agustin, como acaecido en casa de sus padres. Habia allí una compañía de negros, infestados todos de una muy contagiosa enfermedad y cubiertos de pies á cabeza de repugnantes llagas. Bastó al P. Claver el saberlo para que en alas de su caridad volase á prestarles la posible asistencia, sin que pudiera detenerle el dueño de dichos negros D. Manuel de Acosta, por mas que trató de estorbárselo. A despecho de su virtud no dejó la naturaleza de resentirse y de intentar la retirada, pero no se salió con ella, porque avergonzándose de sí mismo por aquella repentina sorpresa, como propia de quien no estaba muerto del todo á sí mismo, "gran cosa, dijo, gran cosa que este mi cuerpo quiera siempre hacer de las suyas y mostrar que está vivo. Ahora nos veremos." Y diciendo se fue corriendo á abrazar á aquellos pobrecitos, hízoles mil *caricias*, y les lamió detenidamente las llagas *hasta dejárselas* del todo limpias.

8. Nada, pues, es de estrañar que Dios, despues de tantas y tan gloriosas victorias conseguidas por el P. Claver sobre sí mismo, le premiase con tal don de fortaleza que pudiese hacer frente á tantos y tan arriesgados encuentros sin caer en deliquio, y que con especialísima asistencia le sostuviese de modo que, sin limitacion de tiempo ni interrupcion alguna, pudiese mantenerse firme y con tanta constáncia en ejercicios de caridad, tan penosos de suyo y tan repugnantes al amor propio. Lo cual, siendo á todos notorio por la cuotidiana esperiencia, era él siempre, pero sobre todo en las epidemias generales y en todas las enfermedades contagiosas, el único suspirado refugio, no solo de los enfermos y tocados del mal, sino de los Obispos, párrocos, gobernadores y magistrados, y de cuantos, no pudiendo cumplir por sí mismos sus deberes para con sus súbditos, necesitaban valerse del auxilio de otros; estando seguros de poder contar con el del P. Claver á todas horas.

9. Pero es cosa mucho mas de admirar, que la podredumbre de aquellos cuerpos apestados estaba tan lejos de ocasio-

narle náusea y horror, que antes bien le era de suma suavidad y dulzura, en atencion al gran bien que de ella sacaba para sus almas. Recordaré una cosa que parece casi increible, aunque acreditada por una larga esperiencia, y es que obró mas conversiones el P. Claver con esta mortificacion y caridad heróica hácia los enfermos, que con todas las demás virtudes juntas y con sus mismos milagros. Porque acostumbrados aquellos infelices á recibir solo indignos tratamientos, cuando le veian postrado á sus pies y lleno de compasion amorosa chupar con sus propios labios la corrupcion de sus pestilentes llagas, limpiarles con delicados paños las materias que manaban de todo su cuerpo, confortarlos y alentarlos con toda clase de perfumes y apetitosos manjares, y con mil otras demostraciones de amor, atónitos con la novedad de tanto obsequio lloraban de ternura, se confundian, se rendian al siervo de Dios como á hombre venido del cielo, y formando un altísimo concepto de su virtud le escuchaban como á oráculo, obedecian con presteza á sus insinuaciones, y se abandonaban en sus manos para que hiciese de ellos cuanto tuviese

por conveniente para su provecho. Comprendia muy bien todo esto el santo varon, y arrostraba cada dia con mas gusto las molestísimas angustias que le ocasionaban á todas horas el sitio, el calor, la densidad del aire y las cualidades malignas de aquellas enfermedades asquerosísimas, sin jamás buscar ó admitir ninguna clase de alivio.

10. No se conducia así con los demás, en cuyo favor buscó siempre, aunque fuese muy á costa suya, y hasta muchas veces por medio de prodigios, todo género de lenitivos. Llamado un dia á confesar á un negro, se encaminó con su compañero y con un intérprete paisano del mismo enfermo, el cual hinchado ya hasta la garganta apenas daba señales de vida; y lo que era peor, y suficiente por sí solo para acabar con él, yacia en una habitacion que por lo lóbrega, pestilente y calurosa se asemejaba á una sepultura. Probó el siervo de Dios cuantos remedios supo sugerirle su amor para hacerle volver en sí y confesarle; pero alargándose mucho la operacion, y no pudiendo los compañeros resistir por mas tiempo el tormento de respirar aquel aire pútrido y *corrompido*, se salieron afuera. Apenas se

se vió el P. Claver á solas con el enfermo, tomó su Crucifijo y se lo puso sobre la boca; luego roció con agua bendita la cama y el cuarto, y empezó á llamarle en voz alta por su nombre. ¡Cosa admirable! entrando á las voces los compañeros, no solo hallaron que el enfermo habia recobrado los sentidos y hablaba espeditamente, sino que con gran sorpresa observaron tambien que la habitacion estaba despejada y libre del mal olor y del calor, como si un viento fresco y suave hubiese penetrado, sin saber por dónde, á purificarla. Confesado despues el esclavo con señales de contricion sincerísima y llamado á otra parte el P. Claver, encargó su asistencia al intérprete, prediciendo que de allí á poco moriria, como en efecto sucedió.

11. Notamos en otra ocasion cómo el siervo de Dios hacia uso de su manteo en servicio de los negros; mas ya que de él se servia con mas frecuencia que de cualquiera otra prenda para bien de sus enfermos, no desagradará al lector que recuerde yo aquí, si bien de paso, algun hecho particular en que se deje ver el singular privilegio que le concedió el Señor como á instrumento de tan esmerada caridad, preser-

vándole de la infeccion que naturalmente debia contraer con semejante uso.

12. En el contagio general de la viruela, que tantos estragos hizo en Cartagena hácia el año de 1633, hubo en casa de Doña María de Maza una esclava reducida á tal estado por aquel mal pestilente, que ya no tenia figura humana. Así la halló el P. Claver, tendida sobre unos jergones y arrinconada en un desván, para que en él acabase la vida sin apestar con su hedor toda la casa. Y ya en efecto moria ahogada, no solo por el mal sino por el hálito mismo denso y pestilencial que allí encerrada respiraba. Compadeciéndose de ella el santo varon se le acercó, y dándole á besar su Crucifijo, «vamos, hija, le dijo, anímate; mira á Jesus que viene á curarte.» A tales voces despertó de su letargo la esclava, recobró el uso de los sentidos, y reconociendo á su amado Padre, llena de una santa alegría se confesó. Y porque se quejaba de la incomodidad de aquella durísima cama, si así puede llamarse, y del tormento que le causaban las materias que la iban carcomiendo toda, mandó el Padre entrar á su *catequista*, que por el intolerable hedor se ha-

bia salido, y dispuso que la quitase de aquel lecho y la pusiese en tierra sobre su manteo. Hízola despues limpiar muy bien con algunos paños, la reanimó con fomentos, aguas aromáticas y conservas, hasta que reclinada en mas blando lecho la dejó consolada igualmente en alma y cuerpo, y él, volviendo á ponerse aquel mismo manteo recamado de grandes pedazos de piel humana y chorreando materia, por lo mas concurrido de la ciudad regresó al colegio. Y no lo hizo una sola vez, pues puede decirse que su manteo servia poco menos que diariamente á los enfermos de colchon, de almohada, de alfombra, de asiento ó de vestido, segun lo necesitaban.

13. Con mas industria se sirvió de él para aliviar á otro negro en casa de Don Francisco Caballero, juez ordinario de la ciudad. Estaba el tal negro demacrado, lleno de úlceras, y sin fuerzas para tenerse en pie; y el primer oficio de caridad que el P. Claver ejercitó con él en su visita fué mandarle llevar al patio de la casa, para que respirase aire mas sano. Empezando *luego á* servirle mas de cerca le limpió to*das las llagas*, é hizo cuanto pudo por avi-

varle y reparar sus fuerzas; pero todo fué en vano hasta que, envolviéndole en su manteo, ó mas bien haciendo de su manteo una como tienda de campaña que le cubriese enteramente, la sahumó con fumigaciones de yerbas aromáticas, logrando así que recobrase al menos en parte los sentidos: de cuya insigne caridad penetrado vivamente el enfermo, y no pudiendo aún proferir palabra, empezó á manifestar su gratitud á su amado bienhechor y amantísimo Padre inclinando la cabeza, cruzando las manos, y levantando á menudo al cielo los ojos bañados en dulces lágrimas.

14. Ni dejó el Señor de dar á entender bien claramente, y con señales á todas luces prodigiosas, lo mucho que le agradaba el piadoso uso de aquel manteo; pues aunque empapado siempre en mil inmundicias, lejos de contraer ningun mal olor exhalaba una fragancia suavísima, segun lo testificaron con juramento personas fidedignas, y que acompañaron al siervo de Dios varios años.

15. Pero ya es tiempo de poner fin á un argumento, no menos grato al paladar de la verdadera caridad que repugnante á

aunque el desgraciado muriese arrepentido, no todos sabian el *cómo*, y sí el *dónde* habia muerto."

3. No malograba ocasion de ayudar á los prójimos; y aunque andaba por las calles ensimismado, y con una angelical modestia, capaz de hacer concebir á sola su vista sentimientos de compuncion devota, sin embargo, en toda coyuntura favorable, ó de impedir algun mal ó de promover algun bien, saliendo de su interior recojimiento no sabia contenerse, y disparaba á los circunstantes ciertas palabras, breves sí pero agudas y penetrantes á manera de saetas, que entrando por los oidos pasaban á herir saludablemente los corazones. Siempre que tenia noticia de algun ódio privado ó pública enemistad corria á estinguir el fuego antes que se formase incendio, mereciéndole estos actos de la mas ardiente caridad el título de *angel de la paz*. Para hacer abominable á las mugeres el trato demasiado libre y el vestir poco modesto, á mas de hablar desde el púlpito frecuentemente de esta materia, esponia en público á una de estas retratada en un lienzo, *en medio* de demonios que sin piedad

la despedazaban. Mas porque á pesar de lo mucho que peroraba observó siempre muy poca enmienda, llegó á concebir tal aversion á aquella especie de vanidad mugeril, que no se resolvia á confesarlas sino obligado por la caridad ó la necesidad, y siempre con gran repugnancia.

4. Mientras que se detenia en casa de los enfermos para confesarlos ó ayudarlos á bien morir, queria que su compañero emplease el tiempo en enseñar á los de casa la doctrina cristiana segun su capacidad; y á los que encontraba al ir de una parte á otra, sobre todo si eran jóvenes, no los dejaba pasar sin darles algun buen recuerdo, exhortándolos al temor de Dios, á la fuga de los peligros, frecuencia de Sacramentos, devocion á la Santísima Virgen, á quien debian tener en lugar de madre, y á no fiarse mucho de su juventud: y todo esto lo decia y hacia con tanta jovialidad y donaire, con tanta discrecion y suavidad, que todos se iban tras él, y le confiaban los trabajos y las miserias de su alma.

5. Y si esto sucedia todo el año, mucho mas en aquellos meses que median de setiembre á enero, en los cuales concurrian

á Cartagena, á mas de la flota española, los buques del Perú, del Potosí, de Quito, cargados de plata, y con tal número de mercaderes que formaban una segunda ciudad de estranjeros. Llevaban estos mas vicios que mercancías; y no habiendo podido desahogarse en el mar, ya por miedo, ya por falta de ocasiones, apenas ponian pie en tierra, soltando la rienda á las pasiones, se entregaban á las embriagueces, deshonestidades, crápulas, comilonas, pendencias, desafíos, blasfemias y perjurios, con tal ímpetu y furor que ni la pública autoridad bastaba á enfrenarlos. Se veian usuras en los contratos, fraudes y trampas en los juegos, bandadas de mugeres públicas atraidas por el cebo de una ganancia infame, y á su ejemplo infinitas mozuelas prontas á prostituirse y vender sus almas por tener con que regalar sus cuerpos.

6. A este torrente de pecados ponia por sí solo el P. Claver todos los años un dique lo mejor que podia. Y porque la plaza pública era el sitio en que por lo regular se juntaban los comerciantes estranjeros para sus tráficos, y por consiguiente el emporio, ó mas bien la cloaca de todas las ini-

quidades, este era tambien el campo de batalla en que entraba el Santo varon á combatir el vicio. Reunidos los niños de la doctrina tras de una cruz todos los dias de aquella temporada, se dirigia con ellos cantando las alabanzas divinas á la plaza pública, en que desembocan las cuatro calles principales de la ciudad. Llegado allí predicaba con tanto fuego que sus palabras parecian saetas encendidas, y siempre con grandísimo fruto. Impedidos los desafíos, amortiguadas las discordias, deshechas las amistades perniciosas, correjidos los contratos, desterradas las usuras, desarraigadas las blasfemias y perjurios, era tan universal la reforma, que á los pocos dias no parecia ya tiempo de feria sino de jubileo, y tan grande el número de confesiones, que no cedia al de la Semana Santa.

7. Para estirpar despues de raiz el vicio mas dominante de la impureza, le ocurrió el saludable pensamiento de que se dotasen las jóvenes que durante aquel tiempo de licencia habian mancillado su honor, quitándose así á los moradores de Cartagena aquel peligroso tropiezo. Acudió para ello á los gobernadores y regidores de la

ciudad, y consiguió que de la Real Cámara se aplicasen á tan piadosa obra las multas, y se solicitasen limosnas de los mas pudientes de la ciudad y de la armada. En cuya ocasion bien se echó de ver el eco que hacia en los ánimos la eficacia de sus palabras, pues los mismos gobernadores, magistrados y caballeros, con singular ejemplo de piedad quisieron ser los cuestores de tales limosnas, que sirvieron para dote de un sinnúmero de aquellas mugeres y las sacaron del pecado, no menos que á otros de la ocasion de abrazarle.

8. Con tan santas industrias, corroboradas con la eficacia de sus oraciones y la energía y persuasiva de sus discursos, no tienen cuento las conversiones que obtuvo de grandísimos pecadores. Con pocas palabras llenó de horror el espíritu y sujetó la pasion desenfrenada de un joven noble, enredado de tal modo en los amores de una muger, que perdido ya el rubor la conducia como en triunfo por todas partes. Encontrándose un dia con él fuera de la ciudad, en ocasion que la llevaba en ancas de su caballo, le clavó los ojos, y en tono compasivo, "señor, le dijo, ¡qué pena me cau-

sa ver á V. en compañía del demonio!" Esto bastó para que el joven quedase tan atemorizado, que llegó despues á confesar haber temido caer muerto en aquel momento. Pasó todo aquel dia con la saeta clavada en el alma sin poder hallar reposo, hasta que se resolvió á desposarse con aquella muger, verificándolo al dia siguiente con edificacion de todos.

9. Enfermó de muerte una española de vida muy disoluta, y á los que la exhortaban á que se reconciliase con Dios respondia obscenidades que horrorizaban. Súpolo el P. Claver, y despues de rogar á Dios con súplica breve pero fervorosa por la salvacion de aquella alma, se fué á visitarla; mas ella en vez de ablandarse se enfureció mas y mas con ademanes de desesperada, y correspondió á las amorosas insinuaciones del Padre con feísimos improperios. A semejante escándalo público, que tan gravemente ultrajaba á la Magestad Divina, no pudo contenerse mas el celo del siervo de Dios; y tomando el Crucifijo en la mano, con una voz que parecia un trueno, "ea pues, dijo, ya que quieres irte al in*fierno, vete* enhorabuena; aquí tienes el

del camino empezó á guiarle por unos zarzales y matorrales intransitables. «Jesus mio, dijo entonces el pobre hombre engañado, Jesus mio, ¿á dónde me llevas?» Al eco de aquel nombre terrible desapareció como un relámpago el demonio, y espantado y como aturdido el otro se armó con la señal de la cruz, y por mas que buscó de nuevo el camino no pudo dar con él. Presentósele otra vez delante el demonio, é infundiéndole nuevo aliento el miedo de mayor mal emprendió la fuga hácia atrás, y entrando en la ciudad corrió á la iglesia de la Compañía, donde como dijimos le vió el sacristan, cuando, buscando un confesor, de vergüenza no se atrevia á pedirle.

13. Pero si bien fue mucho lo que el P. Claver trabajó para bien de las almas en lugares tan distintos y con tan diverso género de personas, granjeándose por ello el concepto de varon santo y apostólico, nada sin embargo le mereció mejor este renombre que lo que hizo con los presos y sentenciados á muerte por la justicia, á quienes socorrió en sus necesidades, consoló en sus *penas* y procuró toda clase de alivio, acompañándolos en sus calabozos, construidos á

manera de pozos estrechos, lóbregos y oscuros, recomendando con instancia sus causas á los abogados y jueces, defendiéndolos de las vejaciones de sus contrarios, y alcanzándoles de ellos el perdon y la paz. Nacian estos actos de un corazon encendido en amor y en celo, y solo miraban á mejorar las costumbres de aquellos desvalidos, y á poner en salvo sus almas; con tan notorio fruto, que era del todo milagrosa la reforma introducida por él en una reunion de hombres malvados de profesion, impíos, facinerosos, y de ninguna conciencia.

14. Escitaba en todos tal dolor de sus pecados, que llegaban á amar los castigos de la justicia humana por satisfacer con ellos á la divina. Eran muy diligentes en el ejercicio de la oracion y en la frecuencia de los Sacramentos; y aunque avezados á pendencias y al desprecio de Dios y de los santos, vivian entre sí con suma paz y concordia, desterradas las blasfemias, los perjurios, los altercados y contiendas; y con tanta disciplina, que estaba nombrado uno de entre ellos para delatar al Padre los delincuentes. Tenian sus horas distribuidas *para el Rosario*, Misa y Letanias como si

fuesen una comunidad religiosa. En suma, con ser gente acostumbrada de muy atrás á la libertad sin freno, gustaban de estar encerrados, y daban á la prision un aspecto de voluntaria clausura.

15. Tenia un don especial de endulzar la amargura de la muerte á los condenados al último suplicio, y empezaba siempre muy de antemano á disponerlos para recibirla con resignacion cristiana, tratándose de perder á la vez el honor y la vida. El arma mas poderosa para ganarlos era el santo Crucifijo, que manejaba en tales ocasiones con un arte sumamente admirable. Les manifestaba, es verdad, suma compasion de su desgracia, pero no dejaba por eso de darles á conocer el gran favor que Dios les hacia, concediéndoles tiempo y comodidad para disponerse á aquel paso con la mente y sentidos despejados, y que por lo mismo debian ellos hacer meritoria la muerte y sus dolorosas circunstancias, dando la vida gustosos para imitar al Redentor divino. Movidos y compungidos aquellos infelices con semejantes motivos, daban gracias á Dios por aquel *mismo castigo* como por un favor señalado. *Algunos* llegaban á tener el suplicio por

pena demasiado ligera para sus enormes delitos, y se disponian á morir por espacio de semanas enteras con la lectura de libros devotos, con cilicios, disciplinas, ayunos, y con el ejercicio cuotidiano de los actos mas heróicos de las cristianas virtudes: así que opinó siempre el P. Claver que todos ó casi todos se salvaban. Luego que llegaban al lugar del suplicio le rociaba con agua bendita, hacia que el reo besase la escalera por donde habia de subir como si fuera la del cielo, y nunca le abandonaba hasta haberse ejecutado la justicia. Mientras vivió en Cartagena no murió uno siquiera á manos de la justicia á quien él no asistiese con un celo y caridad invencible; y no solo en la ciudad sino tambien en las aldeas y pueblos de su distrito. No quiero acabar este capítulo sin referir para mayor prueba algun caso particular de los mas raros por sus circunstancias, y de donde podrá colegir el lector lo que de ordinario acaecia en los otros.

16. Un capitan falsificador de moneda fue primero condenado á la horca y despues al fuego; y se preparó tan bien [illegible] cibir aquel golpe con las santas insi[illegible]

nes del siervo de Dios en los dias que precedieron al suplicio, que al intimársele la sentencia, lejos de entristecerse escribió en trasportes de júbilo en su devocionario estas palabras: «Pertenece este libro al hombre mas feliz de todo el mundo, que muere por sentencia judicial para que se salve su alma. Suplico á la persona á cuyas manos vaya á parar que me encomiende de corazon al Señor. Pequé, Señor, y merezco no una sino mil muertes; pésame de no tener el dolor que debiera de haberos ofendido.» Llegada la hora del suplicio permitió Dios que el infeliz tardase mucho en morir, porque dos veces se rompió el lazo, y hubiera caido en tierra á no haberle recibido el P. Claver entre sus brazos, en cuyo acto, juntando su rostro con el del reo desfigurado ya y ennegrecido, con la lengua fuera y tal que nadie se atrevia á mirarle, le fue sugiriendo actos fervorosísimos de resignacion, de amor de Dios y de dolor de sus culpas, hasta que espiró; cosa que edificó sumamente á los circunstantes.

17. El segundo caso sucedió en la persona de otro malhechor, reo de muy horroroso delito. Era pobrísimo, y ni siquiera

tenia donde dormir á cubierto. Se encontró con un capitan, el cual habiendo oido sus lástimas le recojió en su casa, y empezó á tratarle como pudiera hacerlo con un hijo querido. Al cabo de pocos dias con enorme traicion asesinó el ingrato á tan cortés bienhechor, y le robó cuanto tenia. Puesto en manos de la justicia y sentenciado á muerte, se entregó á la rabia y á la desesperacion como si no hubiese hecho cosa digna de algun castigo; mas no bien entró el P. Claver cuando los ahullidos y gritos se trocaron en amargos sollozos y suspiros. Antes de morir, para dar un testimonio sensible de su penitencia, pidió y obtuvo permiso de disciplinarse cruelmente en público, muriendo de allí á poco con sentimientos de tanta compuncion, que su muerte arrancó lágrimas aun á aquellos que mas abominaban su infame vida.

18. En su última enfermedad habitual de cuatro años, cuando el siervo de Dios ni podia ya andar ni tenerse en pie por la gran convulsion de todo su cuerpo, apenas oia que habian condenado á alguno á pena capital se hacia conducir por el brazo á las cárceles, por no verse privado del consuelo

de ayudar en algo á aquella alma; y con tanto provecho de los reos, que muchos de ellos no sabian pedir mayor gracia en aquellos postreros momentos que la de tener al P. Claver á su disposicion para ajustar las partidas de su pasada vida, y recibir luz y aliento para su cercana muerte.

19. La misma tiernísima caridad usó siempre con los reos penitenciados por el Santo Oficio. Con el objeto de disminuir á aquellos miserables la amargura de la vergüenza al aparecer en público para dar cuenta de sí, y al oir echarse en cara sus enormes iniquidades, comenzaba muchos dias antes á buscar limosnas con que hacerles algun agasajo; y no contento con esto, poniéndoles á la vista las muchas ignominias que por nosotros sufrió Cristo nuestro Bien, los animaba con semejante ejemplo á llevar con paciencia y en descuento de sus culpas aquella mortificacion, y sufrir con humildad y en silencio aquella grave afrenta sin respirar ni justificarse. Y porque á los mas de ellos, en el acto mismo de la ejecucion, solia acometerles algun deliquio, el amoroso Padre, que no se apartaba de su lado en todo aquel tiempo, tenia allí á la

mano esencias, vinagre, vino, aguas aromáticas y otros confortativos.

20. Bien es verdad que lo referido hasta aquí es lo menos en atencion á lo mucho que nos queda que decir de las tareas del P. Claver, así en los hospitales con los enfermos como en las casas y á bordo de las naves, con un gran número de mahometanos y de herejes que suelen á menudo tomar puerto en aquel emporio de las naciones. Pero de ellos hablaremos por partes en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XI.

Obras de caridad practicadas por el P. Claver en los hospitales de San Sebastian y San Lázaro.

---

1. Como las miserias humanas en ninguna parte son tan palpables como en los hospitales públicos, así tambien en ninguna otra hace mas hermosa ostentacion de sí misma la caridad cuando se propone socorrerlas. De aquí es, que si bien toda la vida del P. Claver puede decirse un contínuo

ejercicio de caridad para con los prójimos, ya por las inmensas fatigas emprendidas por ellos, ya por los terribles padecimientos sufridos por su causa, se escedió sin embargo á sí misma en los dos hospitales de San Sebastian y San Lázaro, y fue mas solícita, mas afectuosa y activa para el bien de los pobrecitos.

2. Era el hospital de San Sebastian de suyo muy pobre, y sin mas fondos que la caridad, y la asistencia de los religiosos de San Juan de Dios que lo gobernaban. El número de enfermos, grandísimo todo el año, y que en ciertas temporadas crecia desmedidamente, daba sobrado que hacer á aquellos buenos religiosos, que á mas de la ordinaria fatiga de asistirlos y servirlos estaban siempre en movimiento para buscar limosnas con que sustentarlos. Con este motivo, y por una cierta simpatía de espíritu y de caridad con los enfermos, amaba el P. Claver con ternura á aquellos religiosos, y no los encontraba jamás sin que corriese inmediatamente á saludarlos y abrazarlos, ofreciéndoseles al mismo tiempo por compañero y siervo en su caritativo ministerio. Y no eran estas *demostraciones* de mero cumplimiento, pues

iba muchas veces á la semana á ayudarles en el servicio del hospital, á mas de otras que los mismos Padres le llamaban para alivio propio y de los enfermos.

3. Para reunir con la caridad la mortificacion y estar mas desembarazado para el trabajo, iba de ordinario sin manteo, y con una sotana descolorida, remendada y corta hasta media pierna, con la escoba en la mano, atravesando así las calles mas concurridas de la ciudad, no sin asombro y edificacion de cuantos le veian. Entrando en el hospital lo recorria todo, visitando á los enfermos y consolándolos uno por uno; dándoles á besar el santo Crucifijo, primer ejemplar y maestro de paciencia. Si alguno le pedia despues confesion se ponia al punto á escucharle en la postura mas cómoda para el enfermo, sin cuidar de sí mismo, y sin dar jamás señal alguna de fastidio, ó por el mal olor de los hálitos, ó por la asquerosidad de las llagas. Concluida la primera vuelta tan provechosa para sus almas, se dedicaba á servirles en lo que tocaba á los cuerpos, y sus delicias eran por lo comun los mas humildes ministerios.

4. Esta era en todo tiempo la costum-

bre del Santo varon; pero al arribar la madas de España ó las flotas de In tiempo en que los enfermos se multi ban á millares por los malos tratami é incomodidades de tan largas navegaci no tenia bastante con dar á este minis unas pocas horas, sino que de allí no desde que rayaba el alba hasta muy trada la noche; y fuera del tiempo sario para rezar las horas canónicas y cer el santo Sacrificio, que solia celebra mismo para comodidad de los enfer empleaba todo el resto del dia en tra sin intermision con una actividad y gencia incomparable, en barrer los cua trasladar las camas, y mudar enferm unas á otras, llevarles y servirles el mento, fregar platos y demás oficios y pesados, capaces de cansar á mu criados juntos.

5. Pero por muy ardiente que fue caridad nunca emprendia la mas mí cosa sin la aprobacion y consentimient Rector del hospital y de los enfermeros una subordinacion y dependencia incre Una sola cosa no pudieron jamás ob *de él, ni* con razones ni con súplicas,

que tomase un solo bocado ó un sorbo de agua en todo el dia, volviéndose siempre por la noche al colegio en ayunas como habia salido, cosa que admiraba no poco á todos, y de que hablaban como de un milagro, pues mientras que todos los habitantes de Cartagena desfallecian por el escesivo calor á pesar de estar ociosos en su propia casa, él solo, remando y sudando todo el dia en ayunas entre los densos y molestos vapores del hospital, nunca daba señal alguna de cansancio ó flaqueza, sino que se encontraba cada vez mas vigoroso, como si hubiera estado en descanso mucho tiempo.

6. Para encender en su pecho tanto fervor no hubo mayor incentivo que la gran caza de almas que veia entre manos, única mira de todos sus afanes. Y como el arte mas fino para ganarlos, y de que él usaba con preferencia, era el servir á los enfermos en lo tocante al cuerpo con esmero y constancia, y el hacerles mil regalos y caricias; cuando con tales medios y con su persuasiva amorosa no lograba su conversion, la impetraba del Señor doblando sus oraciones y penitencias. Visitando un dia la sala

de medicina, se acercó á la cama d
cierto Juan Ramirez, que estaba afl
simo, y lloraba dia y noche por un
tínuo y escesivo dolor de cabeza, q
habia privado ya de la vista. Ente
do el Santo varon trató de consolar
ciéndole: «Por lo que hace á la ce
estímala mucho, porque Dios quiere
varte por su medio.» Nada dijo sol
dolor de cabeza, pero estendiendo
ella una punta de su manteo é impri
dole sobre la frente un ósculo amor
le desvaneció en aquel mismo instant
manera que pudo dormir tranquilo to
noche. Despues de curado solia deci
no sabia si era mas deudor al P. C
por el mal que le habia quitado, qu
el que habia permitido que le quedase

7. Solia el siervo de Dios pasar la
yor parte del tiempo en el departan
de los llagados, ó en las salas de ci
ya por la ocasion que en estas halla
sufrir mas, ya tambien porque desc
allí mayor campo su celo. Y como que
chos de estos enfermos se habian acar
los males por sus vicios, ponia su n
conato en curarlos del vicio mismo. G

do, pues, primero su corazon con toda clase de servicios, se abria el camino á reflexiones espirituales acomodadas á la necesidad de cada uno, ponderando los tristes efectos de un vergonzoso placer del momento; y esto con tal mezcla de dulzura y de energía, de afectos y de razones, que persuadidos de la verdad se compungian, y no fueron pocos los que curados vistieron el hábito religioso, ó se entregaron á una vida edificante y cristiana. Me ceñiré á uno entre muchos sucesos que prueban esta verdad, digno de referirse por sus circunstancias.

8. Yacia consumido por la susodicha enfermedad Alvaro Barbosa Salazar, y entre las muchas llagas de que estaba cubierto le atormentaba el brazo derecho una de tan pésima calidad que le habia careado ya parte del hueso; y porque el hedor que despedia era intolerable, tomaron los religiosos la resolucion de trasportarle á un cuarto separado de todos, despues de haberle administrado los últimos Sacramentos. Pero no estaba tan escondido que no llegase á descubrirle la caridad del santo Padre Claver, siempre ansiosa de tan bellas

ocasiones de ejercitarse; y habiendo ido en su busca, y saludándole con toda la amabilidad quc le era propia, se sentó junto al lecho en tal disposicion que casi tocaba con el rostro la tan hedionda llaga del brazo. Suplicóle al ver esto el enfermo que se retirase; pero el siervo de Dios en vez de hacerlo se inclinó todavía mas, y le imprimi en aquella misma llaga un ósculo tiernísimo. Repitió varias veces la visita con tanto consuelo de Barbosa que solia decir, no menos atónito que confundido, que la santidad del P. Claver superaba con mucho su fama. Empeorando cada vez mas estaba ya próximo á morir, cuando una mañana vió entrar á su amable consolador que con semblante alegre le dijo: «Vamos que te traigo una buena nueva; anímate porque de esta no mueres. Recobrarás la salud, mas sabe que tu buen padre Dios que te ama tiernamente, quiere ponerte un buen freno para que no le ofendas en adelante.» Y el freno fue que conforme iba mejorándose de sus llagas le iba faltando la vista, hasta quedarse sano y ciego al mismo tiempo: con la gran ventaja de que *la ceguera* corporal le abrió los ojos del al

ma para que anduviese mas derecho por la senda del cielo.

9. Mas admirable aún fué la energía de sus discursos y la eficacia de sus ruegos con ciertas almas empedernidas, que haciendo de su misma obstinacion punto de honor, se vanagloriaban de resistir á todos los medios con que el Señor intentaba ganarlas. Entraban diariamente en aquel hospital algunos de aquellos espíritus protervos; y darán materia á un capítulo entero las contínuas y admirables conversiones de muchos centenares de herejes que allí se le presentaron. Por lo que toca á los demás bastará advertir aquí, que cuando se veian frustradas todas las industrias con algun gran pecador, el medio infalible de curarle era encomendársele al P. Claver, á cuya irresistible gracia de oracion y persuasiva no habia uno que no cediese.

10. Pero aunque era gratísimo al siervo de Dios aquel lugar, y gustosísima aquella ocupación por la abundante mies de almas que allí recojia, la inclinacion mas vehemente de su espíritu le llevaba sin querer al otro hospital de San Lázaro, que miró siempre como centro de sus delicias.

Ya hemos hecho mérito de la prodigiosa caridad con que servia á los enfermos mas asquerosos y horribles; y el hospital de San Lázaro le ofrecia un campo el mas á propósito para contentar su fervor é insaciable deseo de mortificarse. Allí se reunia un sinnúmero de enfermos atacados por el fuego sacro, llamado vulgarmente fuego de San Antonio, que es una especie de lepra ó humor bilioso, ardiente y corrosivo, que á cualquier parte del cuerpo que se pegue serpea luego, se dilata, y consume la carne hasta los huesos. Enfermedad no menos incurable que dolorosa, puesto que con su misma podredumbre crece y se nutre, corroyendo á unos las narices, á otros los lábios, á este las orejas y á aquel hasta media cara. Hay algunos que por este fuego pierden los dedos, otros quedan con las manos pendientes de la muñeca como de un hilo, y á otros muchos no deja mas que el tronco del cuerpo sin brazos ni piernas; y arrojan de sí todos materia de hedor tan intolerable, que para colmo de su desgracia quedan privados de toda asistencia, no habiendo ojo ni olfato que resista á tal espectáculo y á tal peste

Pero cabalmente era este el aliciente que robaba el corazon del santo P. Claver, y le enamoraba de aquel lugar y de aquellos infelices.

11. Cuando empezó á frecuentar aquella casa estaba todavía á campo raso, sin paredes, sin iglesia donde reservar el Santísimo Sacramento, y sin una habitacion siquiera donde tener un sacerdote para la asistencia de los enfermos. Por cuyo motivo no pudiendo estos oir Misa fuera de los dias festivos, suplia el P. Claver la falta yendo á celebrar allí frecuentemente, á administrar los Sacramentos, á dar sepultura á los cadáveres, y en una palabra, á ejercitar con aquellos miserables todas las funciones de párroco. Reducido despues el hospital á forma mas propia, y mejorada su condicion gracias á la liberalidad del capitan Diego de la Torre, que á persuasion del P. Claver le cercó todo de tapias, y fabricó iglesia y casa á medida de la necesidad, iba allá constantemente muchas veces cada semana, con notable utilidad de las almas y de los cuerpos.

12. A su llegada, reuniendo á la *puerta de la* iglesia los enfermos que podian va-

lerse de sus pies, daba principio á aquella mision, tanto mas útil cuanto menos ruidosa, rezando con ellos de rodillas algunas oraciones, que concluia con un corto razonamiento acomodado á la capacidad y necesidad de los oyentes. Despues mal sentado en alguna piedra pasaba á oir las confesiones; y si por casualidad soplaba el viento cubria con un estremo de su manteo al penitente para que no recibiese molestia, respirando él entretanto así tapado aquel hálito pestilencial que todos procuraban evitar. Concluidas las confesiones les regalaba dulces, tabaco, nardo, aguas de olor y perfumes, segun el gusto especial y propio de cada uno.

13. Con todos, segun hemos dicho, hacia él los oficios de enfermero y de mozo; pero entrando en las salas de los que yacian en una cama, de los baldados, impedidos y mutilados, servia él de pies y de manos á quien no los tenia, llevándoles la comida á la boca, limpiándoles las babas, rayéndoles aquella goma ó humor viscoso y tenaz, que les enardecia la lengua, empeñándole su caridad en que se detuviese mas largo tiempo con los mas sucios y as-

querosos; y como nunca faltan algunos á quienes se oculta en lo mas remoto del hospital para que no lo infesten todo, no tenian estos pobres abandonados mas consuelo que al P. Claver, que se portaba con ellos mejor que una madre. Encontrándose mas de una vez con alguno de ellos desganado y nauseante, comia él antes para animarle en el mismo plato, y con los dedos todavía llenos de las suciedades de su comensal, con admiracion y asombro de cuantos le veian.

14. Plugo al Señor dar á conocer la heroicidad y grandeza del espíritu interior de caridad con que el P. Claver hacia tales cosas á Don Francisco de Riveros, arcediano de Cartagena, varon de señalada virtud y de caridad memorable para con los pobres de San Lázaro. Llegando un dia este á dejar la acostumbrada limosna, vió al P. Claver de rodillas con sus pobres delante de la puerta de la iglesia, con el rostro encendido, radiante y circundado de una luz clarísima. Atónito al verle así, y arrebatado con tan dulce espectáculo, se quedó inmovil contemplándole con la idea de abocarse con él al acabar aquella funcion, y

encomendarse en sus oraciones. Mas
to, cubierto de confusion al verse a
rado esteriormente por Dios, se es
bien presto y corrió á esconderse, s
el otro tuviese tiempo ni oportuni
hablarle.

15. Escusado era, sin embargo,
conderse cuando el fuego interior
movia á favorecer á aquellos pobrec
descubria demasiado por sí mismo, n
mente por la asistencia y servicio p
que les dispensaba de cerca, sino t
por el contínuo cuidado que de ello
de lejos. Y en verdad, por abruma
le tuviesen otras mil y tan varias
ciones con personas de todas clases
siempre con preferencia en su corazo
pobres de San Lázaro. Al criado del
tal, encargado de recaudar las lim
habia pedido encarecidamente le r
todas las tardes el estado de los enf
para acudir á ellos segun la nec
Proporcionó ropas á la mayor part
que cubriesen su desnudez. A tod
camas puso cortinaje, y cielo de te
los defendiese de moscas, abispas
quitos; y él mismo los dejaba allí

defendidos de este modo, sin exijir otra recompensa que un abrazo amoroso. En las enfermedades estraordinarias se sangraban los enfermos unos á otros á falta de cirujano que quisiera acercárseles, y él tomó á su cargo proveerlos de finas lancetas para que la operacion fuese menos dolorosa y arriesgada. A tan industriosas menudencias desciende la caridad para con el prójimo cuando tiene por alma y por objeto el amor divino.

16. No contento con remediar sus necesidades, procuraba tambien alegrarlos de cuando en cuando con algun grato recreo. Y así, de comun acuerdo con personas pudientes y devotas, les disponia en todas las fiestas solemnes del Señor y de su divina Madre una abundante comida, que les llevaban sus catequistas precedidos de una numerosa banda de músicos que con toda clase de instrumentos les recreaban durante el convite.

17. Mas tales actos, si bien hijos de una caridad entrañable, llevaban consigo al mismo tiempo un no sé qué de magnificencia, señorío y grandeza. La mayor fineza de su amor consistia en bajarse por ellos

á oficios fatigosos y humildes, como er los de carretero, albañil, carpintero y otr tales. Destruida por no sé qué accidente antigua iglesia del hospital, todas las vi tudes del P. Claver se pusieron al pur en movimiento para levantar otra mas h mosa de nueva planta; y no sufriendo lacion alguna empezó á agenciar limosn y hacinar materiales, para lo cual se i con sus catequistas al lugar de la fábri y con picos y azadones cavaba fosas, tra portaba tierra sobre sus hombros, repar los trabajos, distribuia cal, piedra, agua maderas como el mas ínfimo y robusto j nalero. Duró este afan hasta que se pu término á la fábrica; y llegó á ser prov bial entre los de Cartagena, que las sol obras de caridad heróica emprendidas y ll vadas á cabo por el siervo de Dios en hospital de San Lázaro, bastaban para m teria de un grueso volumen.

18. Y por cierto hay que convenir que así fuese, cuando de tal manera escit ron la rabia del demonio que hasta inte tó quitarle la vida. En su última enferm *dad,* cuando el santo anciano ya no salia *cama* sino á alguna que otra hora de

mas templadas del dia, deseó ver una vez siquiera á sus amados pobres de San Lázaro, y darles el último á Dios. Mandado traer al efecto del mismo hospital el jumento en que solian conducirse las limosnas que se recojian diariamente por la ciudad, animal viejo, pequeño, estropeado, y tan flaco que apenas podia tenerse en pie, un negro colocó encima al Padre, y le acomodó lo mejor que pudo, ya que las manos y los pies no le servian sino para temblar. No pudo sufrirlo el demonio, y aguardándole en el puente que conduce fuera de la ciudad, ya entrase él mismo en el jumento ó se valiese de otra treta cualquiera, lo cierto es que comenzó el animal á enfurecerse de tal modo, y rompió de improviso en un tan precipitado y rápido galope, que se echó muy bien de ver quién habia sido su autor. Al mismo tiempo desencadenó el espíritu maligno de cara al siervo de Dios un viento impetuoso, que hinchándole á manera de una vela el manteo, le empujaba hácia atrás con gran violencia. Agitado así y sacudido por dos impulsos contrarios bamboleaba el buen anciano, siempre á pique de precipitarse. Cuantos presenciaron

el peligro trataron de detener la bestia con gritos, palos y espadas, pero en vano, porque desbocada corria siempre con mayor ímpetu; y así prosiguió largo trecho hasta que plugo al Señor quitar al demonio la fuerza, y de por sí se detuvo.

19. Corrieron entonces todos á ayudar al santo varon, creyendo encontrarle por el sacudimiento y el susto ya casi muerto; cuando con grande asombro le vieron con faz serena y risueña como si nada le hubiera sucedido: y todos tuvieron por gran milagro que un anciano tan debil y lleno de achaques, que no podia valerse por sí mismo para nada, hubiese podido mantenerse firme en tan largo y horrible sacudimiento. Prosiguiendo felizmente lo demás del viaje se consoló con aquellos sus hijos tan queridos, y les dió con los últimos avisos los postreros abrazos, bañándose recíprocamente el seno de dulces lágrimas; y luego, implorando sobre ellos del Señor la bendicion mas copiosa, se retiró á prepararse para la otra vida, con la esperanza de verlos para siempre en el cielo.

CAPÍTULO XII.

Convierte un gran número de herejes á la Religion Católica Romana.

---

1. Cuán aceptas fuesen á Dios las fatigas apostólicas de este insigne operario, emprendidas por puro celo de dilatar su gloria, podrá deducirse claramente de haberle enviado el mismo Señor de muy lejanas tierras, y por caminos del todo milagrosos, centenares de almas estraviadas, que por su medio habian de volver á entrar en la senda recta de la salvacion. Y fueron tan admirables en esto las trazas de la Divina Providencia, que para describirlas cuales son en sí me es indispensable tomar el hilo de la narracion desde muy alto.

2. Infestaban varios puntos del Océano algunos buques corsarios ingleses y holandeses, y al llegar á la vista del reino de Nueva Granada anclaron en las islas de San Cristobal y Santa Catalina, sitios muy á propósito para sus perversos designios, y

allí plantaron dos colonias nacionales. A principio tuvieron buena suerte, porque apresando en pocos meses muchas naves cargadas de negros, turcos y otros esclavos se sirvieron de ellos para cultivar y embellecer las campiñas de las islas, y sacar lo preciso para vivir y fijar allí desde luego su residencia.

3. Recibida la noticia de este suceso en la corte de España, é informado el Monarca del perjuicio que acarreaba á los derechos de la corona, y de los daños gravísimos que esperimentaban diariamente los mercaderes de mar y los pueblecillos de las costas vecinas, espuestos de contínuo á sus robos y saqueos, espidió contra aquellos ladrones públicos una poderosa armada, con órdenes severísimas al general D. Federico de Toledo de desalojarlos de allí á todo trance, y limpiar de tal peste aquellas islas. No tardó Toledo en cumplir las órdenes del Rey. Caballero de gran talento y arrojo, y provisto de fuerzas superiores, no solo se apoderó bien pronto de las islas, sino que haciendo prisioneros de guerra á los usurpadores, cargó sus galeones de señores y *esclavos*, herejes é infieles, sin distincion

alguna, y los condujo á Cartagena, aunque sin permitirles echar pie á tierra, ó porque, como enemigos no espiasen los baluartes de la ciudad, ó porque no infestasen como herejes con sus errores á los católicos.

4. Impelido por su celo el P. Claver al ver ante sus ojos tanta multitud de almas perdidas, se creyó obligado á hacer todo lo posible por ganarlas para Dios; y comunicando al efecto con el general de la armada su pensamiento, y obtenida la aprobacion, con el atillo de los ornamentos sagrados al hombro, y acompañado de unos cuantos Padres de la Compañía, subió al punto á la Capitana del Rey, cargada ella sola de mas de 600 herejes ingleses. La vista del santo misionero causó indecible alegría á los soldados españoles, deseosos hacia mucho tiempo de quien les dijese la santa Misa, que desde su salida de las referidas islas no habian oido. No podia hacerse al santo varon demanda ni mas grata ni de mayor consuelo, porque esperaba llegar á disponer con este medio los ánimos de los herejes á escuchar con mas docilidad sus amorosas insinuaciones.

5. Así que, erigido sobre cubierta un

altar decente, ofreció en él á vista de todos el Sacrificio Divino, pero con tan religiosa magestad y decoro, con afectos de devocion tan tierna y con tanta copia de dulcísimas lágrimas, que conmovidos á su vista los herejes, haciendo señas los unos á los otros, se manifestaban mútuamente el asombro, y no se saciaban de mirarle. Acabada la Misa y convidado á comer en la nave, por ser ya hora avanzada, aceptó gustoso el convite, concediendo á su cuerpo aquel mejor tratamiento con la única mira de servir de mayor provecho á aquellas almas.

6. Sentáronse á la mesa con el capitan español algunos de los herejes mas principales, con quienes guardó el P. Claver con esmero todas aquellas finísimas atenciones de cordialidad y agasajo de que sabe hacer uso oportunamente la caridad divina; de modo que ganados desde luego los mas por sus corteses modales, comenzaron á mirarle con otros ojos que al principio, y á tratarle con mas franqueza. Preguntándole si veria de buena gana á su Obispo, que ellos llamaban el arcediano de Londres, respondió al punto que sí, y que lo tendria por honor *sumo. Era* este un anciano venerable, con la

cabeza ya toda blanca, la barba muy larga, y de un esterior y semblante mágestuoso y modesto. Apenas le descubrió el siervo de Dios se levantó de su asiento, y corrió á obsequiarle con gran respeto y honrarle de todos modos, hasta saludarlo con el vaso en la mano, segun el uso de su nacion.

7. Despues de los primeros actos mútuos de urbanidad, conferenciaron á solas largamente en la cámara de popa sobre materias de religion, hablando el P. Claver con tanta energía y fuerza de razones, que el Obispo, abriendo los ojos á la verdad y el corazon á la inspiracion divina, se dió por vencido, protestando que estaria prontísimo á declararse católico desde aquel momento si no se lo estorbaran motivos de gran peso. Que tenia muger é hijos, y gozaba entre los suyos una posicion no menos honrosa que lucrativa, cuyos emolumentos bastaban para pasarlo bien él y toda su numerosa familia; y que el reconciliarse en tales circunstancias con la Iglesia romana sería lo mismo que invitar al fisco de Inglaterra á que le despojase de todo, no sin grave peligro de padecer aun personalmente. Que él protestaba ser ya en el fondo de su co-

razon buen católico, y estár enteramente resuelto á hacer como tal, por lo menos en caso de muerte, una pública solemne declaracion; y así que le alcanzase entre tanto de la Divina bondad la fortaleza necesaria para corresponder á la vocacion y á la gracia recibida.

8. No dejó el P. Claver de compadecerse por entonces de la flaqueza del Obispo, y de fortalecerla con las mas poderosas razones: mas insistiendo él en su resolucion conoció que era indispensable tratar antes aquel negocio con Dios, en cuyas manos están los corazones de los hombres. Con este objeto redobló los ayunos, prolongó las disciplinas, pasó varias noches en contínua oracion delante de Jesus Sacramentado pidiendo la salvacion de aquella alma, cuya conversion llevaria consigo la de otras muchas, y lo consiguió en efecto. Ocho dias solos habian pasado, cuando mientras el P. Claver servia segun costumbre á sus enfermos del hospital de San Sebastian, vió que entraban una silla de manos cerrada, con grande acompañamiento, y que quien iba en ella era el arcediano de Londres gravemente enfermo. Al verse lloraron ambos de ternura, y abrazándose estrechamente, "ecce, dijo

el Obispo, *ecce tempus adimplendi vota mea, quæ tibi et Deo meo promisi.* Y tú, ¡ó buen siervo de Dios! á quien yo miro desde este momento como á Padre de mi alma, no me abandones en estas postreras horas de mi vida.» A cuya súplica respondió el Padre mas con obras que con palabras, le acojió entre sus brazos, y quiso servirle siempre y en todo por su mano.

9. En los pocos dias que sobrevivió el buen anciano, no se apartó de su lado el P. Claver. El solo le preparaba el alimento y las medicinas, y él solo le enjuba el sudor y le confortaba en sus agonías. Bajo su direccion abjuró la heregía el enfermo, que convirtiéndose despues en maestro de la verdad, exhortó con grande energía de espíritu, á aquellos mismos á quienes habia enseñado el error, á seguir su ejemplo, puesto que fuera de la Iglesia romana no habia esperanza de salvacion. Recibidos finalmente los últimos Sacramentos con actos ferventísimos de amor de Dios y de contricion en el corazon y en la boca, exbaló el postrer aliento entre las lágrimas de cuantos le rodeaban. Muerto el pobre penitente se hicieron á su cadaver todos los honores por dis-

posicion del P. Claver, celebrándose quias solemnísimas con asistencia de las corporaciones de la ciudad, para f tar así mas y mas la conversion de los c que se lisonjearian sin duda de llegar á tener un honor semejante.

10. En efecto, divulgada por las naves la ruidosa abjuracion del Obispo, dujeron sus postreras palabras en una parte de los herejes el buen efecto de se les hiciese sospechosa por lo menos tanto que para salir de dudas en ma tan importante muchísimos pidieron tuvieron permiso de saltar á tierra, por algunos dias á tener conferencias c siervo de Dios. El éxito de tales conf cias y su copioso fruto podrá colegirs los setecientos, poco mas ó menos, qu jurando en pocos dias la herejía, se re ciliaron con la Iglesia romana. Y para su conversion fuese mas duradera y la todavía inficionada no corrompiese de vo á la ya sana, como era facil que suc viviendo juntos, consiguió el Padre de neral de la armada D. Federico de T no menos celoso católico que valeros dado, un navío aparte en que tenerlo

parados de los demás hasta que se diese mas oportuna providencia, la cual no tardó por cierto, pues debiendo Toledo hacer levas numerosas alistó á los recien convertidos en el servicio de su Rey, con empleo y paga proporcionados á la clase y mérito de cada uno.

11. No debe pasarse aquí en silencio una circunstancia, tierna por una parte y por otra muy á propósito para hacer resaltar el celo de este varon apostólico. Cayó en uno de aquellos dias la vigilia de Navidad, fiesta solemnísima para los católicos, y muchos herejes manifestaron deseos de pasar aquella noche en la iglesia, asistiendo á la celebracion de los divinos Misterios. Habiéndolo entreoido el P. Claver se anticipó á convidarlos, tomando á su cargo el proveerlos de alojamiento y de víveres. Y bien le pagó el Señor su santa industria, porque fue inesplicable la dulzura interior de espíritu que inundó su alma al verlos adorar de rodillas la santísima Eucaristía, tributar el debido culto á las sagradas imágenes, y asistir al santo Sacrificio con un respeto tal, que no pudiera desearse mayor de los mas ejemplares católicos.

12. En cuanto á los muchos que enfe
mando en las naves fueron conducidos
hospital para curarse bastará decir, que e
cargados á la caridad y al celo del P. C
ver, no hubo uno siquiera que no detest
los antiguos errores y no volviese al se
de la Iglesia romana, persuadido de que
podia dejar de ser la única religion verd
dera aquella cuyos secuaces, sin interés a
guno propio, ejercitaban tan fina carid
con el prójimo.

13. Y por decir algo en particular, h
bo uno entre otros, holandés de nacion,
índole tan perversa é ingrata, que cuan
mas amor le manifestaba el siervo de Di
y mas le colmaba de beneficios, tanto m
insolente le hallaba, y mas pronto á paga
le con improperios llamándole brujo, hip
crita, seductor y apostol de Lucifér. En es
llegaron á aquel hospital otros catorce e
fermos de gravedad y de la misma nacio
La mayor necesidad y el peligro mas i
minente de estos obligó al P. Claver á d
dicarse de propósito á su asistencia, pe
sin perder de vista al primero, antes bi
con la mira de hacer mas de una presa
un solo golpe. Y en verdad, los asistió

siervo de Dios tan esmerada y cuidadosamente hasta lo último, que en poco tiempo, de catorce que eran trece murieron en sus manos católicos. No sucedió otro tanto con el decimocuarto, para cuya conversion hubo de emplear mas tiempo, mas oracion, mas paciencia; si bien al cabo cedió tambien á los atractivos de su caridad invencible. Hizo abjuracion solemnísima de sus errores á presencia de los principales señores de la ciudad, y luego, agravándose el mal, terminó en breve la vida con una santa muerte.

14. Quedaba solo por vencer aquel primero que dejamos en brazos de su obstinacion, y ya el P. Claver, despues de haber empleado toda la noche en pedir por él, se disponia á darle el último asalto; pero su oracion le habia vencido antes de atacarle. Entrando á poco de amanecer en el hospital oye que le llama aquel miserable, y con los brazos abiertos hácia él, «venid, le dijo, amado Padre mio, que ya me rindo y soy vuestro. Sabed que esta misma noche he visto el alma de aquel holandés que murió ayer en vuestros brazos, y me ha asegurado que tanto ella como las de *sus trece* compañeros, gracias á vuestro ce-

lo, se han salvado, mandándome que, despues de pediros perdon de los ultrajes que os hice, os obedezca en todo si quiero tambien salvarme, pues nuestra secta tiene por remate el infierno, ni hay otro camino que lleve al cielo sino el que vos enseñais. Presto pues, Padre mio, porque me quedan solo dos dias de vida.» Facil es conjeturar el júbilo del siervo de Dios con tal novedad, y el ardiente empeño con que se aplicó á instruirle bien y á disponerle para aquel último paso. Lo de menos fue el abjurar la heregía: tales fueron los actos de estraordinaria compuncion y de las demás virtudes en que se ejercitó en el último trance, que hasta pidió por gracia que arrojasen al campo su cadáver, no dándole sepultura en castigo de haber ofendido por tantos años á la Magestad divina, y correspondido tan mal á sus beneficios.

15. Tambien fue singular la conversion de otro hereje, no solo enfermo y moribundo sino reducido á un tronco, como que se hallaba sin pies ni manos y sin poder articular una sílaba, pero tan obstinado en su secta que, inflexible á las razones que le presentaba el siervo de Dios, queria á

toda costa morir en ella. Lo que no pudieron obrar en él las palabras, hízolo la caridad que observó ejercitaba el P. Claver con otro enfermo. Conmovido con aquel espectáculo el moribundo, llamó por señas al siervo de Dios, el cual arrodillado junto á su cama le alcanzó por primera gracia el uso de la lengua, á la cual siguió dentro de poco la segunda de abjurar la herejía, despues de la cual, recibidos los santos Sacramentos, murió con fundada esperanza de su salvacion.

16. Entre los muchos pobres que iban á pedir limosna á la puerta del colegio, hubo un joven tambien holandés y hereje, que movido así de las palabras como de la modestia, mansedumbre y caridad del P. Claver, hizo en sus manos la abjuracion de la secta á que pertenecia, y abrazó el catolicismo. Sospecháronlo los compañeros por haberle visto al cuello el rosario de la Santísima Virgen, y al volver al alojamiento le cargaron de injurias y le hicieron mil insultos, amenazándole con la muerte si no abrazaba de nuevo la herejía. Cuando lo supo el siervo de Dios corrió á sustraerle del furor de aquellos malvados y depositarle en

parte mas segura, manteniéndole á su
ta y proveyéndole de todo lo necesario
fue ya poco tiempo, pues se dignó el
llamar para sí al recien convertido par
le el premio de su fidelidad, enviándo
mal que en pocos dias le quitó la vida
mil bendiciones á la divina misericordi
le habia arrancado á tiempo del pelig
que habia vivido por tantos años de
derse para siempre.

17. Moria en el mismo hospital d
Sebastian otro hereje obstinado en sus
res, y sin querer abrir los ojos para
cer la verdad al cabo de muchos dia
gastó el P. Claver en catequizarle.
sido testigo de su pertinacia otro s
católico sí pero renitente en no quere
donar á su enemigo. Volviéndose háci
el P. Claver y tomándole por su brazo
gablemente, "salgamos, dijo, de aqu
por ahora es preciso dejar que Dios c
Y luego volviendo contra él las arm
su celo, "y tú, añadió, ¿cuándo obed
á Jesucristo que te manda perdonar
enemigo?—Lo sé y quiero hacerlo, re
dió el otro; ¿pero sabeis cuándo? Cu
viere que el hereje que acabais aho

dejar se decide á abandonar su secta.—¿Me lo prometes? Cuidado que te cojo la palabra.—Os lo prometo y os lo juro." Estaban ya para despedirse, cuando llega del hospital un propio á toda prisa con la noticia al P. Claver de que se le aguardaba para recibir la abjuracion de un moribundo; y era aquel mismo hereje que pocos momentos antes estaba inflexible. Pasmóse á tal nueva el otro, que todavía hablaba con el P. Claver, pero dirijiéndose éste á él con un aire risueño, "¿y no ves, dijo, que el bondadoso Señor te quiere suyo á todo trance? Su misericordia ha hecho de un solo golpe dos presas. Vamos ahora á humillarnos á sus pies y á poner vuestra causa en sus manos." Volvieron atrás, y entrando de nuevo en el hospital abjuró el uno la herejía y perdonó el otro gustoso á su enemigo, cabiendo al P. Claver el gozo de haber robado al infierno dos almas para restituirlas al seno de su Dios.

18. Es de saber por último, que fue asimismo fruto del celo del santo misionero la conversion de un gran número de negros, de turcos y de moros del Africa, que sacaron los herejes de las islas de San Cris-

tobal y Santa Catalina para que cultivasen sus tierras. Mal bautizados y peor instruidos por los maestros de la herejía, no habian adelantado mas con mudar de fe, que añadir nuevos errores á los antiguos y empeorar en las costumbres. Aplicóse el P. Claver con su acostumbrado ardor de espíritu á desmontar selva tan inculta y mejorar tan infelices ingertos, y el fruto correspondió al trabajo. Muchos hasta entonces infieles abrazaron la verdadera fe; otros muchos mal bautizados recibieron de nuevo el bautismo; y todos, en suma, mejoraron tanto de vida que apenas eran conocidos.

CAPÍTULO XIII.

Celo del P. Claver por la salvacion de los mahometanos. Conversiones maravillosas que de algunos obtuvo.

---

1. Entre cuantas falsas sectas hay esparcidas por el mundo, no sé que haya alguna mas difícil de reducirse á la verdadera fe de Jesucristo que la impía de Mahoma. *Incultos* por naturaleza los mahome-

tanos, y abandonados á la ignorancia por estarles prohibido todo género de estudio, especialmente en materias de religion, son tanto mas tenaces en sus errores cuanto menos luz tienen para conocer la verdad. A mas de que, encenagados con todos sus sentidos en los placeres de la carne, se les hace dura una ley que estando siempre en guerra con ella, solo tiene puesta la mira en cultivar el espíritu. Pues de esta misma secta no es facil referir los que el siervo de Dios ganó durante su apostolado, no habiendo corazon tan duro que no se derritiese á los irresistibles ardores de su caridad.

2. Como llegaban contínuamente á Cartagena turcos y moros del Africa, unos en las flotas al servicio de los comerciantes, otros en las galeras de España espedidas por el Rey para guardar aquellos mares, estaba á la mira su celo, y los buscaba en las plazas, por las tiendas y casas, y aun en los mismos bageles. Y siendo su primera y principal industria el hacérselos amigos y mostrar por ellos sumo interés, despues de darles un abrazo estrechísimo les preguntaba acerca de lo que habian pade-

recomendó el cuidado de aquella alma al celo del santo P. Claver, persuadido de que sola su caridad, corroborada con sus oraciones, podria desengañarle y ponerle en puerto de salvacion; y no se equivocó, pues oir al Padre y rendirse fue para el enfermo una misma cosa. Pidió luego el bautismo, y ya bien instruido quiso ser su padrino el mismo Gobernador, que en la sagrada fuente le puso su propio nombre de Pedro Zapata. Curada así su alma sanó tambien á poco en el cuerpo, y sobreviviendo aún muchos años dió gran crédito á la fe con su vida ejemplar y el candor de sus costumbres.

5. Mas patético es el caso siguiente. Un ciudadano de Cartagena habia comprado á bordo un turco, contra lo ordinario de aquella secta de índole dulce y tratable, franco, despejado y habil para todo, por lo que le tenia en su casa mas como hijo que como esclavo. Pero todas estas buenas prendas no satisfacian al amo mientras no dejase de ser turco. Hablóle sin rodeos una y muchas veces con amor de padre, manifestándole su engaño y su peligro; mas en vano. Por última tentativa,

tratando antes el negocio con el P. Claver, se le envió con otro pretesto, y no fué menester mas para que, vencido desde luego por la amabilidad y fineza con que le recibió el siervo de Dios, se resolviese en su interior á hacerse cristiano, aunque sin esplicarse por entonces: hasta que al verse con el Padre de nuevo al cabo de algunos dias, y estimulado á abrazar la fe de Jesucristo, «sí, dijo, sí quiero abrazarla y hacerme cristiano, pero despues que sepa leer bien en lengua castellana.» Cosa prodigiosa en verdad, y que se atribuyó á las oraciones del santo P. Claver; no habia pasado un mes y ya leia y hablaba tan perfectamente aquella lengua como si fuese la suya nativa: y en seguida, segun habia protestado, recibió el santo bautismo con igual gozo suyo y de los otros.

6. Pero no concluyó aquí la maravilla y el placer. Pocos dias despues de su conversion arribó á aquel puerto en otra nave un hermano suyo menor, de la misma secta pero de índole muy diversa. Apenas llegó la noticia á oidos del ya convertido, deseoso de que su hermano participase tambien del gran tesoro que él habia descu-

bierto en Jesucristo y en su santísima ley, corrió á abrazarle, y refiriéndole minuciosamente cuanto en él habia ocurrido, le exhortó á que siguiese pronto su ejemplo. Mas el otro, lejos de acceder, lleno de rabia le arrojó de su presencia, echándole en cara aquella accion como indigna de su persona, y protestando que él por su parte queria vivir y morir turco. No desmayó por eso el bautizado, y dejando por algun tiempo en sus furores al hermano, corrió á dar la nueva al P. Claver, el cual le animó á esperar un feliz resultado; «y tú, le dijo, procura traérmele, que yo mientras tanto no dejaré de rogar por él.» Dificilísima era la empresa, atendido el mal génio y fiero humor del mahometano: mas el otro, aprovechando el primer momento de calma le dijo tantas cosas de la dulzura y amabilidad del santo varon, que el obstinado se dejó conducir allá á título de mera urbanidad. No bien le tuvo delante el P. Claver, cuando echándole los brazos al cuello como si fuese un amigo de muchos años, «¿qué haces aquí, le dijo, ó qué buen *viento* te ha traido entre nosotros? ¿Qué *oficio tienes*, y en qué te ocupas? ¿Qué me

dices de la conversion de tu hermano? ¿Y por qué no haces tú otro tanto? ¿No ves cuán contento viene, cuán estimado de todos?» Luego sacando el Crucifijo del pecho prosiguió: «Aquí tienes á tu buen Dios y tu amable Redentor. ¿No ves cuánto ha hecho y padecido por ti? Mírale muerto en esta cruz por tu amor. Él te está convidando, te espera, y tiene los brazos abiertos para acojerte en su corazon.» A pesar de tan vigoroso asalto no se rindió el esclavo, sino que luchando todavía su obstinacion con la gracia divina, lo mas que se pudo obtener de él fué que prometiese volver á los pies del Padre. Confesó despues las vehementísimas tentaciones que habia sufrido de no volvérsele á presentar jamás; pero triunfando por fin la gracia y abriendo su corazon á la inspiracion divina, no solo volvió, sino que él mismo sin esperar nuevos asaltos pidió el bautismo, y se declaró públicamente cristiano.

7. La conversion de otro mahometano, esclavo de galera, costó al P. Claver nada menos que la constancia de veintidos años. ¿Qué no hizo en todo aquel tiempo el santo misionero, y qué no le dijo para ganar-

le? No se paraba vez alguna á hab
que no abriese ante su vista el infi
para infundirle miedo, pero siempre
provecho. Enfermó el infeliz cuando n
lo esperaba, y conducido al público ho
tal, viendo que se ponia por delant
hombre de Dios, su amable perseguid
tantos años, «venid, dijo, ó amantí
Padre, que yo soy ya vuestro y quier
cristiano. Aunque no hubiese para mí
argumento de la verdad de la ley que
dicais, la sola paciencia ejercitada conn
y la caridad con que me volvísteis bien
tanto mal, basta para persuadirme
esta y no otra es la verdadera.» Insti
y bien preparado recibió de mano d
Claver el santo bautismo, y no tardó
cho en acabar santamente su vida, n
ciendo la execranda ley de Mahoma, y
sando las amorosas llagas del Crucific

8. Mas trabajo aún y mas orac
costó á este varon apostólico la conc
de otro turco, ó mas propiamente de
de estas fieras, perseguida por él por
cio de treinta años, sin que lograse
tanto tiempo apresarla. Estaba este
viendo en el palacio del Gobernador,

dia que cortaba leña en un montecillo ce cano, se le apareció de repente una matr na magestuosa á la par que amable, reves tida de esplendorosa luz, y era la Madr de Dios, con su fidelísimo siervo el P. Cla ver al lado. Mientras la contemplaba ató nito, vuelta hácia él la Señora, con faz en tre desdeñosa y atenta, «¿Y por qué, le dijo, no abrazas tú la fe de mi Hijo, y obe deces á las insinuaciones de este mi sier vo?» Dicho esto sin esperar respuesta des apareció la vision. Concluido el trabajo y volviéndose á la ciudad, se encuentra en medio del camino con el P. Claver, y acor dándose de lo que poco antes habia visto se quedó yerto y pálido, y quisiera evitar el hablarle; pero no puede, porque adelan tándose el siervo de Dios renueva sus ata ques con mas ímpetu que nunca. Verdad es que no basta una herida cualquiera para abatir á ciertas fieras indómitas, y el gol pe de reserva contra esta debia ser un acto heróico de la caridad del Padre, que fué el siguiente. Un reo de muerte habia sido sentenciado por la justicia á la pena de hor ca; pero faltando impensadamente el ver dugo, fue sustituido para la ejecucion el

santo P. Claver, y ya estaba con e
al cuello, cuando pálido y trémulo el
dugo, se desmayó de repente y cayó
del patíbulo, sin que ni uno siquie
los circunstantes se moviese á pieda
aquel miserable, ni acudiese á favore
Solo la caridad del siervo del Señor,
acostumbrada á no mirar mas que á D
cualquiera de sus prójimos, se apresu
punto á levantarle, sostenerle y confo
le, sirviéndole por su mano cuanto le
al caso, sin dejarle hasta que le vió r
blecido del todo. Ejecutada la sentenc
reflexionando el turco en las infinitas
rosas finezas que el santo varon le
hecho sin mérito alguno de su parte

solemnemente con aplauso de la ciudad entera, que al saber lo ocurrido no cesaba de bendecir las divinas misericordias, y de admirar las trazas amorosas de su providencia, siempre adorable.

9. Uno solo hubo entre tantos que, no menos avanzado en la edad que encallecido en la malicia, resistió siempre firme las baterías y asaltos de mas de treinta años con que se habia propuesto vencerle el santo misionero. Mas si no tuvo aquí en la tierra y en vida el consuelo de verle cristiano, le consiguió despues desde el cielo esta gracia. El dia 30 de diciembre de 1656, es decir, dos años despues de la preciosa muerte del santo, mientras que pasaba el turco por delante de la iglesia de la Compañía, le vió el Hermano Nicolás Gonzalez, sacristan á la sazon, y compañero de muchos años del siervo de Dios. Llamóle, y aunque á remolque se le llevó á la iglesia y al sepulcro del venerable Padre. A aquella inesperada violencia: "¿pero qué quereis de mí? dijo Acmet (que así se llamaba el turco).—Que te hagas cristiano, respondió el otro.—¡Oh! eso no.—Pues que digas al menos *estas palabras*: Jesus sea conmigo, me ilu-

mine el entendimiento y me ablande e
razon (palabras que el P. Claver en
ba á semejante gente para que les alc
sen de Dios la gracia de convertirse);
no pudo absolutamente lograrlo. V
esto, "mira, Acmet, le dijo, este es e
pulcro de aquel tu Padre tan amante,
te exhortó tantas veces á abrazar la
Jesucristo. ¿No ves cuántos vienen á
rarle y á pedirle mercedes? Ea pues,
trate tú tambien y haz otro tanto." I
temor ó respeto, ó mas bien efecto
gracia, que ya empezaba á hacer mel
aquel corazon, dobladas las rodillas, y
guntando al sacristan en qué sitio p
samente estaba colocado el siervo de
se postró sobre él con todo el cuerpo, y
los brazos abiertos en forma de cruz
parece sino que con evidente milagro
trocó el corazon con aquel contacto.
soy cristiano, gritó al instante, y co
muy sonora; ya soy cristiano." Ador
sumo respeto el Crucifijo que le fue pr
tado, y colgándose el rosario de la Sa
ma Virgen cual precioso collar, salió d
con él para dejarse ver por las calles
concurridas de la ciudad, hasta que

adoctrinado recibió con gran pompa el bautismo en la iglesia catedral. Sobrevivió aún seis meses, despues de los cuales, consumido de fatigas y años, pasó á mejor vida. Preguntáronle pocas horas antes de espirar por qué medio habia merecido la gracia de morir cristiano. «Yo no sé, respondió; como no deba atribuirlo á que siendo esclavo y pobre, no dejé pasar semana en tantos años sin hacer por mi mano alguna limosna al hospital de San Lázaro.» Tanto vale la caridad con el prójimo para ganar en un momento el corazon de Dios, y alcanzar de su mano cualquier especialísima gracia.

10. Acabaré este capítulo con lo que hallo constantemente atestiguado por personas fidedignas, y es que fué siempre universal opinion, que de cuantos mahometanos, turcos y moros enfermaron en su tiempo en Cartagena, gracias á su caridad, ninguno murió sin el santo bautismo, y sin dejar grande y bien fundada esperanza de su salud eterna.

11. Con estos y otros tales triunfos sobre el infierno, quiso premiar el Señor las fatigas de casi cuarenta años consagrados por el P. Claver á la salvacion de las

almas. Mas para acrecentar la gloria de su siervo dispuso que una penosa enfermedad de cuatro años redoblase sus méritos y le labrase mejor corona, como se verá en el libro siguiente.

LIBRO TERCERO.

Virtudes, milagros y santa muerte del P. Claver.



CAPÍTULO I.

De su grande amor á Dios.

1. La caridad para con Dios, que en el orden de las mayores virtudes ocupa el primer lugar, fue en el P. Claver tan eminente, que ella dió la ley, el vigor y el impulso á todas las demás. La caridad le hizo velar constantemente sobre sí mismo para conservar la inocencia bautismal, y pertre-

charla con fuertes reparos. Ella encendió en su corazon aquel celo tan ardiente del honor divino, que le hacia desfallecer de puro pesar el solo nombre de su ofensa. Ella alentó y vigorizó sus vastos deseos de salvar almas, haciendo que jamás se saciase de fatigas y padecimientos; y despojándole de todo lo terreno, le hizo suspirar de contínuo por la patria celestial.

2. Pero hablando mas en particular, cualquier objeto que se le presentaba á la vista, cada yerba ó flor, ó pequeñísimo insecto, le recordaba á su Señor, y le elevaba á la contemplacion de sus divinos atributos. El solo oir nombrar á su Dios le robaba de tal manera el alma, que no se encontraba á sí mismo. Siendo todavía estudiante en Mallorca, al salir un dia fuera de casa con un condiscípulo se encontró con el Beato Alonso Rodriguez, que estendiendo hácia él la mano, "aquí está, dijo, el Padre, aquí, señalando al compañero, está el Hijo, y aquí, poniendo la mano entre los dos, aquí está el Espíritu Santo." Al oir nombrar al Espíritu Santo se encendió el rostro del fervoroso joven en tanto grado, que abandonándole las fuerzas estuvo á



pique de desmayarse; y no hubiera podido dar un paso mas si, á fin de ocultar aquella estraordinaria merced, no hubiese pedido y alcanzado del Señor las fuerzas necesarias para llegar hasta donde le llamaba la obediencia, que era una posesion en las afueras de la ciudad, donde le esperaba algun descanso de las penosas tareas escolásticas. Llegó en efecto y estuvo allí mas con el cuerpo que con el espíritu, pues la dulzura interior que ocupaba su alma y todos sus sentidos, le tuvo todo aquel dia fuera de sí casi enteramente.

3. Verdad es que esta union con Dios era contínua en él, y que andaba siempre cual otro Abraham en la divina presencia, sin perderle jamás de vista; pudiendo asegurarse con verdad que vivia como forastero en el mundo, sin tener aquí cosa alguna que le robase un pensamiento, y mucho menos un afecto. Solitario en medio de la turba, ibà por las calles y plazas como estático, sin ver ni oir lo que se hacia ó decia: cosa que alguna vez puso en inminente peligro su vida. Iba un dia á visitar á un enfermo, cuando las mulas del coche del Gobernador, desbocándose de repente, estaban

ya para atropellarle. Asustados los transeuntes empezaron á gritar que se guardase; mas él, lejos de atemorizarse, ni siquiera oyó el estrépito ni hizo alto en lo que pasaba, y de seguro le hubieran atropellado á no haberle sacado su compañero del peligro entre sus brazos.

4. En dias de tempestad y de espantosas tronadas, que en Cartagena, como dijimos, son tan frecuentes, aterrados no pocos de aquellos Padres y Hermanos corrian, á cualquier hora que fuese, como á un asilo al aposento del P. Claver, y hallándole inmoble, de rodillas, ó sentado en un pequeño banquillo, cruzadas las manos sobre el pecho y clavados los ojos en el cielo ó en alguna devota imagen, no se atrevian á llamar su atencion, bastándoles para su consuelo el verle, y estar en compañía y cerca de un santo, sin que la mayor parte de las veces él lo advirtiese.

5. De este ardoroso amor de Dios nació su grande aficion á la oracion, de la cual no acertaba á separarse sino con violencia, empleando en ella todo el tiempo que le quedaba libre de sus tareas apostólicas. Concedidas dos ó tres horas escasas al descanso

en el cuarto inmediato al suyo, y si
separacion que unas tablas, que jar
despertó á cualquier hora de la noc
oirle, ó rezar salmos, ó prorumpir en
maciones afectuosas y santos coloqui
Dios.

6. Para escitar mas en sí mism
fervor y el respeto á la tremenda Ma
divina, oraba ordinariamente de rodi
medio del aposento, descubierta la ca
juntas las manos, con tal atencion, qı
bierto de una multitud de mosquit
abispas y de moscas que le hacian salt
gre, no hacia el mas mínimo movir
Lleno de confusion á las veces al con
sus pecados, se postraba hasta tocar

pre, sino coronado de espinas, con una gruesa soga al cuello, y los brazos estendidos en forma de cruz.

7. Cuando meditaba la dolorosa pasion de Jesucristo, tenia en la mano algunas devotas imágenes que representaban al vivo aquellos divinos misterios, para que enterada el alma por los sentidos de todas sus circunstancias, se abrasase mas en amor de quien tanto habia padecido por su salvacion: imágenes que se encontraron despues de su muerte poco menos que borradas y consumidas por los contínuos ósculos que en ellas imprimia y las lágrimas de que las bañaba.

8. Fue la pasion del Señor para él un horno encendido en que concibió aquel gran fuego de amor divino que abrasaba su pecho, y donde su corazon recibió el temple que habia menester para sobrellevar tantos trabajos, y fatigas naturalmente insufribles; y bien lo dió á conocer eligiendo dicha pasion para ordinario y mas gustoso pasto de sus contemplaciones, y argumento de sus pláticas y discursos familiares. La sola vista del Crucifijo encendia su rostro como una áscua; y no acertaba, por decirlo así,

á nombrarle sin deshacerse en dul(
llanto.

9. Frecuentísimas eran, aunque b
sus estaciones delante de un devoto (
fijo pendiente de la pared en cierto si
casa; y cuando creia no ser visto ni
exhalando un profundo suspiro, «ay
mio, decia, Jesus mio, yo te amo m
mucho, mucho.» Saludaba todos lo
varias veces las sacratísimas Llagas, á
objeto habia entresacado de las obras d
Bernardo algunas devotas meditacion(
tretejidas de tiernísimos sentimientos y
tos; y una sola ojeada hácia ellas le l
ba para animarle á cualquier empres
árdua que fuese, y endulzarle la ama
de cualquier trabajo.

10. Y si esto era cosa de todo el
éralo mucho mas del tiempo de la Se
Santa. ¡Oh! entonces sí que enflaqu(
pálido y debilitado mas de lo ordinari
el mal tratamiento y crueldad que (
con su cuerpo, infundia un devoto esp
Revestido de los mismos dolorosos ar
que antes dijimos, cilicios, espinas, cor
con una gran mordaza en la boca y
pesada cruz á cuestas, en el silenci(

profundo de la noche (así le sorprendió mas de una vez el P. Sebastian Murillo, su Rector) daba la vuelta á toda la casa fatigoso y mojado, no sé si mas de sudor ó de lágrimas, en acto de acompañar á su amantísimo Señor al Calvario. Ni es exajeracion el decir que todos aquellos dias los pasaba como estático, y siempre con el pensamiento en aquel su objeto amado.

11. Entrando una de estas noches en su cuarto el negro que le servia, quedó al pronto deslumbrado de una luz esplendorosa, y empezando á buscar al santo varon le vió de rodillas en el aire, elevado casi hasta el techo, con un Crucifijo en la mano izquierda y con la derecha puesta sobre el pecho, manteniéndose así muchas horas, hasta que saciado ya de los celestiales favores bajó poco á poco, se puso en tierra, y recobró el uso de los sentidos.

12. El otro objeto, si ya no es el mismo presentado bajo diverso aspecto, en cuya consideracion se deshacia esta alma enamorada, fue el augustísimo Sacramento del Altar. Por muchas y gravísimas ocupaciones que tuviese, jamás dejó, estando bueno, de celebrar todos los dias la santa Misa, pre-

parándose para ella por espacio de media hora, y empleando otra media en dar las debidas gracias y en la contemplacion del gran Misterio; siendo para él tan precioso este tiempo que, á escepcion de algun caso urgente de caridad para con el prójimo, ninguna cosa era capaz de hacérsele interrumpir ó acortar un momento. Prévia la confesion sacramental, todas las mañanas se iba al altar con aquellos sentimientos de profunda humildad que dijimos en otra parte, y sin mas ley en cuanto á la duracion que la que le prescribia su fervor, si es que era capaz de ley en un tiempo en que enagenado casi enteramente, eran contínuos sus suspiros, lágrimas, palpitaciones y deliquios, hasta desfallecer de puro amor. Ni debe omitirse aquí una cosa asombrosa, y es que cuando estaba paralítico y temblon de pies á cabeza, en el solo acto de celebrar le cesaba todo temblor por la grande actuacion de la mente.

13. Siempre que podia visitaba á Jesus Sacramentado, así dentro como fuera de casa; y nunca pasaba por alguna iglesia sin *entrar* á cumplimentar á su Señor, y des*ahogar* aunque de prisa su corazon con el

objeto mas tierno de sus amores. Viejo ya y muy delicado, é incapaz por lo mismo de andar por sí solo, se hacia llevar á la iglesia, donde pasaba los dias enteros como en su centro, saboreándose á su placer con la dulzura de aquellas celestiales delicias, que bebia mas puras en la fuente misma de la Divinidad.

14. Por la ternura que profesamos á estos dos escelsos Misterios, y con el objeto de estender mas y mas su devocion y su culto, fundó capillas, erigió altares, instituyó procesiones, invitando á todos á que hiciesen la corte á su divino Monarca. No desperdiciaba ocasion de inculcar, con todo el ardor de que era capaz, la devota costumbre de asistir todos los dias al tremendo sacrificio de la Misa; y para asegurarse de que los negros no la dejaban, sobre todo los dias festivos, los recojia él mismo por las calles públicas, y los acompañaba á la iglesia. Con el mismo objeto, y para mayor comodidad del pueblo, aunque fatigado y desfallecido de la larga y no interrumpida tarea de toda la mañana, celebraba siempre la última Misa, en la cual eran contadas las veces que *ó no* esplicase con detencion, ó

por lo menos no insinuase de paso los blimes misterios que en sí contiene, manera de oirla devota y provechosam

15. Pero su mayor empeño fue ir ducir por todas partes y conservar e vigor el uso frecuente de este manjar no, proponiendo las grandes ventajas saca el alma de acercarse á menudo á la grada mesa. En todos los dias precedent las mayores solemnidades, y en ocasio publicarse alguna indulgencia, recorria la ciudad convidando para la comunion dia siguiente. Cuando asistia á los m bundos, su primero y mas urgente cui fue siempre que comulgasen con tiemp se previniesen con el pan de los fuertes el gran viaje de la eternidad, quem perfumes y esparciendo flores en las h taciones que debia visitar Jesus Sacrai tado; en cuyo ejercicio solia suceder que á quien enciende fuego para otros cenderse é inflamarse él mismo cada mas en el amor santo de Dios y de su manidad sacratísima.

16. No dejó el demonio de ponerle g des obstáculos, permitiéndolo así Dios acrisolar mas y mas la virtud de su sie

pues no faltó quien, con prudencia demasiado humana, desaprobase mas de una vez su práctica de conceder tan á menudo la Comunion, mayormente á los negros, gente idiota y demasiado tierna en la fe. Mas el siervo de Dios, que á mas de la luz que sobre esto recibia en la oracion habia hecho un detenido estudio en las obras de los Santos Padres y de los mas célebres téologos, estuvo tan lejos de mudar de parecer, que antes bien se confirmó mas y mas en su modo de pensar, soliendo decir que «Jesucristo habia venido en particular por los pobres, y que amaba la hermosura de las almas y no la de los cuerpos.»

17. Al mismo fin de abrasarse mas en el amor santo de Dios, imploró el patrocinio de la Beatísima Virgen, que es la Madre del amor hermoso: *Mater pulchræ dilectionis*. Esta era la súplica que de ordinario dirijia á la divina Señora; y en el mayor ardor de sus coloquios, de sus contemplaciones y raptos se le oia repetir á menudo: «Ah Madre mia muy amada, enseñadme, os ruego, á amar á vuestro Hijo dulcísimo, Jesus. Alcanzadme un poco de *aquel amor* con que vos tanto le amásteis.

Prestadme á lo menos el vuestro, para que yo pueda recibirle dentro de mí dignamente." Y para alcanzar de sus divinas manos y merecer tal gracia, promovió siempre y cuanto pudo su devocion y culto, no solo en sí mismo sino tambien en los otros.

18. Habiendo aprendido en su juventud de boca de aquel amabilísimo anciano el Beato Alonso Rodriguez cuán buena Madre es, y cuán digna, por lo mismo, de ser amada y servida, no hubo obsequio que no la hiciese. Llevaba siempre en el pecho su retrato, y meditaba frecuentemente sus misterios y virtudes para imitarlas; siempre que salia de casa ó volvia visitaba su capilla; jamás pasaba por delante de alguna imagen suya sin que se parase á saludarla, salutacion que solia repetir á cada hora del dia; celebraba sus fiestas con una preparacion de ayunos mas rigurosos, de disciplinas mas ásperas y de mas largas vigilias delante de su altar, lo que hacia principalmente en las festividades de su Concepcion inmaculada y de su Asuncion al cielo, que eran sus misterios predilectos, y á los cuales manifestó siempre particular ternura. A *María tomó* por protectora de sus fatigas

apostólicas, encomendándola y poniendo bajo su manto cuantas almas ganaba ó para la fe ó para la penitencia, persuadido de que así hacia mas estable su conversion, y las ponia á cubierto de las asechanzas de la infernal serpiente.

19. Con igual conato se empeñó en hacerla estimar y amar de los demás, sugiriendo á unos una y á otros otra de las innumerables industrias que tenia siempre para honrarla y merecer su patrocinio; á cuyo propósito no quiero dejar de referir lo que le sucedió en casa del capitan Don Andrés de Vanquecel, justamente en el dia de la Anunciacion de Nuestra Señora. Estaba el siervo de Dios en el oratorio privado de dicho señor, hablando familiarmente con la muger del mismo Doña Ana de Porras, y con sus hijos, de las grandezas de María; y sacando una devota imagen que representaba los misterios de aquel dia, siguió inculcando con altísimos conceptos, y ponderando con grande energía las obligaciones estrechísimas que con ella hemos contraido, por el consentimiento prestado á la Encarnacion del Verbo eterno en su castísimo seno. *Cuando* de repente prorumpió en co-

piosas lágrimas, y perdiendo el uso de la palabra, fue sobrecojido de un dulcísimo éstasis que le sacó fuera de sí, y le tuvo inmoble y sin sentido por una hora larga, con pasmo de cuantos le vieron, que de pura devocion le acompañaban en el llanto. Y sabe Dios lo que hubiera durado la devota escena, si no le llamara el compañero por ser ya hora de volver al colegio.

20. Pero sobre todo, promovió siempre la no menos loable que utilísima devocion de su santo Rosario. Y porque no necesitaba menos de diez mil rosarios cada año, solo para proveer á los negros nuevamente convertidos, él mismo los engarzaba por su mano con admirable maestría en los ratos mas libres, ayudándole sus intérpretes, y agenciando al efecto sacos enteros de una cierta frutilla propia del pais. Cuán grato fuese á la Virgen este obsequio, podrá colegirse de lo que se cuenta en los procesos que acaeció á un negro, cuyo nombre quedó en olvido. En una posesion de su dueño labraban la tierra á la par varios esclavos. Habiéndose alejado de los demás uno de ellos, oyó que le llamaban una y dos veces; y aunque á nadie veia, le pareció que salia la voz

de la copa de un gran arbol no muy distante. Atemorizado echó á correr háeia sus compañeros, pero á los primeros pasos se le puso delante un hombre de gigantesca estatura, que mirándole ceñudo empezó á maltratarle con una vara como de hierro hecho áscua que llevaba en la mano, diciéndole al mismo tiempo: « ¿Y por qué no llevas el rosario? ¿Por qué? Corre á que te lo dé el P. Claver.» A tan inesperada tempestad levantó el grito el infeliz y pidió auxilio; pero no fue tan presto que acudiendo á las voces los compañeros no le hallasen tendido en tierra medio muerto, y chamuscado todo el cuerpo como si saliese de las llamas. El apaleador no fue visto; pero por algunos indicios, y por los sufragios que pidió, se tuvo por cierto que era el alma de un negro fallecido poco antes, y que penaba aún en el Purgatorio. Mejorado un poco el otro fue al cabo de unos dias á contar al siervo de Dios cuanto le habia sucedido, probando con sus llagas aún no cicatrizadas la verdad de cuanto referia.

21. Con la gente mas tosca, acostumbrada á medir el mérito de los objetos por solo el brillo esterior que los acompaña, era

todavía mas ingenioso su amor; pues en cada una de las dos festividades de María disponia en su obsequio una comida abundante á los enfermos del hospital de San Lázaro, con suntuosidad de aparato, con escojida música, viandas delicadas y asistencia de la primera nobleza vestida de gala para servirles. Con igual esplendidez, si bien con inferior pompa, convidaba en tales dias dentro de la portería del colegio á casi todos los pobres de la ciudad, terminándose ambas funciones con el Rosario, y un fervoroso discurso de las grandezas de tan escelsa Señora, y de los grandes bienes que lleva consigo el ser sus verdaderos devotos.

22. Con el mismo santo fin, no obstante sus muchas y graves ocupaciones, tomó tambien á su cargo el confesar á los niños de la escuela, valiéndose de esta ocasion para inspirar con mil alicientes en aquella tierna edad una reverente y filial devocion hácia tan amable Madre.

23. Sería muy prolijo el referir aquí una por una todas las prácticas devotas y espirituales ejercicios, que le servian como de leña para alimentar el fuego de la *caridad* hácia Dios. Aunque ocupadísimo,

hasta oprimido de fatigas, rezaba todos los dias las Horas canónicas, no solo de rodillas y con la cabeza descubierta, sino repartidas segun los tiempos prescritos por la Iglesia; y lo que es mas, con tanta atencion y tan santos afectos, que parecia estar no en la tierra y entre hombres, sino en el cielo y en compañía de serafines.

24. Tuvo siempre estrechísima comunicacion con su Angel Custodio, á quien habia tomado desde joven por maestro en el arte de bien amar; y entre los santos amaba con preferencia y se inclinaba mas á aquellos que se señalaron en la caridad para con Dios. Entre otros muchos profesó especial devocion al grande San Antonio Abad, por haberse distinguido en el ódio con que persiguió siempre á los herejes; y al Patriarca Santo Domingo, por el ardiente celo de la salvacion de las almas. Sobre todo amó con ternura inesplicable al príncipe de los apóstoles San Pedro, y á su santo Padre y Patriarca Ignacio, repitiendo á menudo al Señor con las palabras del uno: *Tu scis, Domine, quia amo te;* y pidiendo con el otro: *Amorem tui solum cum gratia tua mihi dones, et dives sum*

satis. Sabiendo finalmente que la limpieza del corazon es la mejor disposicion para recibir las impresiones del santo amor de Dios, eligió para cada hora del dia y de la noche un particular santo abogado, para que en ella le guardase de toda culpa que pudiese disgustar de alguna manera á la Magestad divina.

25. Con tantos estímulos á la par acompañados de un constante tenor de vida irreprensible, facil es conjeturar cuáles serian las llamas de aquella caridad divina que ardia en el pecho de este gran siervo de Dios, y con cuánta verdad pudo dejar escrito de él quien le trató varios años familiarmente, que "sus pensamientos, palabras y obras eran un acto continuado de amor divino." Verificándose en él, dicen los mismos procesos, lo que del serafin de Asís dijo el Doctor San Buenaventura, que en un momento, *ad auditum divini amoris excitabatur et inflammabatur, et postea totus quasi quidam carbo ignitus vivi amoris flamma videbatur*.

26. Y valga la verdad, que si la señal menos equívoca y mas sincera de amar á *Dios* grandemente es sin disputa el celo de

su honra, y el empeño en glorificarle á costa de fatigas y penas, y aun de la propia vida, fue este en el santo P. Claver nada menos que insaciable, como lo atestiguan de lleno las innumerables conversiones de gentiles, mahometanos, hereges y pecadores, los cuales, aun cuando eran por naturaleza indomables y habituados á los mas detestables vicios, tuvieron que ceder á la fuerza de sus encendidas palabras. Añadiré aquí una sola prueba doméstica, que cuenta tantos testigos oculares cuantos á la sazon vivian con él en Cartagena, y es, haber el santo varon encendido en el breve periodo que fué allí maestro de novicios de nuestros hermanos coadjutores, no solo en ellos sino en cuantos vivian en aquella casa, tal fervor de espíritu y amor de la regular observancia, un odio tan grande de sí mismos, y tan ardiente deseo de las virtudes y perfeccion religiosa, que todo el colegio parecia un fervorosísimo noviciado.

27. Celosísimo de salvar, si le hubiera sido posible, á todos los hombres, cuantas mas cruces y fatigas se le ofrecian por esta causa tantas mas deseaba, acostumbrado á decir con el Apostol: *Charitas Christi*

urget nos. Siendo tantos los negros que cada año arribaban á Cartagena, siempre se le hacian pocos á su celo; por lo cual solia decir llorando á los mercaderes y capitanes de los buques que se hacian á la vela para las costas de Guinea y otros reinos: "¿Y por qué no me llevais á mí tambien á esparcir la luz del Evangelio entre aquella ciega gentilidad? ¿Quién sabe si lograria enamorarla toda de Dios? Que si no soy para tanto, vosotros al menos, por piedad de aquellas almas redimidas con la sangre de Jesucristo, traedme cuantas podais, que así serán tambien mucho mayores vuestras ganancias, y yo salgo fiador para con Dios." Amaba por lo mismo con especial afecto á esta clase de hombres, que allí llaman *armadores*, les hacia como á sus benjamines mil caricias, procuraba su bien estar, y hacia todos los dias especial oracion por ellos como por gente muy benemérita de la fe.

28. Hizo ardentísimas y repetidas instancias á los superiores para que le enviasen á cultivar aquellas tierras, sembrando la semilla de la divina palabra, y regándolas con sus sudores. Y ya que por justas

consideraciones no se le concedió la licencia, trató de pasar á los puertos de Caracas, de Santo Domingo, de Cumaná, de Maracaibo y de Santa Marta, donde sabia que habia un sinnúmero de negros que, ó no habian recibido el santo bautismo, ó si estaban bautizados yacian en la mayor ignorancia de los divinos misterios, y vivian peor que idólatras. Pero hallando cerradas las puertas se aplicó á las misiones del campo, en una de las cuales, que fué la última, avanzando hasta Cotoca, no muy distante de Uraba, sitio en que tenia mas profundas raices la idolatría, mientras se preparaba á introducir allí la fe, y á buscar entre aquellos bárbaros el martirio, que con tanto ardor y por tan largo tiempo habia deseado, satisfecho el Señor de sus buenos deseos le impidió su ejecucion, quitándole la salud casi enteramente.

CAPÍTULO II.

Su amor al prójimo.

---

1. Si hubiera de hablar aquí como se merece de su caridad con el prójimo, virtud que ó es una misma con la caridad de Dios, por quien únicamente ama el hombre, ó jamás de ella se separa, tendria que repetir cuanto llevo dicho, por no ser otra cosa la presente historia que un tejido de actos de la mas heróica caridad, practicados por este varon apostólico en beneficio espiritual y corporal de sus prójimos. Y en verdad, yo no sé en qué otro Santo se haya dejado ver esta virtud, ó mas universal, ó mas ardorosa, ó mas solícita, ó mas sincera, con todos los caracteres de magnanimidad, mansedumbre, humildad, paciencia, benignidad, dulzura, que requiere el Apostol para declararla heróica y reina de las virtudes.

2. Los primeros que gozaron de sus benéficos influjos fueron, como mas cerca-

nos, los de casa, ayudando á todos y echando mano á todo para servirles. Nombrado ministro del Colegio, y luego maestro de los novicios coadjutores, nunca se valió de la autoridad que como tal tenia sobre los otros, sino para cargar sobre sí mismo todos los oficios mas pesados de la casa, tanto que tuvieron los superiores que exonerarle á pocos meses de ambos cargos, por miedo de perderle abrumado con el peso de enormes fatigas. Con respecto á sus alumnos procuró formarlos desde el principio segun la idea que nos dejó el Santo patriarca, hombres de profunda humildad y de grande abnegacion de sí mismos, amantes de la oracion y de la interior union con Dios, sin mas pretensiones que de servir, trabajar y padecer por su gloria: empresa mas árdua de lo que puede decirse atendida la cualidad de los sugetos, jóvenes todos de mas de veinte años, avezados los mas de ellos á la vida del siglo, á la profesion del comercio, ó á la mucho mas peligrosa de las armas.

3. No habia prueba por dificil que fuese en que no los ejercitase. Quebrantaba su voluntad á cada paso, revocando las ór-

denes apenas las daba. Para infundirles desde luego un gran desprecio del mundo, ya los hacia comer confundidos con los pobres en la portería del Colegio, ya los hacia salir de casa en traje ridículo y despreciable. Yendo con ellos á los hospitales, los obligaba á que llevasen al hombro grandes espuertas y cestas llenas de comestibles para uso de los enfermos, y queria que asistiesen con especialidad á los mas asquerosos. Y como él era el primero siempre en hacer todo lo que les prescribia, animados con las palabras, y mucho mas con el ejemplo de su santo maestro, corrian ellos tambien con gran generosidad á poner su boca en las mas hediondas llagas, y se trataban tan mal en aquel ministerio, que era menester toda la vigilancia y autoridad del santo varon para enfrenar sus escesivos rigores.

4. A todo este amor de sus almas añadió siempre el siervo del Señor otro tanto en favor de sus cuerpos; y así, para concederles alguna tregua y reposo les suplia frecuentemente en sus oficios, cosa que acostumbró á hacer por cualquiera de la casa, fuese Padre ó Hermano; hallando to-

dos, siempre que la buscaban, ayuda segura en la caridad del P. Claver. Por muchos años tomó á su cargo el bajar inmediatamente despues de comer á la portería, siempre que sus ocupaciones se lo permitian, para que el portero descansase un buen rato, con doble ganancia de su caridad, que puntualmente en aquella hora se desahogaba con los pobres, que de tropel acudian al Padre para recibir el consuelo espiritual de sus palabras, y el corporal de sus abundantes limosnas.

5. Si enfermaba alguno, sin esceptuar los esclavos que servian en la casa, redoblando su solicitud amorosa se hacia todo ojos y todo manos para servirles bien, y no perdonaba á fatiga ni gasto para procurarles todo lo necesario; y era tan cuidadoso y listo, que las mas de las veces nada quedaba que hacer al enfermero. Acometido el sacristan de un fiero accidente el dia de la fiesta de nuestro santo Padre, quedó sin sentido y como muerto. Voló el siervo de Dios, y tomándole en brazos le llevó á la enfermería, le metió en la cama, le abrigó, y no cesó hasta que á fuerza de fomentos le hizo volver en sí, dejándole en dulce re-

poso, y yendo en seguida á suplir por él en la sacristía. Ya referí en otra parte las finezas de caridad que practicó con un esclavo de casa que le servia de intérprete. Cuatro meses enteros que padeció una asquerosísima enfermedad le tuvo el siervo del Señor en su mismo aposento para poder asistirle con mas esmero, y le cedió el propio lecho, tomando él entretanto su breve descanso sobre la desnuda tierra, ó sobre una simple esterilla, sin separarse del enfermo un solo momento.

6. Mucho mas dilatada esfera halló su caridad en los estraños. Cualesquiera que fuesen, ciudadanos ó forasteros, ricos ó pobres, nobles ó plebeyos, de cualquier pais, secta, profesion ó estado, con todos dividió su corazon, á todos dió acojida en su seno, sin que en él se notase la menor parcialidad, á no ser hácia las personas mas miserables, en las cuales, cuanto menos teniai de suyo para ser amadas, tanto mas encon traba él á su Dios, único blanco de su amores. No hay obra de misericordia esp ritual ó corporal que no practicase en b neficio de todos; y es opinion constan que no se le pasó un solo dia en los c

renta años de su apostolado sin señalarle con algun acto heróico de caridad para con el prójimo: *ut videatur admirandus potius quam imitandus*, como hablan los procesos formados para su canonizacion.

7. Aunque no hubiera hecho este hombre de Dios, ni padecido por las almas y cuerpos de sus prójimos, mas que lo que hizo y padeció por los esclavos negros, se hallaria á duras penas una caridad tan ardiente como la suya. Por escesivos que fuesen los calores, furiosos los vientos, deshechas las lluvias, escabrosos é impracticables los caminos, lóbregas las noches, importunas las horas y graves los peligros, y aunque estuviese él al mismo tiempo, ó debilitado por el trabajo, ó estropeado por las dolencias y medio muerto, siempre estaba pronto y vigoroso para correr á favorecerlos, no solo sin alegar jamás escusa sino con placer indecible, dando gracias á quien le llamaba de la ocasion que le ofrecia de ejercitar la caridad. Personas fidedignas atestiguan con juramento que muchísimos fueron los que debieron á la sola caridad del siervo de Dios la salud y la *vida*, porque privados de todo humano

auxilio, y desamparados de todos en enfermedades, hubieran seguramente cumbido sin su socorro.

8. Es manía peculiar de los ne y muy frecuente en ciertas enfern des dolorosas y largas que ellos solos | cen, obstinarse en no querer probar l do, prefiriendo una muerte pronta á para ellos tan penosa; en cuyos casc primeros que los abandonan son sus a á quienes nada importa el perderlos, tradas las esperanzas de hacer negoci ellos. Solo el P. Claver se ponia á su y sabia tratarlos con tanta gracia y riciarlos con tal acierto, que vencien obstinacion los salvaba á un mismo ti la vida del alma y la del cuerpo.

9. Citaré un hecho solo entre mi muy semejantes. Habia en una enfer de negros uno cubierto de pies á cabe asquerosísimas úlceras y de sangre tar rompida, que apestaba con su hedc fuese manía ó terquedad, llevaba ya chos dias sin tomar alimento alguno. S el Padre, y yendo á buscarlo, al cal *muchas* instancias obtuvo que tomas *bocado* de carne. ¿Pero qué? despu

haberle tenido mucho tiempo en la boca masticándole con desgana, le arrojó de nuevo en el plato. No desistió por eso el siervo de Dios, y para mas animarle con su ejemplo, "eso no se hace así, le dijo; mira cómo lo hago yo:" y diciendo y haciendo tomó aquel bocado mismo ya medio mascado y lleno de babas, y poniéndoselo en la boca lo acabó de mascar y lo tragó. No fué menester mas para que el otro, ó corregido ó animado, comiese tambien al punto, y continuase de este modo hasta ponerse bueno.

10. Se cuenta como un acto grandemente heróico de otros santos, el que chupasen aun por una sola vez las llagas de algun enfermo; pero semejante maravilla era ya una costumbre en el P. Claver por lo frecuente y casi diaria. A millares fueron las úlceras verminosas y las postemas medio gangrenosas que curó con solo aplicar á ellas sus lábios, besarlas, lamerlas, y estraer de ellas el humor venenoso, sin que se resistiese su estómago, que habia aprendido bien á su costa á ser robusto. Ya dejo arriba notada la fiera tempestad de *golpes con* que disciplinándose castigó su

sas, para asegurarse del estado de su alma se puso á escuchar su confesion y á disponerle para una santa muerte; y luego, emprendiendo su asistencia corporal, le desenterró, por decirlo así, de aquella horrible podredumbre en que yacia envuelto de mucho tiempo antes, fortaleció su cabeza con fumigaciones aromáticas, confortó su estómago con viandas sustanciosas, le dispuso mejor y mas cómoda cama, con cuyas amorosas finezas, repetidas por muchos dias, logró no solo que no muriera el enfermo, como todos creian, sino que quedase sano enteramente.

13. Otra mayor obra de caridad, por ser aún mas trabajosa, practicó el santo varon en el hospital de San Lázaro con otro enfermo. Estaba éste tan cubierto de llagas y exhalaba de todo su cuerpo tan pestilencial hedor, como pudiera hacerlo un cadaver: así que para impedir que apestase á los demás se creyó oportuno ponerle en un ángulo del hospital y sobre un palco de madera, á tanta elevacion, que para llevarle el alimento era necesario subir cada vez por una escalera de mano mal forjada, y con peligro inminente de precipitarse. Pero las

mayores dificultades, lejos de intimidar la caridad del siervo de Dios la alentaban, y hubiera tenido por fortuna cualquier desgracia que le hubiese sobrevenido por tan bella ocasion. No bien lo llegó á saber, cuando encargándose enteramente de su cuidado comenzó á servirle y asistirle con tanto esmero y cariño, cual lo hiciera una tierna madre con su hijo predilecto; y era un espectáculo tiernísimo el ver á aquel santo viejo, cargado de años y de achaques, trepar ansioso varias veces al dia por aquella escalera á confortar el espíritu del enfermo con santos razonamientos, á alimentar el cuerpo, limpiarle, medicinarle y besarle por esceso de afecto y de ternura. Y le cuidó así por espacio de muchos meses que sobrevivió este enfermo.

14. Pero sería nunca acabar referir aquí todos los actos heróicos de ardentísima caridad que ejercitó este varon lleno de Dios con toda clase de enfermos. Atestigua el médico del hospital de San Sebastian, llamado Adan Sobo, que fueron pocos los dias que no hallase al P. Claver en el hospital por el largo espacio de 25 años, y siempre en ejercicio contínuo de administrar Sacra-

mentos, asistir á moribundos, barrer, hacer camas, lavar platos, vaciar vasos inmundos, y otros semejantes oficios los mas humildes, hasta no saber entender cómo un hombre pudiese resistir tan afanosa y pesada vida.

15. Y no quiero dejar de recordar aquí lo que aseguró el mismo médico haberle sucedido con el siervo de Dios al preguntarle, como solia á menudo, sobre el estado unas veces de uno, otras de otro enfermo, y el juicio que de él formaba. «Siempre, son palabras del mismo facultativo, siempre que el siervo de Dios añadia á mi respuesta: *Haga V. lo que esté de su parte y luego confiemos en Dios*, era señal ciertísima, confirmada por una larga esperiencia, de que el enfermo habia de curar; y de hecho curaba.»

16. Refiere además dicho médico un caso digno de particular mencion, y que pasó en parte por sus manos. Llevaba muchas semanas en el hospital un hombre enfermo, no sé si mas de cuerpo que de espíritu, suspicaz, inquieto, melancólico, taciturno, y que alejaba de sí á quien se atrevia á hablarle de confesion y de Dios. Este pues, un dia que estaba á solas con el mé-

dico, se resolvió, por movimiento interno de Dios, á suplicarle en confianza que le buscase un confesor: «pero, señor, añadió, yo le queria docto sí, pero tambien discreto, porque hablándole á V. francamente, mi mal es mucho mayor de lo que V. puede figurarse, y su cura no es para una mano cualquiera.» Aceptó el médico el encargo, y «anímate, le dijo, y no temas, uno traeré que sea cortado á tu medida, y el único que te hace al caso. Basta, á su tiempo me dirás si te he servido bien;» y sin mas palabras le llevó al P. Claver, el cual al primer saludo, con aquel aire que respiraba jovialidad, con un estrecho abrazo y tierno ósculo le ganó al punto para sí y para Dios. Era el tal enfermo religioso de profesion, hombre muy docto, y que por muchos años habia predicado con fama de grande orador; pero que despues, no sabe con qué ocasion, apostató y se entregó á todo género de maldades. Oyó el santo varon con invencible caridad y paciencia su confesion general de toda la vida, le abrió los ojos para que conociese la gravedad de sus escesos y los tiros amorosos de la divina misericordia para con él, enfervorizóle el

corazon con los mas fuertes y suaves motivos para disponerle á llorar sinceramentė y detestar sus pecados; en suma, le condujo á tal término, que pesaroso en estremo de sus estravíos, y descargado de su enorme peso, deshaciéndose en lágrimas, no menos por arrepentimiento de su mala vida pasada que por el presente interior consuelo, no cesaba de manifestarse á todos gran pecador, y de protestar que habia necesitado nada menos que un P. Claver para salir de las fauces del demonio y volver al seno de Dios.

17. Mas no fue este el solo caso de esta especie en que campeó la caridad del santo varon; otros muchos ocurrieron con religiosos de varios institutos, que al cabo de cinco, siete y diez años de apostasía de sus respectivos claustros, y sumerjidos en toda suerte de vicios, despues de haber resistido con increible dureza á repetidas baterías de sermones, avisos y correcciones de otros sacerdotes, tuvieron que ceder á los amorosos asaltos de su caridad, con el feliz éxito que se echó de ver despues; pues ganados por el Padre, primero para Dios y luego para sus monasterios, no solo repararon con v

taja el escándalo, sino que fueron en breve espejos de ejemplarísima penitencia. Tanta fuerza tiene la caridad usada con los hombres para que se enamoren de Dios presto ó tarde.

18. No debe creerse sin embargo que la caridad del P. Claver, especialmente con los mas desvalidos, terminase al acabárseles la vida. Continuó sus piedades para con ellos aun despues de muertos, sin perderlos jamás de vista hasta llevarlos al cielo. Sus Misas, fuera de las prescritas por regla, sus oraciones, sus fatigas, sus penitencias, todas se dirijian á aquellas almas; y no satisfecho con esto, les impetraba los socorros mas copiosos de la piedad de personas pudientes y devotas, y de otros sacerdotes amigos. Cuando alguno espiraba en sus manos le cerraba él mismo los ojos; y luego, rezando sobre el cadaver las oraciones que acostumbra la Iglesia, le tapaba con su manteo hasta que le amortajasen: manteo que, á mas de servir, como dijimos, continuamente á los enfermos, ya de almohada para arrodillarse, ya de asiento en que descansasen, sirvió tambien no pocas veces de paño lúgubre para los cadáveres de los mas

pobres, y él mismo los colocaba sobre él con sus propias manos, acompañándolos á su tiempo á la iglesia, y asistiendo personalmente á sus exequias. La cera que se gastaba, la sábana en que se envolvian, y cuanto era menester para la sepultura, todo corria á cuenta de su caridad.

19. Si moria algun malhechor á manos de la justicia, además de la amorosa y contínua asistencia que les prestaba con su persona hasta los últimos, procuró y obtuvo que al tiempo mismo de ejecutarse la sentencia, se hiciese en la Iglesia catedral pública rogativa, y se rezasen varias preces por aquellos infelices. Muertos ya, ponia en juego todo género de industria para que se les preparase un lucido funeral, con buen número de sacerdotes que acompañasen el cadaver, con muchas hachas y Misas, y con escojida música instrumental vocal, segun el pais lo permitia. Con cuy religiosa magnificencia practicada con tal personas, pretendió el siervo de Dios, solo dar algun desahogo á su caridad, s que los recien convertidos se prendasen da dia mas de la religion cristiana y d *Iglesia* Católica Romana, que como b

madre, mostraba entrañas de tanto amor con cualquiera aun de sus mas ínfimos hijos.

CAPÍTULO III.

Su exacta observancia de los tres votos religiosos y de las reglas de su instituto.

---

1. Aunque hasta aquí hemos contemplado la santa vida y virtudes del P. Pedro Claver bajo distintos aspectos, segun los diversos empleos que ejerció, en todos sin embargo ha descubierto cierta fisonomía y aire de apostol, empeñado con todas veras en procurar la santificacion de sus prójimos. Tiempo es ya de que nos paremos un poco á observarle como religioso particular, en acto de santificarse mas directamente á sí mismo con la exacta observancia de los votos religiosos y de las reglas de su instituto; es decir, con la práctica de aquellas virtudes que, despojándole enteramente de todo lo que es mundo, y hasta *de sí mismo*, le dispusieron á revestirse to-

do de Dios, y á sostener con mas decoro el apostolado.

2. Y comenzando por la voluntaria pobreza, virtud de elevado origen y de gran corazon, como que siendo hija de la caridad se desdeña de amar otra cosa que á Dios, y todo lo que no es Dios lo aparta de sí con desprecio, fue esta en el P. Claver tan magnánima y generosa, que llegó á gozarse de no tener nada, no solo de lo supérfluo pero ni aun de lo necesario para la vida, y para un ejercicio tan afanoso y molesto cual era el suyo. Cuanto gustaba el santo varon de ser espléndido con los demás, tanto era amigo de ser pobre y tratarse como tal; y así no consintió jamás que ni una mínima parte de las copiosísimas limosnas que, ora en dinero ora en géneros, pasaban todos los dias por sus manos, redundase en beneficio propio, sino que todas las empleaba en provecho de los demás pobres. Todo lo de su uso era siempre lo peor de casa. Por muchos años ocupó un aposento que mas bien era un calabozo, estrecho, húmedo, y por lo mismo infestado siempre de un enjambre de moscas y mosquitos, y tan oscuro, que para poder leer y escribir te-

nia que salirse y mendigar la luz de otra parte. Obligado despues por la obediencia á trasladarse á habitacion menos incómoda, todos sus enseres eran, ó instrumentos de penitencia con que atormentarse, ó remedios recojidos por su caridad para alivio de los enfermos: lo demás se reducia á dos ó tres estampas de papel, una mesa pequeña, una silla y nada mas, pues la cama para nada le servia estando sano, sino para ocultar á quien le visitaba que dormia siempre vestido sobre una estera ó sobre una pelleja, que al cabo desechó tambien como mueble supérfluo, tomando su ligero reposo todas las noches sobre la desnuda tierra.

3. Desde que se dedicó al cultivo espiritual de los negros no gastó jamás otra camisa que un gran cilicio tejido de cerdas, que le cubria de pies á cabeza, si bien para que nadie llegase á notarlo se ponia un cuello postizo de lienzo, conformándose así en lo esterior con los otros. Su sotana, sobre ser vieja, raida, descolorida, y tan corta que la llevaba á media pierna, estaba siempre recamada de remiendos que él mismo cosia; y á pesar de eso la apreciaba tanto, que forzado una vez por el Superior á tro-

carla por otra nueva, aunque obedeció puntualmente, le causó tal pena, que compadecido el Rector le concedió que tomase otra vez la antigua. Semejantes á la sotana y de igual calidad eran la almilla y manteos: aquella se componia de cuatro retazos de cañamazo mal pegados con un bramante; y el manteo, á mas de que por muchos años no fue sino un pesadísimo sayal tejido de pelos de camello, lo llevaba solo para comodidad de los demás, sirviendo ordinariamente, como queda dicho, ya de colchon para reclinar á los enfermos, ya de almohadon para que se arrodillasen los penitentes, ya de pabellon para defensa de unos y de otros, siguiéndose los maravillosos efectos que en otro lugar referimos. Al verlo no sé quién tan mal vestido, le preguntó con instancia si habia menester alguna cosa. «Cabalmente, respondió el siervo de Dios, me hace falta un poco de paño basto para vestir á un pobre negro, que me parte el corazon verle medio desnudo.» Y porque el otro, pensando vestir á dos pobres á un tiempo, con una sola limosna le envió doc*duros*, le devolvió ocho y no aceptó ma*que cuatro*, que bastaban para aquel y

bre. Una persona de mucha suposicion deseó hacerse con alguna cosilla del Padre, por el gran concepto de santo que le merecia; y no pudiendo obtenerla de su humildad acudió al Superior, el cual por mas que registró el aposento del siervo de Dios nada halló de que echar mano; y queriendo á todo trance consolar á aquel caballero, mandó al mismo P. Claver que le diera una crucecita de madera, que era todo su ajuar, por decirlo así, y la llevaba siempre consigo.

4. Su comida no podia ser ni mas escasa ni mas pobre. Consistia en los mendrugos del pan sobrante, y en alguna verdura cocida, sin jamás probar carne, á no estar enfermo ú obligarle la obediencia; y este tan corto alimento lo tomaba las mas de las veces, ó con los pobres en la portería, ó en el hospital, cuando lo exijia así la caridad, en el mismo plato de los enfermos mas asquerosos. No pocas veces le sucedió, que yendo mucho despues del mediodía, desfallecido y casi desmayado por el cansancio, á tomar algun refrigerio, no halló siquiera con qué desayunarse, por mero descuido de quien debiera preparárselo; y lejos de darle alguna queja escusaba la

falta y se echaba á sí mismo la culpa por no haberse hallado con los demás á la mesa. Y porque no faltó quien compadecido de él quiso avisar al Superior, «oh, eso no, decia el santo varon; oh, eso no; ¿y de qué puedo yo quejarme? ¿Cuántos otros pobres, no una sola mañana sino muchas no tienen que llevar á la boca?" Durante las misiones campestres, su ordinario sustento era un pedazo de plátano tostado con un poco de pan de maiz mal cocido; y era un espléndido banquete cuando llegaba á conceder á su estómago, harto debil, una escasa medida de arroz cocido en agua. El admitir alguna cosa delicada hubiera sido delito de lesa pobreza; y así, habiéndole ofrecido un devoto un poco de vino, le aceptó, y preguntándole de qué clase lo queria, si tinto ó blanco, «los pobres, dijo, toman lo qu les dan;» y luego lo mandó á un enferm obligando así á sus virtudes á que se dies la mano unas á otras, y haciendo que apr vechase á los otros el mismo no querer p ra sí cosa alguna. Pasaba el siervo de D muchísimos dias enteros en el hospital, yormente cuando se encruelecian las ep mias. En semejantes dias el Superior

dadoso le envió la comida del Colegio, y él la aceptaba atento y la agradecia, no por sí sino por sus enfermos, entre quienes la repartia, pareciéndole aquel un tratamiento demasiado delicado que no debia permitirse á su cuerpo, á quien en cambio regalaba con algun mezquino y asqueroso bocado que dejaban los mismos enfermos, mas á propósito para remover que para confortar el estómago.

5. Esceptuando los últimos años de su vida, en que por estar enfermo y paralítico tuvo necesidad de ser llevado entre dos ó en una silla de manos, viajó siempre á pie descalzo por amor á la santa pobreza, por pedregosos y encharcados que fuesen los caminos, con un atillo á la espalda en que llevaba el breviario y los ornamentos para el santo Sacrificio. Todo, en suma, en él era pobre. Si escribia, el papel eran los desperdicios ó los sobres de cartas que otros tiraban. Para alumbrarse aprovechaba los cabos sobrantes á la comunidad, ó las raspaduras del sebo, que él mismo derretia al fuego en una cazuela, con una torcida muy delgada. Si de diez en diez años se veia al fin precisado á mudar de sotana, bonete y

sombrero, que desechaba á la fuerza por inservibles, sus nuevas ropas eran las mas viejas entre las desechadas por otros; y finalmente, su misma conversacion y trato respiraba amor á esta su querida virtud, mientras que alejándose cuanto podia de las casas de los ricos y grandes del siglo, ponia todo su placer en juntarse con esclavos y pobres, nunca mas contento que cuando lograba pasar por uno de tantos.

6. De la castidad no puedo hablar mas cumplidamente, que con decir que murió virgen como habia nacido. Así lo afirman unánimemente varios testigos dignísimos de toda fe, que en diversos tiempos fueron sus confesores; con la circunstancia de haber conservado incontaminada hasta la muerte la inocencia bautismal. Para poner á salvo tan gran tesoro lo depositó desde sus primeros años en las manos de la Reina de los Angeles y gran Madre de Vírgenes María, cuya Concepcion inmaculada, como fué siempre el objeto de sus mas tiernos y particulares amores, así fue el medio que tuvo por mas eficaz para conservar sin mancilla el candor de su virginal pureza; y con la devocion á este misterio no es creible á

cuántos, principalmente jóvenes, sacó del cieno de la incontinencia, ó siendo inocentes los preservó de caidas.

7. Mas porque, para conservar lozana, olorosa y fresca la bella azucena de la pureza, no bastan las influencias del cielo si la tierra donde nace y que ha de nutrirla, ó no se cultiva bien ó se guarda mal, puso en práctica cuantos medios supo sugerirle su amor á tan delicada virtud, y la cercó con los mas fuertes reparos de una escrupulosa guarda de los sentidos, de una modestia angelical, de una union contínua con Dios, de un tratamiento tan áspero de su cuerpo, que á fuerza de penitencias, fatigas y trabajos lo redujo á ser incapaz, no digo de rebelarse, pero ni aun de resentirse.

8. Y porque sabia lo poquísimo que debe fiarse de sí misma una virtud, aunque robusta, sobre todo si tiene precision de vivir *in medio nationis pravæ,* llegó su delicadeza en esta parte casi hasta el escrúpulo. De aquí el no consentir jamás, sino por sorpresa, que nadie le besase la mano á no ser cubierta con el manteo. Instado por muchísimos para que les dijese un Evangelio con las manos puestas sobre su cabeza,

ber otro medio que elevase mas pronto el alma á la perfeccion é íntima union con Dios que la obediencia, por ser ella el único camino recto y libre de todo peligro; y que por eso pesaba mas para él una palabra del Superior, que cien revelaciones de otro que no lo fuese. Por lo mismo tuvo siempre en gran veneracion á todos los que respecto de él ocuparon semejante puesto, recibiendo sus órdenes como los Serafines las de Dios, con los ojos vendados y las alas desplegadas para ejecutarlas ciegamente y con la mayor presteza.

12. Aunque trabajaba tanto, y tantas eran sus ocupaciones de todas clases en beneficio de sus prójimos que no se movia piedra, por decirlo así, en Cartagena sin su consejo, sin embargo, por no errar no emprendia jamás cosa alguna sin tomar antes la direccion de la obediencia. Hasta sus mas horribles penitencias, tan crueles como pudo sujerirlas su ingenioso amor hácia Dios y el odio implacable contra su cuerpo, jamás se hubiera atrevido á usarlas sin la guia de esta virtud. Iba por lo mismo todos los meses al Superior, le descubria toda su conciencia, y le daba minuciosa cuenta del es-

tado interior de su alma, y de la conducta que guardaba en sus apostólicos ministerios; concluyendo con pedirle para lo mas mínimo licencia verbal ó escrita, hasta empeñarse en que leyese las cartas que á él iban dirijidas.

13. De esta prontitud á cualquiera mínima insinuacion de la obediencia, se seguia que los Superiores le encargaban los negocios mas árduos sin que jamás repugnase, mirando cualquier mandato como un honor que Dios le hacia en servirse de él como de instrumento. Al salir cada año despues de Pascua de la ciudad para cultivar las aldeas de aquel distrito, deseó y pidió mas de una vez permiso para internarse en paises de bárbaros y llevarles la luz del Evangelio; pero siendo los Superiores de parecer contrario por el gran bien que hacia en Cartagena, jamás se adelantó un solo paso. Mas hasta aquí no le fue muy costosa la obediencia, como en los casos siguientes.

14. Uno de los Superiores, no sé quién ni por qué, como quizás no fuese por hacer prueba de su virtud, llamándole un dia á su presencia le reprendió ágriamente por una nonada, y le mandó con aire bastante

brusco que estuviese arrodillado en aqu
mismo sitio hasta nueva orden. Oyó
siervo de Dios aquella amarga reprensi
con la cabeza baja y en silencio, con tai
humildad de corazon y compostura esteri
que movió á lágrimas de ternura á cuant
se hallaron presentes, á cuyo espíritu, co
ellos mismos afirmaron, sirvió de una gr
leccion aquel hecho: pero lo que acabó
maravillar á todos fue que, si bien carga
de años, enflaquecido por los trabajos y
convulso, se estuvo allí de rodillas una ho
larga, dispuesto á seguir así Dios sabe cuá
to, si una contraorden de la obediencia
le hiciera levantarse.

15. Muchísimo mas debió costarle o
acto heróico de obediencia. Habia ya pr
cipiado la mision en un lugarejo llama
Tolú y dispuesto todo aquel pueblo á gai
el santo Jubileo, cuando le entregaron u
carta del Superior que á toda prisa le l
maba á Cartagena. Esto solo bastó pa
que, interrumpiéndola, inmediatamente
dispusiese, aunque cansado y en ayunas
partir en aquel momento. A salida tan i
pentina, que tenia visos de fuga, se opus
ron á una el párroco y los feligreses, n

yormente que el partir entonces era esponerse á manifiesto riesgo de la vida, á causa de una horrible fosa que debia encontrar en medio del camino, efecto de copiosísimas lluvias, y que por cubrirla las aguas no podria echarla de ver ni menos evitarla: además de que informado del estado de las cosas el Superior, lo cual tomaban ellos á su cargo, no podria menos de aprobar el que continuase hasta su término la mision ya comenzada. Pero todas estas razones no bastaron á detenerle, respondiendo siempre y á todos, que «el verdadero obediente debe tener mas piernas para correr á la ejecucion que cabeza para examinar los mandatos del Superior, y que jamás podia ser grata al Señor una buena obra contra su espresa voluntad; que por lo que á él tocaba, tendria por gran dicha el perder aunque fuese la vida á trueque de no perder el mérito de la obediencia. Mas no lo permitió Dios, supliendo á la insuficiencia humana con su Providencia divina. Y en efecto, aquel viaje fue tan feliz, que cuantos quisieron acompañarle para mayor seguridad, todos lo tuvieron por gran prodijio.

16. Estimulado por su caridad á ayu-

dar en sus oficios al portero, al sacr
al cocinero y á cualquiera otro, les
ció siempre con la misma puntuali
prontitud que al Superior de toda la
No bastando los deliquios mas mortal
ra hacerle salir del confesonario, en
tenia clavado siempre una multitud
clavos sus penitentes, una señal sola
cristan que le llamase á dar la Comu
á decir Misa, le sacaba al momento.
que ó el deseo de humillarse mas y
el amor á la santa pobreza le acon
que escojiese para sí aun en los ornan
sagrados los mas usados y menos pre
al oirse intimar aun en voz alta é imp
como le sucedió varias veces, que s
siese el que le estaba preparado, sin d
gar sus lábios corria el humilde y obe
religioso á revestirse; cosas que podrá
recer á los menos inteligentes menud
de ningun valor, pero no así á quien,
diendo de perfeccion, sabe cuánto val
lante de Dios, en cuya balanza no pes
to la obra material cuanto el fin vi
del que la hace. Finalmente, tuvo si
la misma sujecion y total dependen
catequista que le acompañaba en tier

misiones, y tan subordinado estaba á su parecer, que no una vez sola interrumpió alguna mision particular, ó varió el lugar destinado para darla, solo porque su compañero lo juzgó así conveniente.

17. De lo dicho hasta aquí es facil conjeturar cuál y cuánta sería su exactitud en la observancia de la mas mínima regla de su instituto. Lo cierto es que, por testimonio de cuantos vivieron con él en una misma casa por espacio de muchos años, no se notó que infringiese jamás advertidamente una sola. A cuyo efecto ponia él en práctica aquella gran máxima que inculcaba siempre á todos; á saber, que no habia guarda mas fiel de la observancia regular en los claustros, que el silencio y el amor á la propia celda, de la cual no deberia salir el religioso sino sacado como por fuerza por la necesidad, obediencia ó caridad. Lenguaje propio de los santos, y tanto mas eficaz á persuadir lo que enseñan en materia de espíritu, cuanto que hablan mas á la vista con los ejemplos que á los oidos con las palabras.

CAPÍTULO IV.

Ardiente deseo que tuvo de padecer. Malos tratamientos que por lo mismo usó con su cuerpo; y cómo probó Dios su espíritu con duras persecuciones.

---

1. Solia comunmente decir el P. Claver, que la senda mas segura y corta para llegar al perfecto amor de Dios era la de los padecimientos. Bien persuadido de esta máxima declaró desde el principio una tan cruda guerra á su cuerpo, que con dificultad se hallará vida mas mortificada y áspera que la suya. Apenas entró en el apostolado consideró como un deber indispensable de su ministerio, para imitar á Jesucristo en el celo y amor de las almas, e perseguirse á sí mismo; y lo traia á la memoria frecuentemente, añadiendo que debíamos dejar de ser nuestros por ser enteramente suyos. Y porque su humildad le hacia tenerse por indigno de la honra de ser martir á manos de los bárbaros, comen

zó á labrarse por sí mismo un martirio tanto mas doloroso cuanto mas duradero.

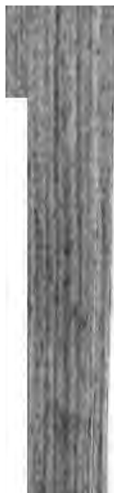
2. Es poco decir que negó constantemente á sus sentidos todo cuanto en alguna manera podia halagarles ó servirles de alivio, cuando sabemos que buscaba de propósito toda ocasion de disgustarles. Desde que salió de Europa, jamás quiso saber de ella ni de los parientes ó amigos, como si nada le tocaran; preguntando únicamente en general por las necesidades de la Iglesia y de la Compañía, para hacerse medianero con Dios por ellas. Por solemnes que fuesen en Cartagena las fiestas cuando, al aparecer las flotas y armadas en aquel puerto, salian á recibirlas toda la nobleza, la guarnicion y el pueblo con gala y alegría, saludándolas con luminarias, fuegos artificiales y repetidas salvas de artillería, nunca permitió á sus ojos la inocente satisfaccion de verlas, á pesar de que no debia costarle mas que asomarse á la ventana de su aposento. El trato con el bajo vulgo y con la gente mas miserable, en que ponia sus delicias, tenia por principal mira el padecer, atormentando así varios sentidos á la par, con la vista y la relacion de

3. Su vida puede llamarse con
un perpétuo ayuno; y fué opinion
sonas prudentes que vivia solo por r
no pareciendo cosa natural que s
vase por tan largo espacio de tiemp
fatigas con sustento tan escaso y
poca sustancia como era el suyo, pr
mente en un pais donde á causa d
sivo calor se debilitan de tal modo l
pos, que para no desfallecer del
indispensable reparar cada dos ó tr
las fuerzas con algun alimento. No
te la tarea contínua de toda la
empleada en obras de caridad, con
dida de espíritus vitales que le red
no poder tenerse en pie y qued
aliento, decia siempre la última Mi

lo, y ya en el confesonario. Una vez entre otras, vuelto en sí al cabo de largo rato, dijo á quien le ofrecia no sé qué confortativo: "no, no, que no lo merezco, por no haber hecho en todo el dia de hoy cosa buena."

4. De no menos tormento que sus ayunos le sirvieron sus alimentos, prohibiéndose para siempre á sí mismo el uso de la carne, del vino, frutas y chocolate, de que allí se hacia grande uso, y que le habia aconsejado el médico como remedio para su estómago. Su manjar ordinario era el bizcocho y galleta de los esclavos, ó un pedazo de pan de cebada con ajos; y como si fueran estos manjares demasiado delicados, los condimentaba con ceniza y polvos de amarguísimas yerbas secas. Ponderando él una mañana no sé qué vianda quiso por curiosidad probarla uno que lo oia, y la halló tan fétida y asquerosa, que al primer bocado sintió que se le revolvia enteramente el estómago.

5. Su cama, como dijimos, era la desnuda tierra ó una pelleja, ó una simple estera con una dura piedra por cabecera; y á pesar de ser su sueño brevísimo, lo interrum-



seglares que oyendo al pasar bajo
tana el estrépito de aquella ca
compadecidos del santo varon acu
los superiores, para que con el fre
obediencia moderasen su fervor
Llagado ya con las disciplinas, que
cáñamo retorcido y encerado, ó
jidas de alambre, atormentaba de n
llagas con un gran cilicio de crines
ballo, que le cubria todo desde el cu
ta la cintura. Los brazos, muslos
nas tenian tambien su cilicio, sin
quedase parte alguna del cuerpo
particular tormento, hasta apreta
dedos de los pies con soguillas d
marino; tanto que, visitándole el
en no sé qué enfermedad imprevista

presente que la caridad tiene sus propias alas, y que en los santos, el vigor del espíritu sabe superar todo corporal impedimento.

6. Singularísimo fué un nuevo modo que inventó de atormentarse, y á mi ver nunca oido. Mientras que recorria las aldeas circunvecinas dando misiones, repararon algunos que casi todas las noches salia de su casilla, ó mas bien cabaña, y pasaba muchas horas al aire libre. Pusiéronse en acecho, sospechando que saliese á hacer oracion ó á disciplinarse, como lo tenia todo el año por costumbre, y vieron con no menos horror que maravilla, que desnudándose desde el cuello á la cintura convidaba á los mosquitos, tábanos, abispas y mil otros molestísimos insectos que inundaban aquel pais á que saciasen el hambre en sus carnes; y aceptaban con tanta avidez el convite, que cubriéndose en un instante de ellos todo su cuerpo como con un denso velo, le taladraban y acribillaban de tal modo con sus aguijones, que á poco rato era todo sangre. Saciados ya los primeros, «vaya, les decia, vosotros ya habeis sacado vuestra parte, id en paz, y dad lugar á los

7. Despues de esto no parece
cosa el que tuviese contínuament
aposento en el rigor de los calores
brasero encendido, ni que le sir
barbero un negro que le ensang
toda la cara, ni que alargase tanto
cion, ya cosida con el suelo la b
con una mordaza en ella y los b
cruz; ni que obligase á quien le
cuando enfermo y paralítico no l
hacer por sí, á que le vistiese t
mañanas sus cilicios como cuando
sano, y otras cien crueles industr
escojitó para mortificarse. Baste de
al abrirse despues de su muerte e
rio en que tenia guardados sus inst

dolorosas que sean, el ser voluntarias hace que el corazon no las mire de mal ojo, hallando en su eleccion algo de propio. No puede decirse otro tanto de las persecuciones que sin querer vienen de fuera; hieren estas el espíritu, y causan tanto mayor llaga en el corazon de los santos, cuanto que con su punta pasan tambien á herir el corazon mismo de Dios. No le faltaron, pues, al santo varon muchas y muy molestas, suscitadas por el demonio para desacreditar y abatir á un enemigo que le arrebataba diariamente tantas almas. Pero este fue justamente el gran golpe de reserva con que Dios, permitiéndolas, quiso hacer la última y mas dura prueba de su fiel siervo.

9. Habíale prevenido para esto muchos años antes allá en Mallorca por medio del Beato Alonso Rodriguez, pues jamás entablaban conversacion alguna espiritual en que, para bien pertrecharle, no le dijese el santo anciano: «Escucha ó Pedro, é imprímelo bien en tu corazon; muchos malos ratos causarás algun dia al demonio, pero ten por seguro que muchísimos ha de darte él tambien á ti. No te desalientes por eso, porque teniendo una buena causa, por

grande que sea la batalla la victor
tuya. Suscitará ciento y mil lengu
tra ti, pero ¿qué importa? O será
que cuenten de ti, y sin turbarte
á Dios perdon y procurarás enm
pronta y sériamente, ó no habrá
defecto, y lleno de una santa alegr
decirás al Señor, y le darás gracias
te hace digno de padecer por él
cosa." Otras veces le decia: "Si q
hijo mio Pedro, vivir tranquilo, en t
ceso próspero ó adverso hazte jume
Señor: *sicut jumentum factus sum*
te. Mira cómo se porta el jument
murmura de él, calla; si le cargan
siado, calla; si no le dan de comer
si le apalean, calla; en suma, por r
le traten, siempre calla, y nunca se
Documentos que, grabados desde e
profundamente en el alma del fervo
ven, los puso despues con toda pe
en práctica.

10. Y en primer lugar, much
dieron que hacer y padecer dura
apostolado, como hemos dicho, los
los negros. Porque como los mas
saban sino en estar bien servidos

esclavos, sin dárseles nada de que lo estuviese ó no el Señor de todos, daban contínuas quejas y demandas contra el celoso misionero, porque teniéndolos ocupados largas horas en ejercicios devotos les daba ocasion de ser flojos, y con sus demasiadas caricias los hacia insolentes. Por lo cual, al presentarse el Padre en sus casas á buscar aquella pobre gente, no fueron pocos los señores que, cargándole de baldones y de injurias, le dieron enojados con la puerta en los ojos, prohibiendo á todos sus siervos, so pena de sendos latigazos, que volviesen á hablar con él. Y aunque, entrando despues en cuentas consigo mismos, se los enviaban espontáneamente, convencidos por la esperiencia de lo muy útil que era á los amos que sus esclavos estuviesen sujetos en lo espiritual al P. Claver, tuvo sin embargo que estar peleando siempre, y ganar el terreno á palmos.

11. Tuvo además frecuentísimos y muy pesados encuentros con gente de mala conducta. Ofendidos estos de sus saludables reprensiones, ó de que les arrancaban la ocasion de mal vivir, á mas de injuriarle con los afrentosos apodos de maligno, em-

bustero, hipócrita y seductor, le pı
muchas veces puñales al pecho, ame
dole con heridas y muerte si no dej
molestarles. Y entre otros muchos
debe referirse aquí lo que acaeció cc
señora, que incomodada con el siei
Dios habia jurado vengarse. Con sen
intento, finjiéndose enferma mandó
suplicasen fuese á su casa para conf
pero la confesion fué, que luego que
el Padre en su cuarto se le abalanzar
hombres armados, prontos á hacer d
peor que se les mandara. Bien es
que todo el infierno no tenia fuerza
tantes para intimidar á aquel cora
así, sin turbarse á tan inesperada sc
se arrodilló, y con las manos cruza(
bre el pecho y los ojos fijos en el
"si es voluntad de Dios, dijo, que yo
ra, he aquí la vida;" á cuyas pa
confusa al principio la señora y d
compunjida, le pidió perdon de su
tado, y no le dejó salir de allí sin
con él mismo una dolorosa confesion
ral de sus culpas.

12. Mas sensibles aunque meno
grosas fueron para el P. Claver a

contradicciones domésticas, en las cuales, cuanto mayor certidumbre tenia de la recta intencion de sus contradictores, tanto mas le hacia su humildad recelar de sí y de la rectitud de su proceder. Y aunque la larga esperiencia de tantos años, la aprobacion de todos los superiores pasados, varones igualmente doctos que piadosos, y el fruto tan abundante que recojia, justificaban de sobra su conducta, reconociendo no obstante la voz de Dios en la del superior, cualquiera que fuese, se atuvo siempre á lo mas seguro, que es obedecer prontamente y á ciegas, con tanta docilidad y sumision que no hubiera hecho mas un principiante en la escuela del espíritu, ó un novicio en el arte de dirijir bien las conciencias.

13. Y ciertamente que su humildad halló buena coyuntura en medio de estos trabajos, para aprovechar y ahondar mas sus raices en aquel corazon. Una de las lecciones que con mas eficacia solia él inculcar á sus discípulos, era esta: que el verdadero humilde, antes que querer parecerlo quiere ser tenido por vil, y que su voluntaria tolerancia en los trabajos se repute

tan arduo, y por tantos títulos di
nisterio de instruir á los negros
«¡Gran cosa! ¡gran cosa! que yo
jamás hacer un poco de bien sin cau
cho mal y alborotar toda la casa; n
es propiedad de quien es ignorante
creto y para nada, como yo.» Rep
por el mismo superior por haber
con alguna acrimonia á una señora
modestia en el traje y el estrem
con que iba á la iglesia, se postró
le perdon, añadiendo: «Sí, P. Rec
gueme bien la mano, que no es r
poco para domar esta bestia.» Pe
humildad mucho queda que deci
capítulos siguientes.

CAPÍTULO V.

Su profunda humildad.

1. Por grande que fuese el empeño del P. Claver en adquirir todas las virtudes cristianas y religiosas, ninguna en mi juicio estimó mas ó cultivó con mas esmero que la humildad, por ser esta el fundamento y base de todas, y servirles como de escudo contra cualquier asalto. Sentia tan bajamente de sí y de sus cosas, que á pesar de los grandes méritos que habia contraido con Dios, y de los escesivos dones recibidos en tanta abundancia de su mano, se consideró y trató siempre como el mayor pecador del mundo.

2. De cualquier cosa que se le pusiese por delante sacaba motivos de abatirse. Contemplando los cielos y las estrellas, le oian esclamar: "¡Gran cosa! ¡gran cosa! tantas nobles criaturas no cesan jamás de hacer la voluntad de Dios, y yo, vilísimo gu-

sano, me resisto tanto á ella!» A vista de las yerbas y flores, «ved, decia, con cuánta fidelidad corresponde la tierra á las influencias del cielo, y mi corazon, regado con tantas gracias, apenas sabe producir un buen pensamiento!» Cuando se encontraba con comerciantes ó militares, cubriéndose de vergüenza el rostro solia decir: «¿Y será verdad que estos hagan y padezcan muchísimo mas por un humo vano de honor y por un puñado de tierra, que lo que yo padezco y hago por un reino eterno?» La vista de algun artesano en el acto de desbastar un madero con la azuela, ó de dar formas al hierro con el martillo, ó de sudar y afanarse en su oficio, le hacia esclamar: «¡Ay Dios mio! si no haceis vos otro tanto conmigo, jamás ablandareis mi dureza.» Reparando un dia en ciertos animales inmundos que se revolcaban en el cieno, dió un profundo suspiro y dijo al compañero: «Ved ahí; lo mismo soy yo, que estoy siempre sumerjido en el lodazal de mis culpas.» Y acompañaba estas humildes espresiones con tantas lágrimas, que bien se echaba de ver que las decia de corazon.

3. Persuadido, como hemos dicho, de

que el verdadero humilde, antes que parecerlo hace cuanto puede para que le reputen por vil, se valia de todo el artificio posible para que los otros le despreciasen, hasta llegar á desacreditarse él mismo, y casi diria á calumniarse. Cuando instruia á los negros recien llegados cedia siempre el primero y mas digno puesto á los intérpretes, aunque fuesen esclavos, mandándoles sentar con comodidad y quedándose él de pie, ó mal sentado sobre un gran frasco vacío; y porque uno que lo advirtió varias veces casi se escandalizó, y los reprendió ágriamente tratándolos de groseros, salió el Padre á su defensa, diciendo que «así lo requeria su elevado ministerio de intérpretes, por el cual se hacian beneméritos de la fe y de Dios, mucho mas que él con todas sus fatigas.»

4. Era el P. Claver, como dije en otra parte, hombre de raro ingenio y de instruccion no vulgar; y sin embargo, consultado sobre materias científicas se encojia de hombros y decia: «Aquí es menester oir á hombres doctos, que yo por mí no alcanzo á tanto ni sé hilar tan delgado: harto haré si llego á saber instruir bien á los esclavos.»

delicado de los nobles; y porque est
lo mismo le buscaban con mas empei
la verdad, decia, habrá de creerse q
soy un grandísimo hipócrita, pues
tratan. Si ellos me conocieran por l
soy, huirian de mí mas que de un he
cadaver."

5. Nada le sonrojaba tanto como
sus alabanzas; y usar con él semejant
guaje, era lo mismo que renunciar
nerle por bienhechor y amigo. Una
muger socorrida por él con gruesa li
comenzó á esclamar, que con sobrada
corria por todo el Perú la voz de habe
pendido Dios, en gracia del Padre, l
destruccion de la ciudad de Cartagena

diera pegar algo, corrió al hospital público á poner su boca en la asquerosísima llaga de un enfermo, maltratándose al mismo tiempo con mil ignominiosos improperios.

6. Por el contrario, apreciaba y amaba mas á los que, ó mostraban no hacer caso de él, ó le menospreciaban de algun modo. Con estos trataba mas gustoso, y mostraba siempre hácia ellos mayor estima, sumision y deferencia.

7. Aun dentro de las paredes domésticas se vió espuesta su humildad á mas de una prueba; pero por duros que fuesen los encuentros, solo sirvieron para mas fortalecerla. Un Hermano coadjutor que le tenian señalado por compañero, tuvo un dia el atrevimiento de ultrajarle en un momento de cólera con los sensibles dictados de hipócrita, fachendon, inquieto, y alborotador de todo el Colegio. Oyóle tranquilo el siervo de Dios sin turbarse ni responder palabra, y luego, postrándose á sus pies, quiso absolutamente besarlos. La misma humillacion practicó una mañana delante de muchos Padres y de algunos seglares con el sacristan, que disgustado por una cierta falta involuntaria del Padre, le llamó atolondrado.

8. Otra vez, que vió entrar en la iglesia á una señora de distincion con mas fausto y vanidad de adornos que llevara á un teatro, no supo refrenar su celo, y saliéndole al encuentro, con afabilidad y cortesía la hizo ver la enorme afrenta que hacia á la divina Magestad y á la casa del Señor; pero ella, como es propio de tales damas, en vez de aprovecharse de la amorosa correccion se irritó sobre manera, y levantando la voz se puso en la iglesia misma á injuriarle gravemente, pidiendo satisfaccion del que ella miraba como grandísimo agravio hecho á su condicion y rango. Acudió á las voces el sacristan, y oyendo las altas quejas de la señora se creyó obligado á dar parte al Superior, que era cabalmente aquel mismo que, como he insinuado ya, discordando en varias cosas del siervo de Dios, le habia dado no poco que sufrir durante los años de su gobierno. Bajó el Rector á la iglesia, oyó el hecho, y no sabiendo de qué otra manera calmar la furia de la señora, empezó á reprender al Padre en presencia de ella, y á tratarle de inconsiderado é indiscreto, y acostumbrado á proceder mas por ímpetu que por celo, sin distinguir el mérito y calidad

de las personas; á cuya reprension el humilde religioso se arrojó á sus plantas, le pidió perdon del escándalo dado, besóle los pies y pidió penitencia de su falta, con tanta confusion de la dama, que entrando dentro de sí y avergonzándose de su injusto resentimiento, concibió una altísima opinion de la virtud del siervo de Dios, y se resolvió á entablar desde aquel punto, como lo verificó, un tenor de vida mas cristiano y edificante.

9. El acto que hizo de consagrarse enteramente y por toda la vida á la cultura espiritual de los negros, no fue solo efecto de su caridad, sino de su humildad tambien, por cuyo impulso, dejando á otros los ministerios de menos molestia y de mas lucimiento, tomó á su cargo especialmente en los hospitales los mas trabajosos y despreciables, como barrer diariamente, asear á los enfermos mas asquerosos, acarrear agua, leña, carbon, y cuanto con dificultad hiciera el mozo mas ordinario. Veíasele, al menos dos dias á la semana, mal vestido y casi andrajoso, ir oprimido cual jumento bajo la pesadísima carga, ya de comestibles, ya de lienzos para los enfermos y encarcelados; y no fueron

pocas las veces que recojiendo en medio de las calles, en que yacian desamparados, á los pobres mutilados, llagados ó calenturientos, los cargó sobre sus espaldas y los llevó largo trecho hasta proporcionarles asilo.

10. En la reparticion de la limosna diaria á la puerta del Colegio, no es fácil definir si ganó mas almas para Dios que desprecios y humillaciones para sí mismo. En estas ocasiones comia ordinariamente en un mismo plato con los pobres mas sucios y asquerosos, y de los restos que ellos mismos dejaban, usando de propósito sus rústicos y groseros modales para parecer uno de tantos. Acabada aquella obra caritativa les lavaba las manos, fregaba las ollas, componia los esportillos, lavaba los asientos, barria el suelo, y en suma, él solo lo arreglaba todo.

11. Semejante pábulo procuró él siempre á su humildad aun dentro de casa, en aquellos momentos que alguna que otra vez le sobraban de las tareas de su ministerio. En ellas este hombre lleno de Dios se ocupaba entera y constantemente, como si fuera el último y mas desocupado del Colegio, en suplir ó ayudar al portero, al enfermero, cocinero y demás empleados en los

oficios domésticos; y testigos oculares que vivieron con él toda ó la mayor parte de su largo apostolado, deponen que no economizó jamás su ayuda ni aun cuando se trataba de quitar á su tiempo el hollin de la chimenea de la cocina.

12. En los cuatro años últimos de su vida, abandonado de todos por permision divina, y dejado, como veremos, al cuidado de un solo esclavo, el mas atrevido é insolente de los que habia en la casa, lejos de dar quejas á los Superiores le tuvo siempre grandísimo cariño, diciendo ordinariamente que merecian mas sus pecados. Rogándole á la hora de la muerte que se acordase en el cielo de aquella ciudad, por cuyo bien habia trabajado tanto durante su vida, prorumpió en amarguísimo llanto, y dijo: «Harto poco he trabajado, y eso poco lo he echado á perder con mis impaciencias.» La única gracia que suplicó moribundo á sus Superiores, fue que le enterrasen á los pies de sus amados negros, no mereciendo, como él decia, estar ni aun muerto con los de la Compañía, cuya sotana habia deshonrado con su mal porte.

13. Bien es verdad que lo mas heróico

las horas de la noche sus mas rígid
tencias y largas oraciones, seguro
ella las ocultaria bajo el velo de su
blas y le guardaria inviolable sec
porque el P. Sebastian Morillo, Re
Colegio, que solia confesarse con e
de Dios, cabalmente á hora avanzad
contró varias veces, ora entregado
tificaciones muy estrañas, ora eleva
tierra y absorto en dulcísimos éstas
dose descubierto, lleno de confusion
humildemente que, ó escojiese ot
para confesarse, ó tomase otro confe
en adelante.

14. Llevando á mal que sus
se atribuyesen á virtud y se conta

vulgares, y por lo mismo de ningun valor y estima. A cualquiera que alababa su infatigable laboriosidad por la gloria de Dios y bien de las almas, sin tregua ni reposo, decia: «Así deberia ser, mas á la verdad no lo es; y antes bien mi trabajo es todo obra del amor propio. Un temperamento fogoso como el mio necesita este desahogo, y pobre de mí si estuviera sin hacer nada.» El contínuo trato con los esclavos y gente baja, en sus lábios no era mas que una soberbia secreta, celosa de ocultar á los demás sus propios defectos: «porque los pobres, añadia, y los idiotas, como son mas cortos de vista, conocen menos mi flaco y no me dan cortedad.» Oyéndose aclamar como hombre de gran mortificacion por haberse familiarizado tanto con las llagas y gangrenas que las besaba y chupaba, echando la cosa á risa respondia: «Si el ser santo consiste solo en tener un buen estómago, grosero y material, ciertamente lo soy.»

15. Con el mismo velo de la humildad trató el santo varon de encubrir los milagros que obraba, y sobre todo las portentosas curaciones hechas por él instantáneamente en los hospitales públicos y en las

casas particulares, valiéndose unas veces de *Lignum Crucis*, otras del agua bendita otras de la medalla de San Ignacio, y otra de las oraciones de los circunstantes, ó final mente de la aplicacion de ciertas yerbas emplastos, por sí mismos de ninguna efica cia para producir algun buen efecto; y tod á fin de que no se atribuyese la cura á su méritos, sino al contacto y eficacia de tal cosas, y á ellas se tributase toda la ala banza. En prueba de esto citaré dos sol de los muchos sucesos milagrosos de qu están sembrados los procesos de su canoni zacion, con los cuales terminaré este ca pítulo.

16. Abandonada enteramente de lo médicos estaba ya para morir una esclav de Gaspar de los Reis, y no le quedaba mas que pocas horas de vida, cuando, ó po casualidad ó por divina revelacion, entr sin que le llamasen en aquella casa el sier vo de Dios. Mientras que con su acostum brada caridad y dulzura estaba consolando la moribunda, dirijiéndose á él una hija d Gaspar, que estaba presente: «Padre, l dijo, ¿creeis que pueda curar la enferma?— ¿Y por qué no? respondió; toma un poc

de yerbabuena, machácala muy bien, y disuelta en un poco de agua dásela á beber al instante." La enferma la bebió, y con esto solo, resucitando de muerte á vida, se encontró sana enteramente.

17. Mas verosimil fué el pretesto bajo el cual quiso ocultar otro milagro, atribuyéndolo al mérito de la enferma y al patrocinio de un santo; bien que no sirvió sino para darle mayor lustre, por habérsele escapado impensadamente una profecía en que todos conocieron la revelacion que tuvo en aquel momento. Una negra llamada Antonia, esclava de Manuel Lopez de Estremoz, muger de gran piedad y sumamente caritativa con los enfermos del hospital de San Lázaro, se hallaba ya á los últimos de su vida, y el siervo del Señor, que por su caridad la amaba mucho, llevaba ya tres dias y tres noches á su cabecera, sin separarse un momento de su lado, consolándola, asistiéndola, y rogando al Señor que se dignase curarla para bien de los pobres. La última noche, que era justamente la víspera del dia en que la Iglesia hace mencion de San Lázaro resucitado por Cristo, acercándose el santo va-

ron al oido de la enferma, y poniéndol
mano sobre la cabeza, «Antonia, le d
esta es la hora de la resurreccion de l
zaro, dale muy de corazon las gracias
que te ha impetrado la salud:» y lue
volviéndose á los presentes, «ea pues, a
dió, yo me retiro, la enferma está bu
y no ha menester de mí.» Dicho y hec
ella pidió su ropa, se levantó y se vi
por sí misma, empezó á pasear por su l
bitacion, sana, vigorosa y con fuerzas
mo si jamás hubiera estado enferma. Sol
vivió muchos años, sirviendo siempre
gran fervor en aquel hospital; y no sa
fecha con esto su gratitud, poniendo á p
te el dinero que ganaba entre año con
labores, todo lo gastaba en una gran
mida que daba anualmente á los pol
enfermos en el dia aniversario de su cu
cion, en reconocimiento del beneficio,
maravilla y edificacion de toda la ciudad

18. Mas nò hay velos tan densos
sean capaces de esconder un gran r
plandor sin que se trasluzca y dé en
ojos. Jamás logró con todas sus ind
trias desvanecer la fama de taumatu
manifestándose bien á las claras á t

el mundo, atendidas todas las circunstancias, que él y no otro era el autor de los prodigios, y que *virtus de illo exibat et sanabat omnes.*

CAPÍTULO VI.

Enriquécele Dios con abundancia de dones sobrenaturales.

1. Cuanto mas se empeñaba el P. Claver en ocultarse á los ojos del mundo, tanto mas se complacia su buen Dios en hacer patentes al mismo sus méritos y virtudes, colmándole á manos llenas de aquellos dones mas brillantes con que su providencia, siempre amable, suele adornar la santidad cuando la obliga á aparecer en público y á presentarse con gran gala. No pocas veces, predicando al pueblo, ofreciendo el divino Sacrificio, oyendo en la iglesia confesiones, ó sirviendo á los enfermos del hospital, le vieron todos cercado el rostro de resplandores, que deslumbraban á cuantos fijaban en él la vista. Lo mismo le vieron

en el acto de lamer las llagas de u
do leproso, y de auxiliar á un
ajusticiado, y cuando rezaba d
con los pobres de San Lázaro las
acostumbradas delante del pórt
iglesia. Hubo tambien quien, al
delante de su aposento de noche
salia por las rendijas una luz tan
dudando si sería fuego ó algun ot
accidente, abrió; y en efecto, el acc
bien estraordinario, pues todo el
un mar de luz, y en medio estal
cion el siervo de Dios elevado en

2. Obligado por sus indispo
dormir con luz en el aposento, s
ron dos cosas notabilísimas, y c
milagrosas. La primera fué, qu
que el negro que le servia cuidal
parar la vela (porque el aceite es
cho en aquellos paises), no bastab
para toda la noche; por el cor
pasaba por las manos del P. Cl
del negro, como si por aquel cont
riera una especial virtud, bastal
para alumbrar hasta que despunt
La otra cosa no menos estupend
consumida la primera vela y ye

gro en busca de luz para encender la segunda, al entrar de nuevo en el cuarto, muchas veces la hallaba encendida; y preguntando al Padre con maravilla quién la habia encendido, «déjate, hijo, oia por respuesta, déjate de preguntas y vete á descansar.

3. La enajenacion de los sentidos, los estraordinarios encendimientos del rostro, los amorosos deliquios, los éstasis, los raptos, puede decirse que le acompañaban siempre que, desocupado de otras obras de caridad, podia unirse mas íntimamente con el pensamiento y afecto á su amado Señor. Hay muchísimos testigos oculares que en ocasiones diversas le vieron elevado largas horas, ya dos, ya tres y aun á veces mas palmos sobre la tierra, como si hubiera perdido el cuerpo aquel peso que agrava al espíritu, ó se hubiera vestido, viajero en la tierra, de aquellas dotes que son propias únicamente de los moradores del cielo.

4. Mas liberal se mostró Dios con su siervo, ilustrando su entendimiento con luz superior para descubrir cosas muy lejanas y ocultas, sin esceptuar los secretos mas recónditos de los corazones. No inten-

to referir todos los casos pertenecientes á semejante materia, pues solo sus profecías ascienden á muchos centenares. Referiremos pocos, sacados de los procesos auténticos y de otros autores que de él escribieron, de los cuales me he valido para componer la presente historia.

5. Iba un dia el P. Claver á visitar á sus enfermos, cuando parándose á la mitad del camino dijo al compañero: «Hermano mio, volvámonos atrás, y corramos á poner en salvo á un alma.» Acelerando el paso entran en una casa, y encuentran á un pobre español que, conducido por la estrema miseria á la desesperacion, acababa entonces mismo de ahorcarse de una viga, y todavía respiraba. Cortado prontamente el lazo le tomó en sus brazos el siervo de Dios, y empleó en él tan felizmente el arte propio de su caridad, que logró volverle en sí, y sanarle tambien del todo. Curado así el cuerpo se aplicó á la cura del alma, y mostrándole el grave riesgo que habia corrido de condenarse para siempre, le compungió, confesó é instruyó, trocándole enteramente en otro hombre del que antes era, muy resuelto á salvarse, y anima-

do á llevar gustoso la cruz que Dios le ofrecia.

6. De sí mismo refiere Manuel Rodriguez, que mientras aguardaba una noche junto á un arbol una ocasion de ofender á Dios, acertó á pasar por allí el P. Claver de vuelta de un moribundo, y á pesar de la oscuridad que impedia el divisarse uno á otro, volviéndose el siervo de Dios hácia aquel paraje, «repara bien, le gritó, repara bien, que justamente detrás de ese mismo arbol está en acecho la muerte." No fué aquella una voz para Rodriguez, fué un trueno. Espantado emprendió inmediatamente la fuga, y no volvió á pensar en poner en ejecucion su malvado intento.

7. Un cierto Tomás Lopez abrigaba de mucho tiempo atrás un ódio mortal contra el asesino de un hermano suyo, y no pudo el P. Claver, por mas que hizo, inducirle ni á él ni á su madre á que le perdonasen. Enfermó ésta entre tanto, y visitándola el P. Claver, al verla en suma pobreza le puso en la mano una buena suma de dinero. Súpolo el hijo, y sospechando que aquella limosna pudiera ser el precio con que pretendiese el P. Claver com-

dote sorda á los llamamientos de Dios, que dentro de poco nos veremos." La amenaza fué una profecía, y la profecía en menos de dos semanas llegó á ser historia, pues asaltada la impúdica muger de un furioso accidente con el cómplice de sus escándalos al lado, murió en desgracia de Dios.

11. Doña Constanza de Luna habia dado á luz en un parto dos niños, los cuales por un mes entero no cesaban de llorar dia y noche, sin que se pudiese dar con la causa, con gran molestia de toda la familia. Acudieron al P. Claver como á hombre, por dicho comun, ilustrado de Dios singularmente: quiso éste verlos, y, "¿son estos, dijo, los picaruelos? ¿Y dónde está el agua para bautizarlos?—Padre, los bautizó recien nacidos la partera.—Sí, pero los bautizó mal." En efecto, examinada la muger se halló que el error cometido era esencialísimo, y el sacramento sin duda nulo. Renovó el Padre sobre ellos en la forma debida el bautismo, lo cual bastó para aquietarlos, y restablecer la tranquilidad en toda la casa.

12. Un joven disoluto fué á buscar al *P. Claver*, mas por temor de sus padres

que por voluntad propia, y le suplicó que le confesase. ¿«Y por qué no? respondió el Padre. Pero y tú, ¿por qué no vienes preparado? Vete al pie del altar, disponte primero, y luego vuelve.» Hecha una breve oracion, he aquí que se le presenta de nuevo el joven, y penetrándole lo íntimo del corazon, «hijo mio, le dice, con Dios no se juega, tú estás ahora mismo menos dispuesto que antes. ¿Es posible que no quieras apartar de tu imaginacion aquella muger?» Y al decir esto, tomándole por la mano le llevó delante del Santísimo Sacramento, y rezaron juntos cinco Padre nuestros y otras tantas Ave Marías. Dicho y hecho: desde aquel punto quedó el joven enteramente trocado. Concibiendo de repente un grande horror de sus culpas, con lágrimas en los ojos y contricion en el corazon se confesó, y no volvió á pensar en tal muger, como si jamás la hubiera conocido.

13. Entre otros esclavos que tenia Doña Mariana de Bellido, habia uno muy viejo llamado Leon, y hacia ya muchos dias que el P. Claver le buscaba con grande empeño. No hallándole, suplicó á su ama

que se lo mandase tan luego como volviese
Vióle finalmente, y estrechándole amorosa
mente á su pecho, "¿vamos, Leon, á con
fesarnos?—Padre, á decir lo que siento
no tengo ese ánimo.—Hijo, quien tien
tiempo no aguarde tiempo. Créeme, ven
confiésate." Por el crédito que á todos me
recian sus palabras se rindió el esclavo,
prévia la necesaria preparacion se confesó
Todavía iba por la calle de vuelta á casa
cuando le acometió un mal tan violent
que, sin dar lugar á remedios, le quitó e
pocas horas la vida, aunque no sin el con
suelo de tener al lado á su amadísimo P
Claver, que llamado para que le asistiese
tuvo tiempo de administrarle los último
sacramentos, despues de los cuales plácida
mente espiró en sus manos.

14. Un muy diverso caso le sucedi
en la persona de una tal Bernardina, escla
va tambien de la misma señora Bellido
Sorprendida la infeliz de un mortal para
sismo y perdidos los sentidos, la creyeron
muerta. Mas por dicha suya llegó sin sa
ber cómo el P. Claver, y apenas la vió
"*no, dijo* resueltamente, no ha muerto l
esclava, ni morirá." Llamóla por su nombre

y ella abriendo los ojos respondió; y un momento despues, haciendo con él su confesion, se sintió perfectamente sana.

15. Estaba á punto de partir para Europa Doña Teodora Banquelez, esposa de Don Gabriel de Mencos, caballero de Calatrava y Gobernador de Santa Marta, señora joven y de complexion escelente; y antes de embarcarse quiso despedirse del P. Claver, é implorar el socorro de sus oraciones. Agradeció el Padre aquella atencion, y con religiosa urbanidad, "vaya V., señora, le dijo, con la bendicion de Dios, pero atienda que despues de este viaje deberá bien presto emprender otro mucho mas largo." Ella le preguntó con curiosidad cuál sería y hácia donde, y el Padre le significó que para la otra vida; que Dios queria llamarla á sí; que se sometiese á la voluntad divina, que todo lo hace para nuestro bien, y se preparase á dar aquel gran paso con el posible mérito. Cuanto le predijo se verificó á su tiempo. Aportó la señora despues de una próspera navegacion de ida y vuelta á Santa Marta, enfermó gravemente, y al cabo de pocos dias acabó santamente su vida.

16. Estaba enfermo en casa de Doña Juana de Simancas, señora de alto rango, un esclavo llamado Gaspar, pero no tanto que diese cuidado; cuando he aquí que sin ser llamado llega el P. Claver, y con mucha prisa pregunta por Gaspar; le visita, le anima, y con suavidad y eficacia le induce á que se confiese. Concluida la confesion se despide de los de casa, y les dice: "Cuidado que asistais bien al enfermo y no le perdais de vista." No bien habia salido, cuando entrando los otros en la alcoba le encontraron muerto repentinamente.

17. A Manuel Fernandez, joven de grandes esperanzas, persuadió el siervo de Dios que dejase el siglo y vistiese el hábito religioso, porque moriria en tal mes de tal año. Con tal profecía, que sabia él solo, prosiguió Fernandez sus estudios aún por muchos años en Santa Fe, hasta que graduado en las ciencias volvió maestro á Cartagena á tiempo que no vivia ya el P. Claver, y allí bastante despues llamado del Señor vistió el hábito de San Francisco. A los pocos meses de noviciado enfermó, y porque el mal era grave y amenazaba agravarse mas todavía, trataban los superiores

de enviarle á curarse á casa de sus padres; mas él, «no, no, dijo, es inutil pensar en eso, debiendo yo morir en este año y en este mismo lugar, puntualmente el mes que viene. Así me lo vaticinó mi santo P. Claver, y así sucederá ciertamente.» Verificóse así en efecto, acabando la vida en aquel mismo mes con religiosísima muerte.

18. Pasando un dia por delante de una casa, avisó á los que estaban dentro que se salieran sin tardanza, si no querian quedar sepultados entre sus ruinas. Salieron todos inmediatamente, y apenas estuvieron fuera se hundió la casa, y vino á ser un monton de piedras.

19. Con igual beneficio pagó la caridad de un buen hombre que le habia hospedado durante una mision. Porque al tiempo de marcharse se le llevó con toda su familia bajo otro pretesto; y bien se conoció la gracia al saberse el dia siguiente que, habiendo hecho una inesperada irrupcion los corsarios en aquella tierra, la habian saqueado despues de pasar á cuchillo á todos sus habitantes.

20. Así tambien salvó la vida á una poblacion entera, avisando á todos con

CAPÍTULO VII.

Gracias estraordinarias que concedió el Señor á varias personas por los méritos del P. Claver en el discurso de su vida.

---

1. Si la prerogativa de hacer milagros es, segun Santo Tomás, un público testimonio que da Dios al mundo de que ama á sus siervos, habrá de decirse que amó muchísimo al P. Claver, habiéndole comunicado con tanta largueza semejante don por casi toda su vida. Y á la verdad, innumerables fueron las gracias estraordinarias y estupendas que obtuvieron del Señor sus méritos y la eficacia de sus oraciones, singularmente en bien de los pobres y enfermos, concurriendo el mismo Dios con modos maravillosos á secundar la benigna inclinacion de su caridad. Esforzóse, es cierto, su humildad por ocultarlas, haciendo que se tuviese por efectos naturales de algun remedio de suyo desproporcionado, y tal *vez aun* contrario, ó atribuyendo la gloria

[redacted]

á algun santo invocado por él con este objeto. Mas una claridad escesiva no se encubre jamás tanto que no traspase las nubes, por densas que sean; ni pudo el santo varon ocultarse de tal modo, que no entendiesen todos de qué mano venian aquellas gracias, y qué brazo era el que obraba tales portentos. Referiré aquí algunos de los mas memorables por sus circunstancias, así por la brevedad que me he propuesto, como por evitar la demasiada semejanza de los hechos, importuna siempre y desagradable al lector en las narraciones.

2. Cayó enferma de una fiebre maligna Doña Juana de Urbina, señora distinguida por su nacimiento y virtud, y el mal fue tan violento y rápido, que ni siquiera dió lugar á remedios. Un golpe tan inesperado y mortal traspasó el corazon de su hermanita Doña Isabel, antigua penitenta del P. Claver, y que en ningun trabajo encontraba mayor consuelo que las palabras y avisos de su confesor. Envió pronto recado al siervo de Dios, á quien bastó saberlo para que inmediatamente pasase á su casa, aun por gratitud, pudiendo aquella llamarse con verdad la casa de la caridad, de donde conti-



tro buen Dios me ha hecho entender que así convenia á la eterna salud de D. Hipólito, el cual ¿quién sabe si en otra ocasion se hubiera hallado tan bien dispuesto á morir? Él ha muerto, es verdad, pero sabed que se ha salvado. ¿Y qué mas podeis desear?" Respuesta que no solo disipó toda tristeza del corazon de Doña Isabel, sino que la llenó de un júbilo indecible.

4. En casa de D. Francisco de Silva fue hallada tendida en tierra una esclava con todas las señales de un cadaver, con gran dolor de sus amos y de los demás de casa, que sentian sobre todo el que no hubiera recibido antes de morir el Bautismo. Informado el P. Claver del funesto acontecimiento, se dirijió al punto á la casa. Al verle entrar esclamaron desconsolados los señores: "¡Ay, Padre, qué gran desgracia! ¿Quién lo habia de decir?—¿Y qué? respondió el Padre, ¿está quizás abreviada la mano de Dios? El es buen Padre; es preciso tener fe y confiar en él. ¿Dónde está la esclava?" Despues de breve oracion la llamó por su nombre con voz imperiosa, y la preguntó si queria bautizarse: abrió los ojos á tal pregunta, y respondió al punto que sí.

Facil es conjeturar el gran pasmo que produciria en los circunstantes este suceso, y cuál y cuánta sería la variedad de afectos, en unos de gozo, en otros de devocion, y en todos de un sagrado horror y espanto. Pero mucho mas creció la maravilla cuando apenas recibido el Bautismo, para el cual estaba ya bien instruida, se levantó en pie por sí misma, curada igualmente en el alma y en el cuerpo.

5. Mas no paró aquí el prodigio. Terminada la ceremonia del Bautismo, habia mandado el siervo de Dios que no se tirase el agua de que se habia servido, y no sabiéndolo un criado hizo uso de ella para regar un tiesto que tenia tierra, y algunas plantas enteramente secas de cinco ó mas meses. Esto bastó para que á pocos dias reverdeciese el tiesto y brotase hermosísimas y fragantísimas flores; cosa que jamás pudo conseguir con otras semejantes, aunque rociados repetidas veces con agua comun y ordinaria.

6. Una turba de negros estaba sentada al brocal de un pozo mientras uno de ellos sacaba agua, cuando sobreviniendo un temporal deshecho cayó de improviso, casi per-

pendicularmente sobre el pozo un rayo, que produjo una consternacion horrorosa. Rota la garrucha, de la cual pendia la soga y el caldero, se fueron al fondo entrambos y llevaron tras sí al negro. Todos los demás, derribados en tierra, quedaron poco menos que muertos. Corrió bien presto la voz del suceso, y acudió infinidad de gente al socorro de aquellos infelices, llevando consigo un médico, que por mas remedios que hizo no consiguió que uno siquiera de tantos recobrase los sentidos ó diese alguna señal de vida, y menos que todos el negro, que habia ya sido sacado del pozo. En tal estado de cosas llegó el P. Claver, avisado no se sabe cómo ni por quién, y viendo aquel lastimoso espectáculo no pudo contener las lágrimas. Con los ojos fijos en el cielo pidio al gran Padre de las misericordias la vida de aquellos sus queridos hijos, y luego quitándose el manteo, tan milagroso, estoy por decir, como la capa de Elías, cubrió con él á todos aquellos desgraciados uno por uno. A aquel contacto no parece sino que se infundia en aquellos cuerpos insensibles *spiritus vitæ*, un espíritu de vida, como en los huesos vistos por el profeta

Ecequiel; pues comenzaron á rebullirse, despertarse y ponerse en movimiento, hasta que se levantaron tan robustos y ágiles como si ninguna cosa les hubiera sucedido.

7. Estaba á la muerte una criatura recien nacida, hija de un pobre esclavo; y cuidadosos sus amos de que aquella alma no se perdiese, avisaron á toda prisa al P. Claver para que fuese á bautizarla. Acudió volando, y presentándole el agua, al sentir que estaba fria dijo: "Templadla un poco, que la demasiada frialdad podrá perjudicar y hacer mala impresion en un cuerpecito tan tierno y maltratado.—¡Ah, no! respondió la señora, no hay peligro; el agua del santo Bautismo á nadie daña." No desagradó la respuesta al santo varon, por ser indicio de gran fe, y prueba de la grande estima que se hacia de aquel Sacramento. Mas queriendo dar tambien cabida á la caridad metió en aquella agua la yema de un dedo, y con esto solo la calentó tan sensiblemente, que todos lo tuvieron por un milagro.

8. Una muchacha negra llevaba á la plaza pública una canasta de huevos para venderlos, y encontrándose con un pilluelo

español, sin saber por qué le descargó éste en la cara un bofeton tan terrible, que cayendo al suelo la canasta no quedó huevo sano. A tan desagradable acontecimiento prorumpió la muchacha en descompasados gritos, y alborotó toda aquella calle. Movido á compasion el P. Claver, que acertó á pasar por allí, se acercó á ella y le preguntó por qué lloraba. «Padre mio, ¿por qué lloro? ¿Pues no veis esto? Este era todo mi capital para mantenerme algunos dias. Vamos, dijo el Padre, vuelve á colocar los huevos en la canasta, y no llores.» Y porque al caer se habian desparramado, haciendo ademán de querer ayudarla en aquel trabajo, comenzó á echarlos hácia ella con la contera de su bastoncillo. No bien los hubo tocado ligeramente cuando se hallaron sanos y enteros como antes, tanto que aturdida la chica por la novedad, como si presenciara un encanto sagrado, no acertaba á dar crédito á lo que veia con sus ojos y palpaba con sus manos.

9. Poco desemejante fue otro prodigio, obrado dentro de las paredes domésticas del *Colegio*. Habia salido un dia segundo de *Pascua* á decir Misa con una riquísima ca-

sulla bordada de oro, y dando al pueblo la Comunion tropezó inadvertidamente con la cabeza en la lámpara, y todo el aceite cayó á plomo sobre la casulla. Enfurecióse el sacristan por aquel descuido inocente, y apenas le vió á tiro en la sacristía empezó á maltratarle de palabra, y á calificarle de estólido y aturdido. Recibió el siervo de Dios la descarga con la cabeza baja, sin replicar palabra; y con la venganza propia de los santos se retiró á un ángulo de la iglesia, á pedir al Señor por el mismo que tan mal le habia tratado. Volvió entre tanto el sacristan al dia siguiente á mirar con tristes ojos su mas precioso ornamento, que ya creia perdido, y que como tal habia dejado el dia antes en un rincon, y halló con gran maravilla, que no solo habia desaparecido toda mancha de la casulla, sino que embellecida con nuevo brillo, resplandecia como si entonces mismo se hubiese cortado aquella tela de la pieza.

10. Una esclava cristiana llamada María de la Cruz habia tomado el arsénico sublimado, con cuyo veneno perdió los sentidos y el juicio. Picada en varias partes *de su cuerpo* con agujas muy finas no

echó jamás una gota de sangre, ni dió muestra alguna de dolor. Consultados muchos médicos ninguno acertó con su mal, si bien todos de acuerdo la desahuciaron. Rogaron al P. Claver que visitase á la enferma para socorrer á aquella alma con remedios divinos, ya que los humanos nada aprovechaban al cuerpo. Apenas la vió el siervo de Dios, ilustrado con luz superior, conoció que estaba poseida del demonio, pero no necesitó exorcismos para librarla, pues el maligno espíritu solo con ver delante de sí á su implacable enemigo huyó bramando de rabia. Leyóle luego un Evangelio, y ella al punto recobró todo su juicio y sanó enteramente. Confesó ella misma despues, que un hombre malo á quien jamás habia visto, presentándosele un dia en que se hallaba aflijida estraordinariamente, la habia aconsejado pusiese fin á su penosa vida con un veneno, bebido el cual se habia apoderado de ella el demonio.

11. Haciéndose á la vela para la isla de Cuba una nave, partió en ella en clase de cirujano un joven catalan, muy confiado por llevar consigo para su defensa no sé qué escrito del P. Claver, que le habia sa-

cado con destreza al despedirse para aquel viaje. Hallábase ya el buque á vista de la Jamaica, cuando le embistió furiosamente otro buque enemigo. Herido el joven en el mayor ardor del choque con una bala de mosquete cayó hácia atrás, y como no daba señal alguna de vida le tuvieron todos por muerto. Terminada la contienda, y yendo los compañeros á desnudarle, como quien despierta de un profundo sueño, "poco á poco, dijo, que yo, gracias á mi santo P. Claver, estoy vivo y sano:" y al decir esto se levantó, y descubriéndose el pecho vieron todos la bala, que se habia quedado entre la carne y el escrito del santo varon, sin otra lesion que haberle hecho una señal sobre la piel, á lo que yo creo para indeleble memoria del beneficio.

12. Escaseaban muchísimo en Cartagena algunas frutas propias del pais, tan saludables como convenientes para alivio de los enfermos del hospital de San Sebastian. De una de ellas tuvo estremado antojo un enfermo, persuadido que con ella curaria; pero por mas que la mandó buscar el Prior por todas las plazas, no fue posible hallarla. Comunicó su necesidad y las diligen-

cias practicadas inutilmente con el P. Claver, que á la sazon servia á los enfermos, y esto bastó para poner en movimiento toda la caridad del varon santo. Vuelto al Prior, «fíese V. de mí, dijo, que yo iré por ella.» Media hora no habia pasado, y ya estaba de vuelta con un gran canastillo de aquella fruta, cosa que llenó á todos de pasmo, y les hizo creer que la hubiese alcanzado de Dios de un modo milagroso. Mas es ya tiempo de que acudamos á asistir á su preciosa muerte, precedida de una penosa enfermedad de cuatro años, en los cuales, desprendido de todas las cosas del mundo, se fue preparando al último trance con el ejercicio de una invicta paciencia, y de las mas heróicas virtudes.

CAPÍTULO VIII.

Molesta enfermedad que sufrió el P. Claver por espacio de cuatro años con heróica paciencia.—Su preciosa muerte, y honores tributados á su cadaver.—Alta estima que hicieron todos de su gran santidad.

---

1. Corria el año 1650, solemnísimo en todo el orbe católico por el jubileo universal, y los ciudadanos de Cartagena se disponian con estraordinaria devocion á ganarlo, atemorizados por la vecina peste, que haciendo ya estragos en las ciudades de la Habana, Puerto-Rico y Vera-Cruz, amenazaba tambien á aquel territorio. En coyuntura tan importante, no bastando al celo del P. Claver el haberse mostrado apostol de la ciudad por muchas semanas, aunque cansado y desfallecido por las fatigas, salió á la campiña, recorriendo todas sus aldeas para publicar en ellas la santa indulgencia, y prepararlas á recibirla dignamente.

2. Y á la verdad recojió un inmenso

fruto. Y no fueron inferiores las austeridades con que se maltrató á pesar de su edad y fuerzas, ofreciéndose como hostia propiciatoria para aplacar á la divina Magestad, que daba tan claras muestras de su indignacion. Despues del penoso afan de todo el dia en el púlpito ó confesonario, apenas tomaba el alimento preciso para sustentarse, y en vez de dar al cuerpo el merecido reposo, pasaba en oracion la mayor parte de las noches, sin interrumpir sus contemplaciones mas que para disciplinarse áspera y sangrientamente. Un tenor de vida tan rígido de suyo, junto con las incomodidades de una estacion destemplada, ocasionaron al siervo de Dios gravísimos síntomas, pero no tales que pudiesen entibiar el fervor de sus tareas, hasta que informado el superior de lo que pasaba, con un mandato apremiante le hizo volver á la ciudad. Cuando le vieron en casa tan macilento y estenuado creyeron perderle.

3. Y con tanto mayor fundamento, cuanto que ya corria por Cartagena una especie de contagio que arrebataba á muchos, aunque por no asustar al pueblo no *se queria* que se le tuviese por lo que ver-

daderamente era. Ya habian muerto en el colegio dos religiosos, y otros varios estaban todavía enfermos; y se temia que por poco que el mal creciese sería el primero que sucumbiese el Padre, hallándose tan falto de fuerzas. En efecto, contrajo la enfermedad, y tan violenta, que le ordenaron que recibiese el Santísimo Viático. Al entrar en su habitacion su Señor Sacramentado pareció que cubria su rostro un aire de serafin, y á no habérselo estorbado un precepto de la obediencia, hubiera bajado de la cama para salirle al encuentro. Los afectos de humildad, de fe y de caridad con que le hospedó en su pecho fueron tiernísimos, y no hubo quien no llorase oyendo de su boca que aquella peste era un castigo de sus pecados, y que no queria Dios servirse de él en aquella ocasion por ser un mal sacerdote. Pero no plugo al Señor que entonces muriese. Retrocedió el mal con la misma velocidad con que habia entrado, y en pocos dias estuvo fuera de peligro.

4. Mas si le dejó la peste, no le dejaron sus fatales consecuencias. Dolores interiores acerbísimos, gran postracion de

fuerzas, temblor contínuo y violento de todos sus miembros, que á mas de privarle casi totalmente del uso de pies y manos, le agitaba de un modo horroroso hasta las quijadas y la boca. Cuatro años sobrevivió el santo varon en tan penoso estado, durante los cuales, no habiendo podido encontrar ningun alivio, sufrió un amargo é indecible tormento. Imposibilitado para decir Misa, le habia faltado el único eficaz consuelo de sus males; y no teniéndose en pie, ni pudiendo levantarse por sí de la cama, ni tomar alimento, ni andar, tenia necesidad de que uno le pusiese la comida en la boca, le vistiese, y sosteniéndole le acompañase para no caer. Y aun estando así, venciendo con la fortaleza del espíritu la debilidad del cuerpo, lejos de admitir algun alivio usaba consigo los mismos rigores y maceraciones de ayunos, cilicios y disciplinas; y era de admirar que, teniendo siempre trémulos los brazos y las manos, solo para disciplinarse los tenia firmes y robustos como cuando estaba sano.

5. Concurrió tambien á satisfacer su gran deseo de padecer una especialísima providencia, disponiendo de tal manera las

cosas que, cuando cabalmente habia menester de todos, casi todos le abandonaron. Sus amigos y devotos de afuera, en aquel desconcierto ocasionado por la peste en dos repetidos asaltos, le olvidaron del todo como si jamás le hubieran conocido. De los domésticos habian muerto los mas, ó estaban enfermos todavía; y los otros, reducidos á poquísimos, cargados de mayor trabajo con los de fuera, cuya necesidad era mayor y mas urgente, no podian atender al santo anciano, cuyos males eran largos y lentos. Pero fuese como quisiese, lo cierto es que permitió el Señor que quedase totalmente á la discrecion de un negro. A tan duros esperimentos espone el Señor la virtud de sus amigos para probar su fidelidad y acrisolar su amor.

6. Mas justamente el negro destinado á servirle, en vez de procurarle alivio fué su contínuo martirio. Rústico por naturaleza y petulante por hábito, le servia muy mal, tomando ocasion de la misma paciencia del siervo de Dios para injuriarle mas libremente. Llevábale cada dia la comida y la cena, que era la que se daba á la comunidad, pero siempre fria y diezmada

por su golosina, pues se comia lo mas y
mejor por el camino. Cuando le daba
comer siempre le metia los dedos en
boca, y esos nada limpios. Un dia le de
jaba sin pan, otro sin bebida. Si el Padı
le pedia que le vistiese para ir á Misa, un
veces se obstinaba en negárselo, y otr
enfurecido como un leon le sacudia, le em
pujaba y atropellaba tan bárbaramente q
era una compasion. Ocurrió varias vec
que aquel, mas bien su verdugo que enfe
mero, se escondiese por librarse de la inco
modidad de vestirle y acompañarle; en t
les ocasiones el buen anciano intentab
aunque á duras penas, levantarse sol
pero faltándole á lo mejor las pocas fue
zas que le quedaban, daba horrorosas ca
das en el suelo. Corria al estrépito el s
cristan, que habitaba debajo de su cuart
y hallándole unas veces contuso y otras h
rido, le levantaba del suelo y se ofrecia
vestirle; pero él, dándole las gracias por
caridad, para no malograr la ocasion q
se le proporcionaba de padecer le rogal
llamase al negro.

7. En todo el discurso de tan lar
enfermedad dos fueron las ocupaciones

su espíritu, y las mas dulces: orar y padecer; y la una era remedio y lenitivo de la otra, porque de la contínua union con Dios sacaba una tal avenida de consuelos interiores, que endulzaba toda la amargura de sus penas. Pasaba la mayor parte de los dias en santa soledad y silencio, contemplando las divinas grandezas, y meditando los dolores de su Señor amantísimo. En el mismo ejercicio puede decirse que ocupaba las noches, hallando en la oracion el reposo que le negaban sus dolencias. No salia de su habitacion sino para oir Misa, visitar el Santísimo Sacramento y confesarse, lo cual hacia todos los dias, y con tan abundantes lágrimas y sollozos, que ordinariamente era menester que el confesor interrumpiese la absolucion. Sus comuniones eran frecuentísimas; y para mayor humildad bajaba á la iglesia á recibir el pan de los Angeles entre los seglares, distinguiéndose de ellos solo en el ardor interior del corazon, y en el recojimiento esterior de todos los sentidos.

8. A pesar de todo no dejó jamás en este tiempo de alimentar su gran celo, y de cooperar segun lo permitian sus males á la

salud de las almas y bien de los prójimos. Bajaba todas las mañanas, como queda dicho, á la iglesia, y oida Misa hacia que le llevasen al confesonario, y allí permanecia confesando mientras que tenia cabeza para ello, advirtiendo al sacristan que le avisase siempre que le llamasen para este ministerio; y porque el otro, teniéndole lástima, decia: "demasiado ha trabajado V. R., ahora es tiempo de que descanse," con un profundo suspiro y las lágrimas en los ojos, "ah, no, respondia, no es así; siempre he sido un hombre inutil y ocioso, y al presente puedo decir que robo el pan á la religion." Iba tambien en silla de manos á confesar cada sábado en su casa á Doña Isabel de Urbina, señora de singular piedad, y benemérita de casi todos los pobres de la ciudad. Allí le oyeron decir una vez que la peste de los cuerpos habia sido muy provechosa para las almas, y que volveria al año siguiente en busca de los que habia dejado con vida porque no estaban dispuestos para morir. Asustada con tales palabras la señora, "¿cómo? preguntó, ¿otra vez ha de visitarnos la peste?" Y añadió el Padre. "En octubre nos

veremos." Llegó octubre, y declarándose de nuevo la pestilencia, hizo con los ciudadanos lo que el año anterior habia hecho con los forasteros.

9. Pero plugo al Señor preparar á la caridad de su siervo un manjar mas sabroso. Arribó por entonces á Cartagena una nave cargada de negros llamados *ararai*, una de las naciones mas indómitas, y que de treinta años atrás no habia tomado allí puerto. Venian todos sin bautismo, no habiendo entre ellos poblaciones de cristianos, y el capellan de la nave habia muerto al entrar en alta mar. La noticia de su arribo llenó de tanta alegría el corazon del santo anciano, que casi le hizo olvidar todos sus males. Hízose llevar inmediatamente en brazos para verlos y abrazarlos en su alojamiento; y fué cosa digna de suma admiracion que, siendo ellos de natural fero-ísimo, y no habiendo oido siquiera el ombre del P. Claver, al solo verle conci-ieron tanta veneracion y respeto hácia él, ie por un movimiento espontáneo corrie-n á echársele á los pies. El mayor obs-ulo á su conversion era hallar intérpretes ; entendiesen su lengua: mas fuese efi-

cacia de su oracion ó esfuerzo de su industria, los encontró. No bastándole las fuerzas para instruirlos por sí mismo, dispuso en poquísimo tiempo un catecismo á propósito para ellos, facilitando así á los otros misioneros el modo de sustituirle en aquel ministerio. Reservóse para sí el único gran placer de bautizar á los niños, no necesitados ni capaces de instruccion, con cuya nueva ganancia de almas, consolado en parte su espíritu, se retiró á su soledad.

10. Aumentándose entre tanto cada dia mas y mas las dolencias del siervo de Dios, y abandonándole por horas las fuerzas, iba aproximándose á su felicísimo término. Quiso entonces el Señor que se le cumpliesen sus grandes deseos de ver impresa antes de morir la vida del Beato Alfonso Rodriguez, á quien nunca llamaba con otro nombre que con el de su *santo Maestro*. Llegada esta de España con su verdadero retrato al frente, se la llevó el Hermano Nicolás Gonzalez, su íntimo amigo y antes compañero de misiones por espacio de veinte y dos años. Luego que la tuvo en sus manos se la *puso en* señal de reverencia sobre la cabeza, *y despues* de imprimir en ella un tiernísimo

ósculo, estrechándola en su seno, con los ojos vueltos al cielo, «gracias á Dios, dijo, que me ha dejado ver lo que tanto he deseado;» y rogándole Gonzalez que le comunicase para su aprovechamiento espiritual alguna cosa de las muchas que habian pasado entre él y Rodriguez allá en Mallorca, todo se lo manifestó, y singularmente la prediccion de que navegaria á las Indias y emplearia su vida en Cartagena, trabajando en la conversion de los infieles.

11. A este se siguió otro no menor consuelo. El dia 22 de agosto del mismo año 1654 aportaron á Cartagena los galeones de España, y con ellos el P. Diego Ramirez Fariña, predicador del Rey, que con raro ejemplo de humildad iba á sucederle en el empleo de catequizar y bautizar á los negros. No cabiendo en sí de gozo se fue arrastrando como pudo á su aposento, y arrodillado quiso besarle los pies. Confuso aquel Padre quiso saber quién era, y respondiéndole que el P. Claver, de quien habia oido tan grandes cosas en Europa, púsose tambien él de rodillas, y en tal postura, llorando de devocion ambos, se estuvieron *abrazados* largo rato, con edificacion de

la casa, inconsolables por haber de perder un varon tan necesario al bien público, y gran dechado y maestro de todas las virtudes.

14. Tan funesto accidente no tardó un momento en divulgarse por la ciudad, y los primeros que lo publicaron fueron los niños, que recorriendo las calles con maravilla de todos gritaban: «Muere el santo, muere el santo.» Y es de creer que á ello los moviese un superior instinto, porque despues de haber dado muchas vueltas fueron de tropel al Colegio, sin que se les pudiese estorbar la entrada en el aposento del Padre, de donde despues de haberle besado la mano con mucha reverencia, se retiraron tranquilamente. Duró el enfermo en aquella como especie de agonía todo el dia del lunes y la siguiente noche; y fue especialísima providencia que estuviese privado de los sentidos, pues hubiera padecido no poco su humildad al ver que le trataban con estima y veneracion de santo. No puede esplicarse la universal conmocion de los ciudadanos, y la concurrencia del pueblo, eclesiásticos y seglares, nobles y plebeyos, que abriéndose á la fuerza paso querian besarle

[redacted]

la mano y tocarle con sus coronas y rosarios. Sobre todo fue espectáculo tiernísimo el de los negros, que sabiendo el deplorable estado de su amantísimo Padre, abandonadas sus ocupaciones corrieron de todos los caseríos vecinos á recibir su última bendicion, y arrodillados y llorosos no sabian hartarse de besarle sus pies y manos. Todo su aposento fue robado y saqueado, teniendo cada uno por gran fortuna el lograr alguna cosilla de su uso para guardarla cual preciosa reliquia, y valerse de ella en sus necesidades.

15. Duró el gentío hasta bien entrada la noche, sin poder cerrarse las puertas hasta muy tarde, quedándose en casa algunos pocos á quienes no pudo negarse el consuelo de verle espirar. Al rayar el dia 8 de setiembre, fiesta de la Natividad de María, como él habia predicho, viendo que por momentos se le iban acabando las fuerzas se le recomendó el alma con las acostumbradas preces de la Iglesia, despues de las cuales, á la edad de 71 años ó segun otros 73, y 54 cumplidos de su entrada en la Compañía, en martes, entre las lágrimas de *cuantos* le rodeaban, espiró tranquilamente,

coronando con un santo fin su tan como glorioso apostolado.

16. La misma noche de aquel d licísimo para él, se dignó el Señor festar á la tierra la gran gloria á c habia sublimado en el cielo. Hallábas á veinte leguas distante de Cartagena señora de mucha virtud llamada Luc penitente muchos años de este glorioso tol. Esta pues, en sueños ó en vision mas oscuro de aquella noche, vió en e una larga y bien ordenada procesi personajes, rodeados todos de una luz resplandeciente, presidida por Nuestr ñor Jesucristo, que llevaba al P. Cla su lado; y continuó gozando de aquel espectáculo hasta que, remontándose vez mas alto llegó á perderlo de vista lícita la piadosa señora de entender e nificado de aquella vision, preguntó mañana siguiente si se habian recibid ticias de Cartagena, y si habia m el P. Claver. Le fue respondido qu mas por las cartas que llegaron á p supo que en efecto habia fallecido *hora en* que le habia visto la señora *al cielo.*

17. El rostro del difunto, antes macilento, consumido y desfigurado por sus penitencias y enfermedades, quedó tan sonrosado y hermoso que enamoraba y movia á devocion, y todo el cuerpo flexible y exhalando un olor gratísimo. Tratábase de sepultarle al anochecer de aquel mismo dia, como se usaba con los demás, pero la modestia de los Padres tuvo que ceder á la gratitud de los ciudadanos. Reunido el consejo de orden del Gobernador, se resolvió por unanimidad de votos que se le hiciesen solemnísimas exequias á nombre y á espensas del público. Se concertó el modo, se fijó el dia, y fue el siguiente, anunciándolo aquella noche misma el lúgubre clamor de todas las campanas.

18. Revestido de ornamentos sacerdotales y acompañado de muchos nobles con hachas encendidas en la mano, en hombros de los personajes mas distinguidos, salió por la puerta del Colegio á la iglesia. Nunca vió Cartagena triunfo mas completo, ni una concurrencia mayor de todas las clases del Estado, clero, nobleza, pueblo, y comunidades enteras de regulares: llena la iglesia, llenas las calles y plazas vecinas, contínuas

y universales aclamaciones de todos, llamándole el santo Maestro, el Padre de los pobres, el amparo de los desvalidos. Tanta era la apretura de los que entraban y salian, que llegando el Marqués de Montealegre, general de la armada, con la plana mayor, le costó trabajo abrirse paso para besarle la mano. Con igual dificultad penetró tambien con otros muchos eclesiásticos Don Matías Suarez de Mello, Vicario general de aquel obispado, entonces vacante, y detrás de él Don Pedro de Estrada, tesorero mayor del Rey, que llegando al féretro quiso poner en la mano izquierda del difunto una riquísima palma, símbolo de las muchas victorias que habia ganado el santo varon sobre el abismo. Creció la concurrencia y el tumulto todavía mas por la tarde, al llegar de la campiña una multitud de negros, hombres y mugeres, con tal tropelía que fue preciso valerse de soldados para impedir desórdenes y defender de toda violencia el cadáver.

19. No menos espléndidas é igualmente concurridas fueron en la siguiente mañana las exequias, á que asistió en cuerpo *la ciudad*, celebradas solemnemente por los

religiosos de San Agustin, en las que pronunció una elocuente oracion acerca de los méritos y virtudes del difunto un Padre de la orden de nuestra Señora de las Mercedes. Al sacarle del féretro para colocarle en la caja, que era de cedro forrada de blanco con bellísimos bordados de oro, y digna de la piedad de Doña Isabel de Urbina, que la regaló, fué menester redoblar las guardias para que la turba, siempre indiscreta aun en su misma devocion, no le hiciese pedazos. Mas no fueron redobladas tan á tiempo que pudiesen estorbar un nuevo saqueo, en el que despojaron al santo cuerpo poco menos que de todo, salva la decencia, de bonete, zapatos, rosario, casulla, alba, sotana y estremidades de los dedos de pies y manos.

20. Finalmente, cerrada y bien sellada la caja en presencia de los Magistrados y del mismo Gobernador, quisieron estos para sí el último honor de tomarla sobre sus hombros y llevarla hasta la capilla del Crucifijo, donde se colocó dentro de un nicho abierto de intento en la pared junto al altar al lado de la Epístola; dispensando el Señor muchas gracias y obrando

una multitud de portentos por intercesion de su siervo.

21. Pero si tuvo así fin aquel, que no sabria cómo llamar si funeral ó triunfo, no le tuvo ciertamente la devocion de los ciudadanos. Otros tres funerales se le hicieron en pocos dias, con el mismo magnífico aparato, abundancia de luces, concurrencia de la nobleza y pueblo, solemnidad de Sacrificios y eleccion de oradores. El primero lo costeó la ciudad, que quiso dar de nuevo un público testimonio de su grata memoria á quien por tantos años habia sido su bienhechor insigne. El Gobernador Don Pedro Zapata hizo el segundo, deseoso de dar así algun desahogo á su amor, y juntamente á su dolor, en la pérdida de tan grande hombre y su íntimo amigo. El tercero, en nada inferior á los otros dos, fué de los esclavos negros, que reunidos todos en corporacion determinaron celebrar tambien una pompa fúnebre á su memoria. Mas tierna que las otras y de igual esplendor y magnificencia fué esta funcion, honrada con la asistencia del Gobernador mismo, de los ministros reales y de la nobleza mas ilustre, entre los cuales distri-

buyeron los negros mismos gran número de velas, dispuestos á quitarse el pan de la boca por honrar de este modo á su querido Padre. Pero lo mejor del aparato, y lo que mas agradó desde el cielo, segun creo, á aquella grande alma, fué la piedad de los simples y buenos esclavos, que acordándose que debian al P. Claver toda su felicidad, con el llanto y los afectos, y con repetidas postraciones no acababan de manifestar su gratitud á tan amante bienhechor.

22. Fué el P. Claver en vida y en muerte muy estimado de toda clase de personas, y tenido siempre por hombre eminente en santidad, amadísimo de Dios, angel de consejo, y columna fundamental de aquel pais. En prueba de lo cual es fama constante por toda la India hasta el Perú, haber Dios revelado á una alma favorecida, que habia preservado á Cartagena del esterminio merecido en consideracion á los méritos de este su fiel siervo. Todos los prelados y Gobernadores que presidieron á aquella iglesia y provincia en los cuarenta años largos de su apostolado, le profesaron especial amor y respeto; tanto que jamás emprendieron cosa de importancia

sin acudir primero á él como á un *oráculo*. Lo mismo debe decirse de los demás Obispos de las Indias, los cuales, aportando allí de paso para sus iglesias, cuidaban con especialidad de avistarse con el santo varon, para recibir de él la norma de la buena direccion de las almas que les estaban encomendadas. Los generales de armadas y flotas querian todos conocerle é implorar el socorro de sus oraciones, seguros de próspera navegacion y feliz éxito de sus empresas como el siervo de Dios prometiese rogar por ellos, ó fuese en persona á bendecir sus buques.

23. El Marqués de Mancera, ex-virey del Perú, tuvo por gran fortuna poder besarle la mano al volver á España; y habiendo por buena suerte logrado una crucecita de madera que habia llevado por muchos años al cuello el P. Claver, aquella misma con que habia obrado tantos y tan estupendos prodigios, hasta resucitar un muerto, se la puso en señal de reverencia en la cabeza, protestando que estimaba mas aquella cruz que el mismo Toison de oro que llevaba al pecho. Asimismo Don Pedro Zapata, que habia sido dos veces gobernador

de Cartagena y Capitan general de toda aquella provincia, veneró siempre tanto la santidad del P. Claver, que además de querer que le diese por su misma mano una medalla de su corona para salvaguardia en su último viaje á España, afirmaba públicamente haber oido contar de él y visto tales y tantas virtudes y milagros, cuantos y cuales apenas se cuentan de los mayores santos venerados en los altares, y fué el primero que despues de la gloriosa muerte del siervo de Dios, dió el impulso para que se formasen procesos judiciales en orden á su beatificacion.

24. En tiempo del arribo de armadas y flotas, cuando toda la ciudad hervia de gente, y engolfados no menos los ciudadanos que los forasteros en sus tráficos no guardaban atencion con nadie, solo al pasar el P. Claver por las calles se quedaba todo en alto silencio en señal de reverencia, agolpándose unos á besarle la mano, otros á recibir algun saludable consejo, aquel á pedirle su bendicion, y todos finalmente á encomendarse en sus oraciones.

25. Sangrado no sé por qué enfermedad veinte años antes de su muerte, los

...anos, médicos y cuantos le asistian se ...rtieron entre sí la sangre con increible ...n, como sangre de un santo. Sus cabe...s, sus manuscritos, sus firmas, los reta...s de sus ropas, cualquier cosa que hubie...n usado, era buscada con ansia y conser...vada con solicitud cual preciosa reliquia, para valerse de ella en las enfermedades propias y agenas, con los milagrosos efectos que en parte hemos ya contado y en parte referiremos en el siguiente capítulo, último de esta historia. Así pone Dios á la vista aun en la tierra la virtud de sus siervos, sobre todo cuando ellos mas se empeñan en ocultarla para que en él solo como en su autor redunde toda la gloria.

CAPÍTULO IX.

Gracias milagrosas concedidas por Dios á la invocacion de su siervo despues de su preciosa muerte.

—

1. Entre los prodigios mas ruidosos con que Dios se dignó acreditar los méritos de la vida y la gloria despues de la muerte de este insigne operario (solamente en

los procesos se refieren hasta cuarenta) deben contarse singularmente los que hizo aparecer en su cadaver. Y primeramente, gran prodigio fué que aquel semblante, ya tan macilento en vida y tan consumido, refloreciese despues de muerto, y se pintase de un sonrosado tan bello, que pudiera creerse el de un vivo que reposaba dulcemente. No se tuvieron por menos milagrosos el suavísimo olor y el sudor copioso que manó de él por mucho tiempo, aquel tan vivo y fuerte que se dejaba percibir de muy lejos, y este en tanta abundancia, que empapados ya todos los vestidos fué necesario mudarle; lo que se hizo muy facilmente, por haber quedado con otro nuevo prodigio, jugoso, suave y flexible en todos sus miembros. Mayor portento fué todavía el haberse conservado por dos años y medio incorrupto, mientras la caja, vestiduras y demás se habian gastado y consumido. Pero lo que colmó de admiracion á cuantos le vieron fué el abrir, estando en el féretro, la mano y despues cerrarla, en acto de empuñar aquella palma que, como dijimos, le presentó un devoto en señal de sus victorias *sobre el* infierno.

2. Mas en todo rigor no fueron estos prodigios propiamente suyos, sino en cuanto los ordenó el Señor para la exaltacion de su siervo, y para dar aquí en la tierra alguna recompensa á su humildad profunda. Los que mas propiamente merecen llamarse suyos, son los que obró en virtud de sus merecimientos y por la eficacia de sus oraciones en favor de otros. He aquí una pequeña muestra de estos, con los que vamos á terminar esta narracion.

3. Un negro llamado Juan, esclavo de Don Sebastian Zapata, habia ya seis años que estaba tan deformemente estropeado de las piernas, que no podia ni andar ni estar en pie. Llevado al sepulcro del P. Claver halló tan pronto la salud, que pudo volverse solo á casa sin ayuda de nadie. Mas aunque el prodigio era estupendo y evidente, y el esclavo aparecia bien complexionado y robusto, recelando su ama de una curacion tan instantánea en una enfermedad envejecida, para impedir que recayese le hizo tomar unos pediluvios con vino y varias yerbas confortativas. Pero bien presto tuvo que arrepentirse de esta *caridad, hija* de su poca fe. Al valerse de aquel

remedio pareció que se desencadenaron todos los malos humores en aquel cuerpo. Se le cubrieron otra vez las piernas de asquerosísimas llagas, le acometió tan violenta calentura con síntomas tan mortales, que en menos de tres dias, en los cuales de ningun modo pudo tomar bocado ni bebida alguna, llegó á las puertas de la muerte. Entendióse facilmente de qué mano venia el golpe; y entrando en sí la señora, y pesarosa del hecho, quiso que tal como estaba fuese conducido el esclavo en una silla al sepulcro del siervo de Dios; y gracias á que se acojió bajo la proteccion de un Padre tan amante cual era el P. Claver, mayormente con los negros. Con una breve oracion cesó todo dolor, calmáronse los humores, desaparecieron las úlceras, ahuyentóse la calentura, y el enfermo se encontró sano.

4. Yacia moribundo en el hospital de San Sebastian, de calenturas y agudísimo dolor de riñones, un cierto Bartolomé Sanchez. Llevaba ya cinco dias en que, despues de recibidos los últimos Sacramentos, no habia tomado alimento, siempre privado de los sentidos, y delirando. Al fin del quinto

, creciendo la calentura y no pudiendo
erar el ardor que le abrasaba, intentó
jarse de la cama para buscar agua; pero
o bien estuvo en el suelo cuando, sin po-
er tenerse en pie, cayó con tan terrible
golpe que todos le tuvieron por muerto.
Acudieron al punto, y hallándole con vida
le volvieron á la cama, tan mal parado que
temian verle espirar por momentos. Llegó
entre tanto un hermano suyo, y viendo que
todavía respiraba, "toma, hermano mio,
le dijo, toma esta palma que ha servido al
santo P. Claver, y encomiéndate á él; con
solo querer puede curarte." A semejantes
palabras abriendo los ojos el moribundo,
aunque con muchísimo trabajo, logró po-
nerse en la boca un pedacito de aquella pal-
ma. "Cuidado, dijo el hermano, que co-
miéndola podria dañarte;" y él, comenzan-
do ya á hablar, pues hasta entonces no ha-
bia podido, respondió: "no, no hay peligro
siendo cosa de un santo;" y de hecho se lo
tragó, siguiéndose el maravilloso efecto de
que siendo de suyo tan amarga la sintió
dulcísima al paladar, y refrigerándole las
entrañas le pareció que le volvia de muer-
te á vida. Cobrando ánimo con tan buen

principio siguió encomendándose con mas confianza al siervo de Dios, y en menos de una hora, á vista de todos, se levantó de la cama enteramente sano.

5. Aconteció este prodigio dos dias despues de sepultado el P. Claver, en setiembre de 1654. Citado despues el mismo Sanchez en 1659 á declarar bajo juramento el hecho acaecido en su persona, se escusó por un nuevo mal que á la sazon le molestaba, y era una enorme hinchazon en partes muy sensibles, con dolores agudísimos que no le dejaban dar un paso. Pero apenas dió esta contestacion le hizo mudar de parecer un grave remordimiento de conciencia, segun lo exijia la gratitud hácia su amado bienhechor. Levantándose como pudo de la cama se hizo llevar á la iglesia de la Compañía, sitio destinado para tomar semejantes declaraciones; y aún no habia llegado al colegio cuando ya no sentia dolor alguno. Introducido al examen, conforme iba satisfaciendo Sanchez á las preguntas de los encargados de formar el proceso iba cediendo el mal, de modo que acabado el interrogatorio, con pasmo de muchos *médicos* y cirujanos que le regis-

traron, la hinchazon se habia desvanecido, y el enfermo estaba sano completamente.

6. Peligraba por un terrible tabardillo la vida de una jovencita llamada María, hija de Don Sebastian de Torres. Se le ordenó una sangría, y el cirujano le cortó inadvertidamente la arteria, por lo cual, exasperado el mal le salió en el brazo un grande tumor negro. Tentáronse varios medios de curarla, pero todo en vano. Afligidísimo el padre por la pérdida que ya veia irreparable la ofreció á varios santos é imágenes milagrosas, pero sin el deseado efecto; queriendo esta vez el Señor dispensar la gracia solo á las oraciones del P. Claver, y acreditar con aquella curacion milagrosa sus méritos y virtudes. En efecto, empeorando cada dia mas la hija la llevó al sepulcro del siervo de Dios, con indecible molestia porque el dolor era tan agudo, que llorando á voz en grito en la misma iglesia partia el corazon, mayormente cuando al mandarle estender el brazo sobre la lápida del sepulcro del santo Padre, entró en sospecha de que querian cortárselo. Pero asegurándole el padre y los circunstantes de que no habia que temer, alargó el brazo y

le puso sobre el sepulcro, fajándole al mismo tiempo el padre con una estola que habia usado el santo varon por muchos años. Desde aquel punto no sintió la joven dolor alguno; y porque aseguraba que estaba buena del todo la desataron el brazo, sin que encontrasen allí el mas mínimo vestigio del mal pasado.

7. Moríasele á Catalina de Velasco una hija á quien amaba tiernamente, y á medida del grande amor que la profesaba era el dolor de perderla. Reducida á implorar la intercesion del P. Claver postróse de rodillas delante de su imagen, rogando al Señor por los méritos de su siervo que concediese á su hija la vida, si la salud del cuerpo no habia de perjudicar á la del alma. Oraba todavía, cuando revistiéndose la imagen repentinamente de un aire triste y compasivo se bañó toda de un sudor milagroso, y tan visible que llenó de admiracion y espanto á cuantos habia en la casa, creyendo que fuese aquel un triste agüero para la salud de la enferma, que en efecto en breve murió. Mas no por esto dejó la madre de mostrarse sumamente obligada al *siervo de Dios*, porque como señora pru-

nte y de mucha piedad tuvo aquella pérda por gran ganancia, persuadida de que habia salvado la hija, y que así habia convenido al bien de su alma.

8. Otra niña de tres meses llamada Teresa, hija de Simon de Anaya, por una cargazon de humor maligno á la vista habia quedado totalmente ciega, y su ceguera se creia tanto mas incurable, cuanto que una escrescencia de carne nacida en la concavidad de uno y otro ojo habia cubierto y escondido ambas pupilas. Pero ¿qué no hace un grande amor? ¿Y qué no consigue una gran confianza? Una parienta muy cercana, á quien traspasaba el corazon ver á la tierna niña reducida á tan triste estado, la tomó en brazos, y comprando algunas velas, «toma, hija, le dijo, estas velas, que tú misma has de llevar al sepulcro del P. Claver luego que te haya curado. Es imposible que siendo él tan cariñoso permita que penes así por mas tiempo.» Dicho y hecho; abrió la niña los ojos, y con cierta sonrisa comenzó á volverlos hácia todas partes con tal gracia y viveza que parecian dos estrellas; como si dijera: «Mirad que yo estoy enteramente curada.» Y así

era en verdad, con tanto pasmo y admiracion de todos, que volando por todas partes la fama, creció la estima y veneracion en que ya tenian al siervo de Dios.

9. Un jovencito indiano de 16 años, cayendo á plomo de una grande elevacion, quedó enormemente estropeado de las espaldas y pies, sin que los remedios que se le aplicaron sirviesen de otra cosa mas que de acabar de estropearle. Por efecto de este accidente se vió obligado en la flor de su edad á vivir arrastrando su cuerpo con dos muletas; y quedó tan estremadamente flaco, que parecia un animado esqueleto. Una mañana, pues, en que atormentado por los dolores mas de lo ordinario habia ido á la iglesia de la Compañía, y tirado sobre un banco oia la santa Misa, vióle el sacristan, y acercándose á él, en tono compasivo le dijo: « ¿Qué hacer aquí, pobrecillo, y cómo estás?—Padre mio, ¿cómo quereis que esté? No puedo estar peor; siempre muriendo, y sin poder acabar de vivir.—Pero ¿y por qué no acudes al P. Claver? ¿Por qué no te acercas á su sepulcro, donde cada dia obra cosas tan estupendas? Vamos juntos, que yo mismo quiero conducirte. Ten fe,

y dile con confianza que no te apartarás de él hasta que te haya dispensado la gracia." Llegado al sepulcro es facil imaginarse con cuánto fervor oraria: mas no quiso el siervo de Dios sanarle repentinamente, para que se hiciese mas digno de la merced con nuevas visitas y mas largas súplicas, y á fin de que, conseguida, la tuviese en mayor estima; si bien esperimentó desde entonces mismo notable mejoría, comenzando á circular por sus venas un nuevo vigor, y sintiendo mas ágiles los miembros y mas llevadero el dolor. Animado con tan buen principio repitió la visita en los dos dias siguientes, cada vez con mayor ventaja, tanto que á la tercera, dejando las muletas en el mismo sepulcro, se halló sano, vigoroso, nutrido, y tal que todos tuvieron por prodigiosa la salud que de su amado libertador habia obtenido.

10. Domingo Batancur, niño de 9 años, se abrasaba muchos dias habia con un calenturon para el cual cual no se encontraba remedio. Afligido su padre acu dió al siervo de Dios, visitó devotament su sepulcro, y consiguiendo del sacrist *una estola usada por* el P. Claver, volv

contentísimo á casa y la puso sobre su hijo. No le salieron fallidas sus esperanzas, porque revestido de aquella insignia el niño ahuyentó á la muerte, resolviéndose el mal por una crísis de sudor tan copioso, que los mismos médicos le calificaron de milagroso. Y que así fuese en verdad se reconoció cuando, al tener el joven necesidad de mudarse, le quitaron sin advertirlo con la camisa la estola. Aquel mismo sudor que le habia casi curado siendo moderado, creciendo desmedidamente y sin cesar le debilitó tanto, que perdidas casi del todo las fuerzas volvió á padecer síntomas gravísimos, y á dar claras señales de muerte. Estrañaron todos mucho tal accidente, y ninguno podia creer que habiendo el siervo de Dios hecho por mitad la gracia, arrepentido se retirase. Pero bien presto cesó la admiracion, cuando se descubrió el yerro cometido en quitar tan presto al enfermo la estola milagrosa. Revestido otra vez de ella cambió la escena, cesó al punto el sudor, cedió la calentura, y el que pocos momentos antes luchaba ya con la muerte, se halló de repente vivo y sano.

11. Entre los enfermos del hospital se

hallaba un tal Andrés Lopez, tan á los últimos, que desahuciado de los médicos y fortalecido con los últimos Sacramentos, caminaba sin remedio á la muerte. No dejaba sin embargo en tal estado, como afirmó él mismo, de encomendarse mentalmente á su santo P. Claver, de cuya gran virtud habia hecho siempre muchísimo aprecio. Pero sin saber por qué, pasados en contínua agonía tres dias y tres noches, y no dando ya señales de vida, le tuvieron todos por muerto, y le envolvieron en una sábana para enterrarle. Antes de darse este último paso de cristiana caridad hubo uno que, lleno de fe y confianza en la proteccion del siervo de Dios, se acercó á bendecirle y tocarle con su reliquia. ¡Cosa en verdad estupenda! A esta bendicion y contacto comienza á moverse aquel cuerpo y á dar muestras de vida. Le desatan, le descubren, y le preguntan. ¡Cosa rara! Estaba vivo y ya sano del todo, tanto que corrió la voz por el hospital y por toda la ciudad de que aquella habia sido la resurreccion de Lázaro.

12. Nació una niña con las quijadas fuera de su lugar, tan desencajadas que los médicos pronosticaron su cercana muer-

siendo por esperiencia un mal tan vio-
ıto que la acarrea infaliblemente en me-
s de una semana. Apurados inutilmente
remedios humanos, no se pensaba sino
implorar los divinos; y uno de ellos fue
dirijirse la madre á la iglesia de la Com-
ñía á pedir al Señor la salud de su hija.
entras oraba vió al sacristan, y «Padre,
dijo, rogad tambien á Jesus por mí, para
e me consuele y conceda la gracia que le
lo;» y prorumpiendo en copiosísimo llanto
ɔuso á contarle su desgracia. «¿Y por qué,
pondió el sacristan, por qué no la traeis
sepulcro del P. Claver? ¡Oh, si supiérais
muchos prodijios que obra diariamen-
—¡Ay Padre! es imposible. Si la viérais
no está, no diríais eso por cierto. Se me
ɔdaria la pobrecita en el camino.—Ha-
l lo que os digo; traedla á su sepulcro, y
ıfiad en Dios.» Al oirle hablar con tanta
olucion se animó la señora, volvió á casa,
omando en brazos á la niña, en compa-
de otros la llevó á la iglesia y al se-
ıcro del siervo de Dios, donde el sacris-
ı mismo, que la estaba aguardando, puso
ıre la lápida que cubria el venerable cuer-
la criaturita, envuelta en el manteo del

P. Claver. Habia ya pasado una hora, cuando al querer separarla de allí la vieron con las quijadas en su lugar como si hubiera nacido así, y tan alegre, vivaz y de buen color que llenó de pasmo á la vez y de alegría á los circunstantes.

13. ¿Pero qué enfermedad no cedió á la invocacion de su nombre, al contacto de sus reliquias? Baste decir que su mismo sepulcro se mira hoy como un tesoro público de gracias, abierto constantemente para cuantos recurren á él con fe viva.

14. El mas estupendo prodigio con que voy á concluir la presente narracion, y el mas digno de admiracion en este siervo del Señor, tan benemérito de su gloria, me parece que fue él mismo, y el tenor constante de penosísima vida que observó por espacio de 40 años, pasados en un contínuo, actual y jamás interrumpido ejercicio de trabajar siempre y padecer escesivamente, sin uno solo de aquellos alivios de que necesita de cuando en cuando aun la santidad misma para reparar las fuerzas del espíritu, á fin de que no quede oprimido por el peso de la carne. Mírense aquí d paso y como de una ojeada algunas de l

circunstancias mas dolorosas de su apostolado, y dígaseme despues si hubo jamás algun otro que, presentándosele todas juntas, adelantase ó alcanzase al P. Claver en su carrera.

15. Y en primer lugar, si se atiende á la duracion del tiempo de su trabajo, él hizo una vida de apóstol por espacio casi de medio siglo, sin conceder jamás la menor tregua á su cuerpo, aunque débil y desfallecido casi del todo por las fatigas, trabajos, penas é incomodidades de que tanto abundó su apostolado. Si al lugar, este de ordinario fue la ciudad de Cartagena, que es como si dejéramos, el emporio de todas las molestias mas atroces que aflijen á la vida humana. Si á las personas, estas fueron, prescindiendo de otras innumerables de todas condiciones, vilísimos esclavos, nuevos cada año en número de diez ó doce mil, á quienes tenia que hacer primero hombres y despues cristianos, asquerosos y horribles en cuanto al cuerpo, y en cuanto al espíritu estólidos, indóciles, protervos, ingratos mas de lo que puede ponderarse. Si á la ocupacion de todo el año, su trabajo era un contínuo movimiento, siempre ayu-

dándoles en cuanto al alma y sirviéndoles corporalmente, sobre todo estando enfermos, con el fastidio intolerable de haber de repetir cien veces las mismas menudencias, sin poder adelantar jamás un solo paso en orden á hacérselas comprender bien, y con el inesplicable tormento de estarse por espacio de muchas horas al dia con centenares de ellos juntos, cubiertos de enfermedades asquerosísimas y contagiosas, ahogado del calor y del hedor de un aire condensado y corrompido, y sumerjido en las miserias, en la hediondez y podredumbre.

16. Ni son menos dignas de consideracion otras circunstancias, como sus frecuentes enfermedades, que muchas á la par le atormentaban atrozmente; sus austerísimas penitencias, con que nunca dejó de martirizar su cuerpo, pagándole de este modo el buen servicio que le hacia en los trabajos de su ministerio; y las crueles persecuciones que le suscitaron para inquietar su celo, correspondiéndole mal, calumniándole, contradiciéndole aquellos mismos que mas debian ayudarle en la ejecucion de sus santos designios; y finalmente, el largo y poco menos que total desamparo en que se vió,

›ues de tantos méritos, hasta de los ami-
y domésticos en el tiempo de su mayor
sidad, y cuando imposibilitado no po-
por sí mismo valerse.

7. Ahora bien, el vivir así por espa-
le cuarenta años, siempre con la misma
epidez, sin jamás cansarse; siempre con
nismo vigor de espíritu, sin desfallecer
is; siempre con el mismo amor, sin ja-
debilitarse; siempre con el mismo te-
sin desistir ó abandonar jamás el pues-
antes ardiendo siempre en nuevos y
vehementes deseos de mas trabajos y
cimientos, afligido y desconsolado úni-
ente porque no podia lograr al cabo de
s años dar la sangre y la vida por Je-
sto; todo esto, digo, como que abraza
todo el heroismo de las virtudes, así
ien es, en mi juicio, un milagro tal,
n su comparacion es inferior cualquiera
por grande y sorprendente que sea.

. No quiero, por último, dejar de
ir aquí, como el mas auténtico testi-
o y el mas respetable que puede ale-
en recomendacion de la santidad de
gran siervo del Señor, el irrefragable
de la Sede Apostólica, la cual por el

oráculo del Vicario de Jesucristo, el Santísimo Pontífice Benedicto XIV, declaró, con el unánime consentimiento de toda la sagrada Congregacion de Ritos, que las virtudes del V. P. Pedro Claver, sacerdote profeso de la Compañía de Jesus, fueron singularmente heróicas, y en tanto grado, que con seguridad podia seguirse la causa de su canonizacion, como consta del decreto del mismo Sumo Pontífice, firmado de su mano y publicado el dia 24 de setiembre del año 1747, octavo de su Pontificado.

19. Prosiguióse efectivamente y con tan buen éxito, que el traductor español de esta obrita tiene la satisfaccion de concluirla manifestando, que Nuestro Smo. Padre Pio IX ha declarado, en 27 de agosto de 1848, que *consta de dos milagros del tercer género, obrados por Dios á la invocacion del auxilio del V. Pedro Claver*; y en 26 de mayo del año próximo pasado, que *puede procederse con toda seguridad á la beatificacion de dicho Venerable*, que esperamos se verifique, Dios mediante, en este de 1851.

INDICE.

LIBRO PRIMERO.

Desde su nacimiento hasta ordenarse de sacerdote.

LIBRO SEGUNDO.

inisterios apostólicos del siervo de Dios en Cartagena y sus inmediaciones.

LIBRO TERCERO.

Virtudes, milagros y santa muerte del P. Claver.



